

POESIAS



RECOPILADAS

Por

M. Martí

Dⁿ JOSE AGUILERA

BIBLIOTECA NACIONAL DE
GRANADA

Sala: _____

Estante: _____

Numero: _____

EX-LIBRIS



J. E. OROZCO

10

MANUEL VENTURA

BIBLIOTECA HOSPITAL REAL
GRANADA

Sala: 0

Estante: 5

Numero: 367

EX·LIBRIS·



E·O·ROZCO

10

MANUEL VENTURA

122650726

COLECCIÓN
DE
POESÍAS SELECTAS
CASTELLANAS

COMPILADAS

POR

D. José Aguilera y López

~~~~~  
Décima edición  
~~~~~

GRANADA

Tip. Lit. Paulino Ventura Traveset
Mesones, núm. 52

3342

=====

Esta obra se haya bajo la protección
de las leyes,
para los efectos de propiedad

=====

Al Excmo. Sr.

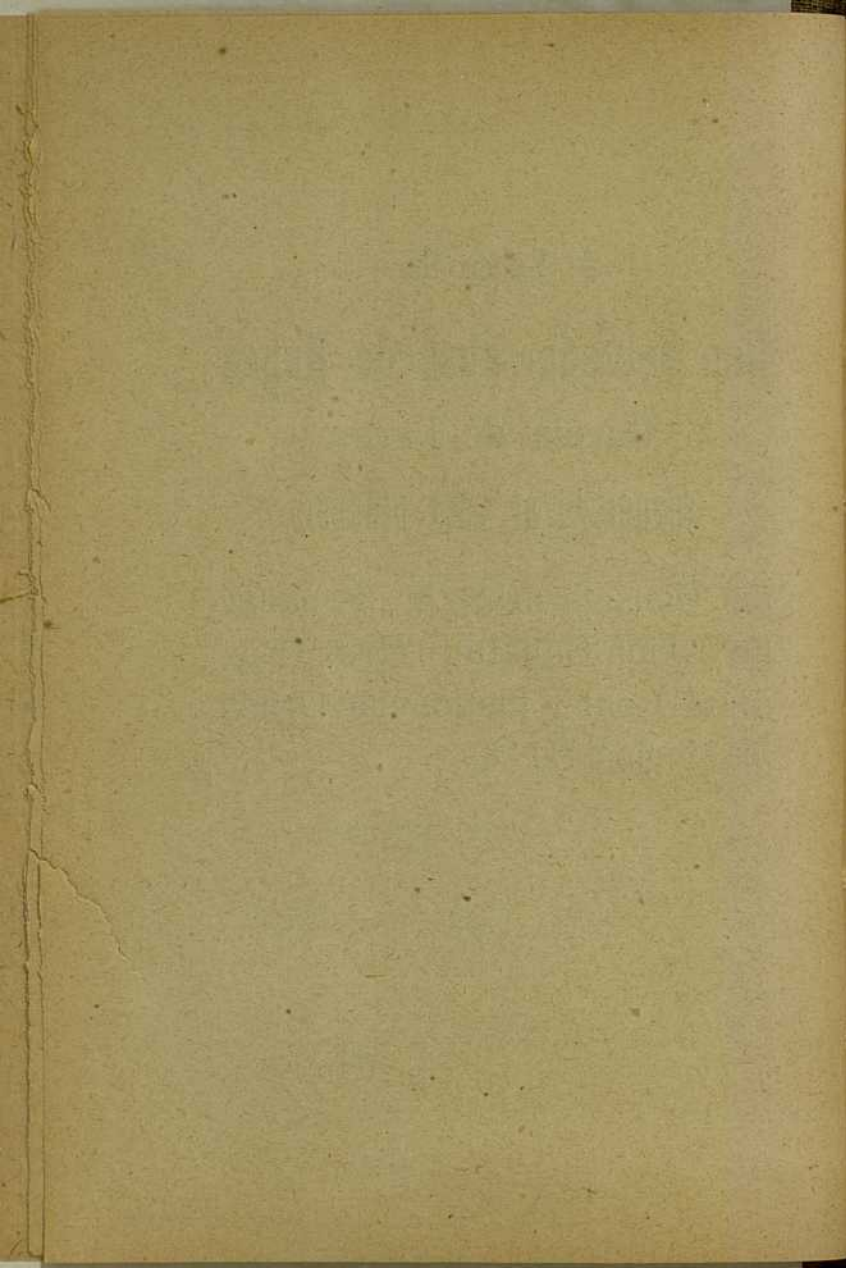
Don Salvador José de Reyes
García de Lara:

ARZOBISPO DE ESTA DIÓCESIS

del Consejo de S. M., Senador
del Reino, Caballero Gran Cruz
de la Real y distinguida Orden
de Carlos III, &.,

en prenda de amor y respeto
dedica esta obra

José Aguilera y López



ACEPTACIÓN DE LA DEDICATORIA

Y
JUICIO QUE HA FORMADO DE LA OBRA
EL EXCMO. SR.

Arzobispo de esta Diócesis

EN contestación a la atenta carta de V., fecha 12 de Noviembre último, con la que adjunto presentaba el original de la obra titulada **Colección de poesías selectas castellanas**, compiladas por V. en obsequio de la juventud, y que se ha servido dedicarme, me cabe la satisfacción de manifestarle que, examinados cuidadosa y detenidamente todos los versos que componen la mencionada Colección, ninguno he podido encontrar digno de censura; antes sí, los estimo muy a propósito para inculcar en el ánimo de los niños sentimientos de virtud y de amor a las bellas letras, al mismo tiempo que en ellos excita el vivo deseo de imitar los acaba-

dos modelos de piedad y literatura, que desde su infancia comienza a apreciar para saberlos un día comprender y admirar.

Tal es el juicio que he podido formar del mérito de su trabajo, aceptando, por consiguiente, desde luego su dedicatoria; y, convecido de la utilidad de aquél, le recomiendo (por lo que a mí toca) su publicación, teniendo un placer en que circule por toda mi Diócesis.

Dios guarde a V. muchos años. Granada y Diciembre 17 de 1853 —Salvador Josef, Arzobispo de Granada.—Sr. D. José Aguilera y López, Profesor de instrucción primaria superior.

NADA más necesario en los establecimientos de enseñanza primaria, que una colección de poesías selectas que, al paso que por su esmerada construcción métrica sirvan de modelo para ejercitar a los niños en la lectura del verso, desde el sencillo romance hasta las robustas entonaciones de la epopeya, presenten un fondo de doctrina religiosa, moral o civil, que, insinuándose en los corazones por medio del embeleso de la rima y del sorprendente colorido de la imaginación, eleve sus almas a la Divinidad, y les haga gustar el dulce néctar de las verdades eternas, que se desprenden del escabel de su trono.

Tiempo hace que hemos anhelado poseer un libro de esta clase, el cual, en la elección filosófica de sus composiciones llenase cumplidamente nuestros deseos; y hé aquí la causa que nos ha movido a confeccionar la colección que ahora publicamos. Para ello hemos invocado en nuestro auxilio los recuerdos dorados de nuestra juventud; hemos también recorrido de nuevo con avidez el ameno y perfumado campo de la poesía castellana, recogiendo las flores que nos han parecido más dignas de entrar en el adorno de este ramillete, que dedicamos a la inocente niñez; y cuando las dimensiones del poema no han permitido que se traslade íntegro, hemos tomado los fragmentos más a propósito para nuestro intento. Pero donde hemos penetrado con particular predilección es en el delicioso pensil de la poesía mística, de esa poesía que hiere sin sentir las cuerdas del corazón, tan majestuosa como el objeto de sus cantos; sublime como las virtudes celestiales que ensalza; ardiente y apasionada cual el fuego divino que la inspira. En efecto, nuestra poesía mística, hija de los más puros

sentimientos religiosos, emanción dulce de la filosofía evangélica, engalanada no pocas veces con los pasmosos y brillantes giros de la biblia, no solamente es recomendable por el encanto de la versificación y por la sublimidad de los pensamientos, si que también por la pura y delicada frase castellana que en ella campea, a la cual no podrán menos de habituarse los niños con su frecuente lectura.

Consecuentes, pues, en nuestro plan, y sin perder de vista el objeto de esta colección, hemosla dividido en cuatro secciones. Comprende la primera las poesía místicas; la segunda las morales y filosóficas; y abrazando la tercera las históricas, contiene la cuarta las festivas o de mero recreo destinadas a amenizar la materia con el agradable efecto de la variedad.

Respecto de las tres ultimas clases, hemos procedido con la mayor cautela, a fin de evitar que bajo los matices y atractivos del estilo se oculte la ponzoñosa sierpe de la inmoralidad, cuyo hálito impuro, halagador de las pasiones, despierta la malicia, y altera la dulce calma en que duerme la niñez, haciéndole respirar el aire corrompido del vicio, en vez del ambiente embalsamado de la inocencia.

Por otra parte, considerando que el principal fin de nuestro trabajo es enseñar a leer con perfección, hemos juzgado conveniente imprimir esta obra en varios caracteres de letra, para que los niños adquieran igual facilidad en la lectura de todos ellos.

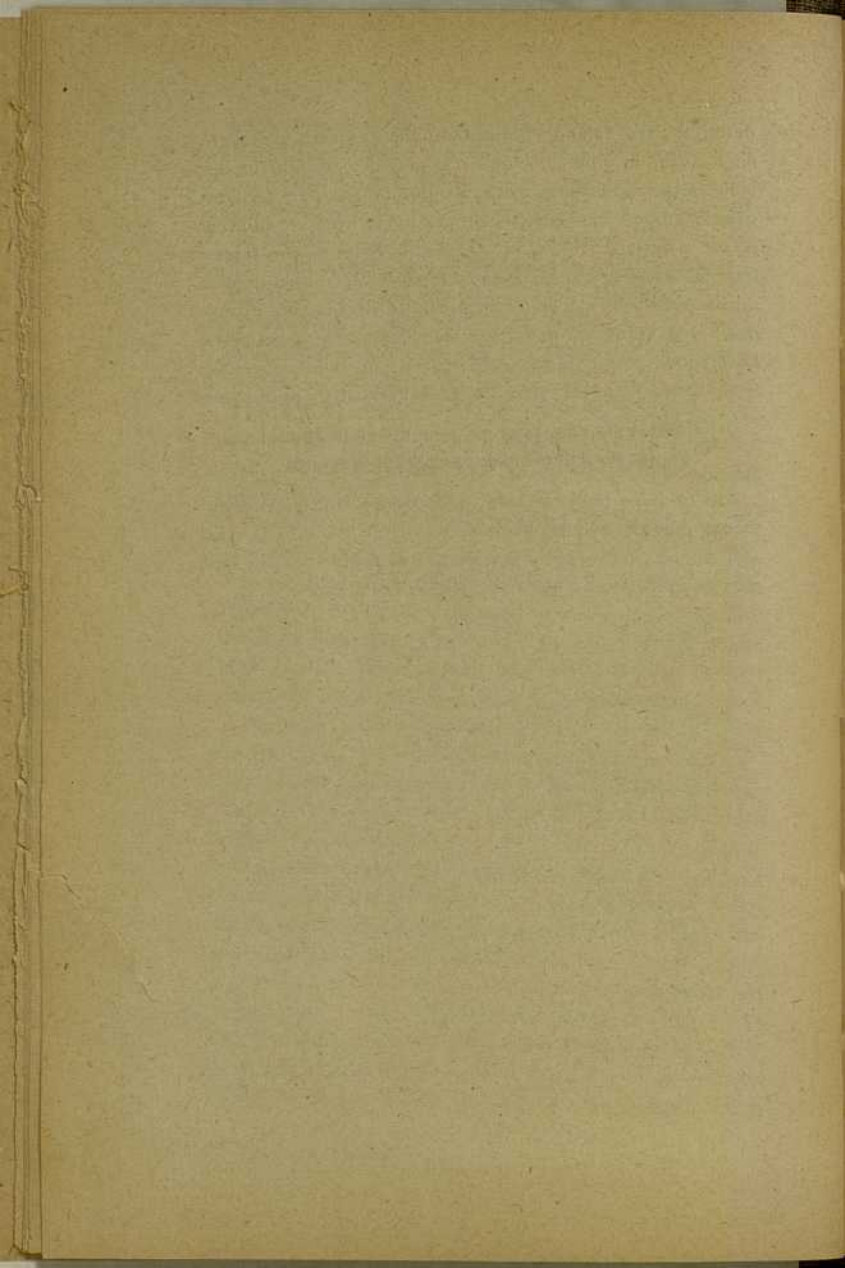
Nos prometemos que las personas inteligentes apreciarán nuestro pensamiento, y no extrañarán hayamos desendido a una materialidad, de la que habrá de reportar, sin duda, marcadas ventajas la enseñanza.

Por lo demás no tenemos la presunción de creer que nos hayamos ni aun siquiera aproximado al acierto, pues estamos persuadidos de que ese tacto exquisito, ese conocimiento estético que dicierne a primera vista las bellezas literarias, es patrimonio exclusivo de las inteligencias su-

periores, cuyo talento, hermanado con una varia y escogida lectura, ha podido adquirir el precioso don que en las bellas letras calificamos con el nombre de *buen gusto*. Nos queda, empero, la satisfacción de haber hecho cuanto ha estado a nuestros alcances, en medio de las diarias tareas que nos ocupan. Tal vez nuestro imperfecto trabajo impela a los sabios que pueden desempeñarlo dignamente a producir una obra que nada deje que desear en la materia, haciéndose por lo mismo acreedores a que con justicia se les apliquen aquellos versos del gran Preceptista del Lacio:

**Omne tulit punctum, qui miscuit utile duici,
Lectorem delectando, pariterque morendo.**

Por lo que a nosotros toca, quedaremos suficientemente recompensados, si contribuimos, en algún modo, a la más fácil instrucción de los niños, importante objeto a que hemos dirigido siempre nuestros débiles esfuerzos.



SECCIÓN PRIMERA

POESÍAS RELIGIOSAS

DEL MAESTRO FRAY LUIS DE LEÓN (1)

CANCIÓN

A Cristo Nuestro Señor

FMADO Cristo, Cristo de mi vida,
recibe de mis ojos el tributo
con que te estoy lavando
las sacras llagas, donde estás mostrando
mi ofensa contra el Padre cometida
y de tu amor inmenso el sacro fruto:
recibe, Cristo mío,
los ayes que te envió,
envueltos en las lágrimas que vierto;
pues ese sacro pecho y lado abierto
tienen de recoger mis culpas graves,

(1) Fray Luis de León, según unos nació en Granada el año 1527; más otros dicen que fué en Belmonte, provincia de Cuenca. Este hombre extraordinario, nacido para ilustrar sus tiempos cuando tantos y tan esclarecidos ingenios se disputaban la palma en las célebres escuelas de Salamanca, fué religioso del orden de San Agustín, teólogo, escriturario, filólogo, humanista y poeta. Murió en Madrigal, año 1591, a los 64 de edad, con duelo de las musas castellanas, como una de las más principales figuras de nuestro renacimiento literario.

para que tú las laves,
con la divina sangre que se vierte;
pues ella sola puede, como sabes,
lavar mis culpas y matar mi muerte.

Si amor del hombre te bajó del cielo,
y te subió en la cruz donde te miro,
y en ella te ha dejado
cárdeno el cuerpo, el rostro demudado,
helado todo más que el propio hielo,
rindiendo el alma al son de un gran suspiro,
¿cómo no quies que pida
el perdón de mi vida,
pues te ha costado, Cristo, el remedialla
salir de la pasión de tú batalla,
sin sangre el cuerpo, el corazón deshecho,
alanceado el pecho,
rotos los pies, las manos enclavadas,
y estando yo muy cierto, y satisfecho,
y fueron tus heridas por mí dadas?

Abre los ojos, soberano Cristo,
y mira con piedad los que te ofrezco,
de ofenderte cansados:
que aunque por el menor de mis pecados
tengo mil veces conocido y visto
que no un infierno, sino mil merezco,
podrás hacer que luego
echen rejas de fuego,
que haciendo surcos por el pecho helado,

puedan dejar en poco tiempo arado
el monte estéril del corazón duro,
y el camino seguro,
para que el alma visitarte pueda:
que ya el empedernido y fuerte muro
menos helados y más tratable queda.

Vuelve, mi Cristo, a descubrir apriesa
los claros rayos de los ojos bellos,
que yo eclipsados tengo;
pues si una vez a descubrirlos vengo,
la nube de mis culpas negra, espesa,
deshecha quedará, y podrá ser bellos,
amanecerá el día
que espera el alma mía:
descubriráse el cielo de mi gloria,
recibirá tu muerte en mi memoria:
y si en el corazón duro, obstinado,
quedare congelado
algún vapor de lo que te he ofendido,
el viento de tu gracia, Cristo amado,
le arroje fuera, en agua convertido.

Abre del todo la cerrada vena,
amado Cristo, de los ojos míos
con las duras espina,
que abren tu sienes santas y divinas:
que yo imagino que estará tan llena,
que ha de formar dos caudalosos ríos:
y si después de rota,

vertiere gota a gota
el húmedo humor que tiene hecho,
gota a gota vendrá a causar provecho:
que no hay gotera sobre piedra dura,
que si cayendo dura,
no haga su impresión señal y mella,
como en mis culpas y en mi desventura
mis lágrimas también podrán hacella.

¿Qué luceros tendrá la excelsa cumbre
en sus celestes límites fijados,
de los que el mundo ha visto,
que así te agraden, soberano Cristo,
como el mínimo rayo de la lumbre
de unos ojos de lágrimas cargados?
¿Ni qué aljófar hermoso,
ni diamante precioso
hallarse puede, que igualarse pueda
a la sabrosa lágrima que queda
sobre el pálido rostro ya marchito
del que estando contrito
en ese altar, do estás, se sacrifica,
y arrodillado a tí, Cristo bendito,
sus lágrimas aumenta y multiplica?

Si yo tuviese mis lascivos ojos
clavados con los clavos de tus manos,
y a tí colgado de ellos,
y estuviese enseñado siempre a vellos
del combatir de lágrimas tan rojos

como esos agujeros soberanos;
tuviera por muy cierto
que este nevado puerto
en que mi corazón está subido,
pudiera verse presto derretido,
y vuelto monte de divino fuego,
donde se hiciera luego
para abrasar mis culpas una fragua,
que por lo menos no quedará ciego,
dando los ojos fuego, por dar agua.

Amaina dulce Cristo, tu justicia;
las velas de mis culpas pliega y coge;
(pues nadie en tu presencia
puede alegar jamás de su inocencia)
que el viento que levanta mi malicia
temo que al hondo abismo el alma arroje:
mira mi navecilla,
que por buscar la orilla,
se engolfa donde el agua más le aflige,
y el miedo, marinero que la rige,
pone dificultad en la bonanza;
mas mi firme esperanza
hace que pueda estar seguro y cierto,
que en ese lado que rasgó la lanza,
tengo de hallar mi deseado puerto.

Dame licencia, amado Cristo mío,
como alcaide de aquesta fortaleza,
para que en ella pueda

guardar la fe, que libre y sana queda,
y rehacerme del perdido brío
que daba a mis propósitos firmeza:
fregaré mi barquilla
antes que a combatilla
vuelvan las olas que anegarla piensan;
pues con mi vida poco más dispensan
de hasta ver si han hallado mis gemidos
entrada en sus oídos,
y remedio mis culpas en tus llagas,
por quien del bando de los escogidos
te pido y ruego, Cristo, que me hagas.

Canción, perdona, que el aliento afloja,
y apriesa crece el llanto,
que no puede durar, llorando tanto,
como quiere tu gusto y mi congoja:
descansaré un momento,
y luego volveré con nuevo brío
a dar principio al fin del dolor mío.

DEL MAESTRO FRAY LUIS DE LEÓN

ODA

A LA ASCENSIÓN

¿Y dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto,
y tú, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados,
y los agora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de tí desposeídos,
¿a do convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura,
que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado
¿quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
al viento fiero, airado?
Estando tú cubierto,
¿qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! nube envidiosa
aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
¿Do vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres, y cuán ciegos, ay, nos dejas!

~~~~~  
DEL MAESTRO PRAY LUIS DE LEÓN

## Octavas a Nuestra Señora

**L**UCERO rutilante de la aurora,  
Sol, harto más hermoso que el sol claro,  
Tesoro, do la vida se atesora,  
Escudo fuerte, inexpugnable amparo,  
Santa la más que allá en el cielo mora,  
Perfectísima dama de amor raro:  
Alábate tu casto y santo celo  
*La tierra, el mar, el viento, el fuego, el cielo.*

Espejo cristalino de doncellas,  
Espejo que de Dios ser mereciste,  
Espejo que obscurece las estrellas,  
Espejo que la luz al mundo diste,  
Espejo que de vida echas centellas,  
Espejo do el divino Amor se viste,  
Espejo do miró bien su consuelo  
*La tierra, el mar, el viento, el fuego, el cielo.*



Árbol del paraíso el más precioso,  
Árbol que siempre das fruto de vida,  
Árbol crecido el más alto y vistoso,  
Árbol do el Verbo eterno hizo manida,  
Árbol ameno, siempre verde, umbroso,  
Árbol que eres del hombre la guarida,  
Árbol que a tí se acogen y dan vuelo  
*La tierra, el mar, el viento, el fuego, el cielo.*

Templo de do salió virgíneo ejemplo,  
Templo do la virtud tiene morada,  
Templo en quien perfección siempre contemplo,  
Templo de tierra santa inmaculada,  
Templo del Relicario, bien del Templo,  
Templo y casa de Dios la más amada,  
Templo eres que a tus joyas no hallan suelo  
*La tierra, el mar, el viento, el fuego, el cielo.*



DEL MAESTRO FRAY LUIS DE LEÓN

## CANCION A SANTIAGO PATRON DE ESPAÑA

**S**i igual a mi deseo  
fuera mi ronca voz, mi bajo canto,  
de aquel gran Zebedeo  
alzara el nombre tanto,  
que pusiera a la tierra y cielo espanto.

Y fueran sus hazañas  
por mí con voz eterna celebradas,  
por quien son las Españas  
del yugo desatadas  
del bárbaro furor y libertadas.

Y aquella nao dichosa,  
del cielo esclarecer merecedora,  
que joya tan preciosa  
nos trajo, fuera ahora  
cantada del que en Citia y Cairo mora.

Osa el cruel tirano  
ensangrentar en tí su injusta espada:  
no fué consejo humano;  
estábate ordenada  
la primera corona, y consagrada.

La fe que a Cristo diste  
con presta diligencia has ya cumplido;  
de su cáliz bebiste  
apenas que subido  
al Cielo retornó, de tí partido.

No sufre larga ausencia,  
no sufre, no, el amor que es verdadero.  
La muerte y su inclemencia  
tiene por muy ligero  
medio, por ver al dulce compañero.

Oh viva, fe constante,  
oh verdadero pecho, amor crecido,  
un punto de su amante  
no vive dividido:  
síguele por los pasos que había ido.

Cual suele el fiel sirviente,  
si en el camino su amo le ha dejado,  
que haciendo prestamente  
lo que le fué mandado  
vuelve corriendo al amo ya alejado:

Así, entregado al viento,  
del mar Egéo al mar Atlante vuela,  
do puesto el fundamento  
de la cristiana escuela,  
torna buscando a Cristo a remo y vela.

Allí por la maldita  
mano el sagrado cuello fué cortado;  
camina en paz, bendita  
alma, que ya has llegado  
al término por tí tan deseado.

A España, a quien amaste,  
(que siempre al buen principio el fin responde)  
tu cuerpo le enviaste  
para dar luz adonde  
el sol su resplandor cubre y esconde.

Por los tendidos mares  
la rica navecilla va cortando:  
Nereidas, a millares,  
del agua el pecho alzando,  
turbadas entre sí, la van mirando.

Y dellas hubo alguna  
que, con las manos de la nave asida,  
la aguija con la una,  
y con la otra tendida  
a las demás, que lleguen las convida.

Ya pasa del Egéo,  
ya vuela por el Jonio, atrás ya deja  
el puerto Lilibéo:  
de Córcega se aleja,  
y por llegar a nuestro mar se aqueja.

Esfuerza, viento, esfuerza:  
hinche la santa vela, embiste en popa;  
el curso haz que no tuerza  
do Abila casi topa  
con Calpe hasta llegar al fin de Europa.

Y tú, España, segura  
del mal y cautiverio que te espera,  
con fe y voluntad pura  
acude a la ribera  
a recibir tu guarda verdadera.

Que tiempo será cuando  
de innumerables huestes rodeada,  
del cetro real y mando  
te verás derrocada,  
en sangre, en llanto y en dolor bañada.

De hacia el mediodía  
oigo ya que la voz amarga suena:  
la mar de Berbería  
de flotas veo llena;  
de gente hierve ya playa y arena.

Con voluntad conforme  
las proas contra ti se dan al viento,  
y con clamor deforme  
de pavoroso acento  
avivan de remar el movimiento.

Y la infernal Meguera,  
la frente de culebras rodeada,  
guía la delantera  
de la morisca armada,  
de llamas, de furor, de muerte armada.

Cielos, so cuyo amparo  
España está, merced en tanta afrenta;  
si ya este suelo caro  
os fué, nunca consienta  
vuestra piedad que un mal tan grave sienta.

Mas ¡ay! que la sentencia  
en tabla de diamante está esculpida;  
del Godo la potencia  
por el suelo caída,  
España en breve tiempo es destruída.

¿Qué rio caudaloso,  
que los opuestos muelles ha rompido  
con sonido espantoso,  
por los campos tendido  
tan presto y tan feroz jamás se vido?

Mas cese el triste llanto;  
recobre el español su bravo pecho;  
que ya el Apóstol Santo,  
un otro Marte hecho,  
del cielo viene a darle su derecho.

Vedle de limpio acero  
cercado, y con espada relumbrante:  
como rayo ligero,  
cuanto le va delante  
destroza y desbarata en un instante.

De grave espanto herido,  
los rayos de su vista no sostiene  
el pueblo descreído:  
por valiente se tiene  
cualquier que para huir ánimo tiene.

Como león hambriento  
sigue, teñida en sangre espada en mano,  
de más sangre sediento,  
al moro que huye en vano:  
de muertos queda lleno el monte y llano.

Huye, si puedes tanto:  
huye; mas por de más, que no hay huída:  
debe dolor y llanto  
por la misma medida  
con que de tí ya España fué medida.

¡Oh gloria! ¡oh gran prez nuestra!  
¡oh escudo fiel! ¡oh celestial guerrero!  
Vencido ya se muestra  
el Africano fiero  
por tí tan orgulloso de primero.

Por tí del vituperio,  
por tí de la afrentosa servidumbre  
y triste cautiverio  
libres en clara lumbre,  
y de gloria estamos en la cumbre.

Siempre venció tu espada,  
o fuese de tu mano poderosa,  
o fuese manejada  
de aquella generosa  
que sigue tu milicia victoriosa.

Las enemigas haces  
no sufren de tu nombre el apellido:  
con solo aquesto haces  
que el Español oído,  
sea de un polo al otro tan temido.

De tu virtud divina  
la fama, que resuena en toda parte,  
siquiera sea vecina,  
siquiera más se aparte,  
a las gentes conduce a visitarte.

El áspero camino  
vence con devoción, y al fin te adora  
el Franco, el peregrino  
que Libia descolora,  
el que en poniente, el que en Levante mora.



DE SAN JUAN DE LA CRUZ (1)

CANCIÓN MÍSTICA

# LA NOCHE OSCURA

ALEGORÍA DEL ALMA QUE SE UNE A SU DIOS

**E**n una noche oscura,  
Con ansias, en amores inflamada,  
¡Oh dichosa ventura!  
Salí sin ser notada,  
Estando ya mi casa sosegada.

A oscuras y segura,  
Por la secreta escala disfrazada,  
¡Oh dichosa ventura!  
A oscuras y encelada,  
Estando ya mi casa sosegada.

En la noche dichosa,  
En secreto que nadie me veía,  
Ni yo miraba cosa,  
Sin otra luz ni guía  
Sino la que en el corazón ardía.

---

(1) San Juan de la Cruz, llamado el *Doctor extático*, nació en Ontiveros en 1542. Fué religioso del orden de los Carmelitas y cooperador de Santa Teresa de Jesús en la reforma de dicho orden. Sus obras ascéticas y sus poesías, cuyo estilo y caracteres son parecidos a los del venerable Dávila, por el fuego de expresión, giros originales, riqueza de pensamientos y locuciones sublimes, le han hecho bastante notable.

Aquesta me guiaba  
Más cierto que la luz del mediodía,  
Adonde me esperaba  
Quien yo bien me sabía,  
En parte donde nadie parecía.

¡Oh noche que guiaste!  
¡Oh noche amable más que el alborada!  
¡Oh noche que juntaste  
Amado con amada,  
Amada con el Amado transformada!

En mi pecho florido,  
Que entero para él solo se guardaba,  
Allí quedó dormido,  
Y yo le regalaba,  
Y el ventalle de cedros aire daba.

El aire de la almena,  
Cuando ya sus cabellos esparcía,  
Con su mano serena  
En mi cuello hería,  
Y todos mis sentidos suspendía.

Quedéme y olvidéme;  
El rostro recliné sobre el Amado;  
Cesó todo y dejéme,  
Dejando mi cuidado  
Entre las azúcenas olvidado.

# VERSOS

DE LA

## Santa Madre Teresa de Jesús <sup>(1)</sup>

NACIDOS DEL FUEGO DEL AMOR DE DIOS  
QUE EN SÍ TENÍA

~~~~~

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

GLOSA

Aquesta divina unión
Del amor con que yo vivo,
Hace a Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón;
Mas causa en mí tal pasión
Ver a Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.

(1) Santa Teresa de Jesús nació en Ávila a 12 de Marzo de 1510 y murió en 1582. Esta extraordinaria mujer, mística, santa, fundadora, poetisa, escritora, *doctor* de la Iglesia, honra de España y de su siglo, escribió libros admirables sobre materias difíciles con tanto acierto como un teólogo, con tanta elocuencia, inspiración y autoridad como un doctor de la Iglesia, y cartas que son un modelo de literatura, de sabiduría y de gracia.

¡Ay! ¡Qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros!
¡Esta cárcel y estos hierros
En que el alma está metida!
Solo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.

¡Ay qué vida tan amarga
Do no se goza al Señor!
Y si es dulce el amor,
No lo es la esperanza larga:
Quíteme Dios esta carga,
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero.

Sólo con la confianza
Vivo de que he de morir;
Porque muriendo, el vivir
Me asegura mi esperanza,
Muerte do el vivir se alcanza,
No te tardes, que te espero,
Que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte;
Vida, no me seas molesta,
Mira que solo te resta,
Para ganarte, perderte:
Venga ya la dulce muerte,
Venga el morir muy ligero,
Que muero porque no muero.

Aquella vida de arriba
Es la vida verdadera:
Hasta que esta vida muera,
No se goza estando viva,
Muerte, no me seas esquivá:
Vivo muriendo primero,
Que muero porque no muero.

Vida, ¿qué puedo yo darle,
A mi Dios, que vive en mí,
Sino es perderte a tí,
Para mejor a él gozarle?
Quiero muriendo alcanzarle,
Pues a él solo es el que quiero,
Que muero porque no muero.

Estando ausente de tí,
¿Qué vida puedo tener,
Sino muerte padecer
La mayor que nunca ví?
Lástima tengo de mí,
Por ser mi mal tan entero,
Que muero porque no muero.

El pez que del agua sale,
Aun de alivio no carece:
A quien la muerte padece,
Al fin la muerte le vale:
¿Qué muerte habrá que se iguale
A mi vivir lastimero?
Que muero porque no muero.

Cuando me empiezo a aliviar
Viéndote en el Sacramento,
Me hace más sentimiento
El no poderte gozar:
Todo es para más penar,
Por no verte como quiero,
Que muero porque no muero.

Cuando me gozo, Señor,
Con la esperanza de verte,
Viendo que puedo perderte,
Se me dobla mi dolor:
Viviendo en tanto pavor,
Y esperando como espero,
Que muero porque no muero.

Sácame de aquesta muerte,
Mi Dios, y dame la vida;
No me tengas impedida
En este lazo tan fuerte:
Mira si la triste muerte
A vivir sin tí prefiero,
Que muero porque no muero.

Lloraré mi muerte ya,
Y lamentaré mi vida,
En tanto que detenida
Por mis pecados está.
¡Oh mi Dios! ¿cuándo será,
Cuando yo diga de vero
Que muero porque no muero?

DE L'PE DE VEGA (1)

SONETO
TRIUNFO DE JUDITH

Quelga saugriento de la cama al suelo
El hombro diestro del feroz tirano,
Que opuesto al muro de Belulia, en vano
Espidió contra sí rayos al cielo.

Revelto con el ansia el rojo velo
Del pabellón a la siniestra mano
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible convertido en hielo.

(1) Lope de Vega nació en Madrid a 25 de Noviembre de 1562 y murió en 1635, a los 73 años de edad. Es llamado el *fénix de los ingenios*, y por Cervantes *monstruo de la Naturaleza*, por las innumerables obras que compuso. Cultivó todos los géneros literarios, desde el romance hasta la epopeya. Se calculó que salía lo que escribió a 5 pliegos diarios, que multiplicados por los años de su vida, dan un total de 133.225 pliegos. Los versos que compuso se calculan veintiún millones.

Vestido Baco, el fuerte arnés afea
Los vasos y la mesa derribada,
Quermen las guardas que tan mal emplea.
Y sobre la muralla, coronada
Del pueblo de Israel, la casta hebrea
Con la cabeza resplandece armada.

DE D. JUAN MELÉNDEZ VALDÉS (1)

ODA

La presencia de Dios

Do quiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Allí, gran Dios, presente,
Atónito mi espíritu te siente.

(1) D. Juan Meléndez Valdés nació en Rivera del Fresno (Extremadura) en 1754 y murió en Mompeller (Francia) en 1817. Entre las varias obras que escribió, brilló muy especialmente en sus Poesías líricas, por la elegancia de su estilo, armonía de los versos, gusto y exquisita discreción con que presenta las más delicadas imágenes.

Allí estás, y llenando
La inmensa creación, so el alto empero
Velado en luz te asientas,
Y tu gloria inefable a un tiempo ostentas.

La humilde yerbecilla
Que huella; el monte que de eterna nieve
Cubierto se levanta,

Y esconde en el abismo su honda planta;

El aura que en las hojas
Con leve pluma susurrante juega,
Y el sol que en la alta cima
Del cielo ardiendo el universo anima,

Me claman, que en la llama
Brillas del sol; que sobre el rauda viento,
Con ala voladora,

Cruzas del occidente hasta la aurora;
Y que el monte encumbrado
Te ofrece un trono en su elevada cima:

La yerbecilla crece
Por tu soplo vivífico, y florece.

Tu inmensidad lo llena
Todo, Señor, y más; del invisible
Insecto al elefante,
Del átomo al cometa rutilante.

Tú a la tiniebla oscura
Das su pardo capuz, y el sutil velo
A la alegre mañana,
Sus huellas matizando de oro y grana;

Y cuando primavera
Desciende al ancho mundo, afable ríes
Entre sus gayas flores,
Y te aspiro en sus plácidos olores;

Y cuando el inflamado
Sirio más arde en congojosos fuegos,
Tú las llenas espigas
Volando mueves, y su ardor mitigas.

Si entonces al bosque umbrío
Corro, en su sombra estás; y allí atesoras
El frescor regalado,
Blando alivio a mi espíritu cansado.

Un religioso miedo
Mi pecho turba, y una voz me grita:
«En este misterioso
Silencio mora, adórale humildoso».

Pero a par en las ondas
Te hallo del hondo mar: los vientos llamas,
Y a su saña lo entregas;
O si te place, su furor sosiegas.

Por do quiera infinito
Te encuentro y siento; en el florido prado
Y en el luciente velo
Con que tu umbrósa noche entolda el cielo.

Que del átomo eres
El Dios, y el Dios del sol, del gusanillo
Que en el vil lodo mora
Y el ángel puro que tu lumbre adora.

Igual sus himnos oyes,
Y oyes mi humilde voz, de la cordera
El plácido balido,
Y del león el hórrido rugido.

Y a todos dadivoso
Acorres, Dios inmenso, en todas partes
Y por siempre presente.
¡Ay! oye a un hijo en su rogar ferviente.

Óyele blando, y mira
Mi deleznable ser: dignos mis pasos
De tu presencia sean,
Y do quier tu deidad mis ojos vean.
Hinche el corazón mío
De un ardor celestial, que a cuanto existe
Como tú se derrame,
Y, oh Dios de amor, en tu universo te ame.

Todos tu hijos somos:
El tártaro, el lapón, el indio rudo,
El tostado africano
Es un hombre, es tu imagen y es mi hermano.



DE D. ALBERTO LISTA (1)

ODA

A LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres tú el que velando
la excelsa majestad en nube ardiente,
fulminaste en Siná? y el impío bando,
que eleva contra tí la osada frente,
¿es el que oyó medroso
de tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado
¡ay! pendes sobre el Gólgota, y al cielo
alzas, gimiendo, el rostro lastimado:
cubre tus bellos ojos mortal velo,
y su luz extinguida,
en amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena;
amor, más poderoso que la muerte:
por él de la maldad sufre la pena
el Dios de las virtudes; y león fuerte,
se ofrece al golpe fiero
bajo el vellón de cándido cordero.

(1) D. Alberto Lista nació en Sevilla en 1775. Tradujo las obras históricas del Conde de Segur, continuándolas hasta nuestros días; escribió un suplemento a la Historia de España del P. Mariana, un magnífico volumen de poesías de varios géneros. El nombre de este esclarecido poeta y docto humanista será por mucho tiempo pronunciado en España con hondo respeto.

¡Oh víctima preciosa
ante siglos de siglos degollada!
Aún no auyentó la noche pavorosa
por vez primera el alba nacarada,
y hostia del amor tierno
moristé en los decretos del Eterno.

¡Ay! quién podrá mirarte,
¡oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
al golpe acerbo del dolor profundo,
viendo que en la delicia
del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
de esas sangrientas llagas, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
de horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
a tu frente divina
ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:
al santo perdonad, muera el malvado:
si sois de un justo Dios ministros fieles,
caiga la dura pena en el culpado:
si la impiedad os guía
y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Mas ¡ay! que eres tú solo
la víctima de paz que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo
un mar de sangre criminal corriera,
ante Dios irritado
no expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo
su cólera en diluvios descendía,
y a la maldad, que dominaba el suelo,
y a las malvadas gentes envolvía,
de la diestra potente
depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
de los montes el agua vengadora:
el sol, amortecida la alba lumbre
que el firmamento rápido colora,
por la esfera sombría
cual pálido cadáver discurría.

Y no el ceño indignado
de su semblante descogió el Eterno;
mas ya, Dios de venganza, tu hijo amado
domador de la muerte y del averno,
tu cólera infinita
extinguir en su sangre solícita.

Oyes, oyes cual clama:
Padre de amor, ¿por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama,
que en tu furor al mundo derramaste:
de la acerba venganza
que sufre el justo, nazca la esperanza.

¿No véis cómo se apaga
el rayo entre las manos del Potente?
Ya de la muerte la tiniebla vaga
por el semblante de Jesús doliente;
y su triste gemido
oye el Dios de las iras complacido

Ven, ángel de la muerte:
esgrime, esgrime la fulminea espada,
y el último suspiro del Dios fuerte,
que la humana maldad deja expiada,
suba al solio sagrado,
do vuelva en padre tierno al indignado.

Rasga tu seno, oh tierra:
rompe, oh templo, tu velo Muñibundo
yace el Criador; mas la maldad aterra,
y un grito de furor lanza el profundo:
Muere... gemid, humanos:
todos en él pusisteis vuestras manos.



DE D. PABLO OLAVIDE (1)

POEMA

LA INMORTALIDAD DEL ALMA

PARTE PRIMERA

Si el curso de la tierra ves atento,
observas con dolor, que cuanto nace
marcha a su destrucción, y se deshace;
que un secreto más vivo movimiento
con rápido fermento
todo lo mina, altera y descompone;
y en fin, cuanto tu idea te propone
te presenta con vista pavorosa,
de la muerte la imagen espantosa.
Nuestros cuerpos en polvo se disuelven:
la tierra los formó, y a ella se vuelven.

Mas si en el hombre tu atención reposa,
y observas cómo piensa, y cómo entiende,
juzgas que en su interior hay una cosa,
que en la ley general no se comprende:
este espíritu oculto, que le anima,
esta llama ligera, que le enciende,
y que a esfera tan alta le sublima;

(1) D. Pablo Olavide nació en Lima (Perú) en 1740. Estudió en Alcalá y en Madrid, fué Secretario del conde de Aranda y Asistente en Sevilla; autor del proyecto de colonización de Sierra Morena; fué preso por la Inquisición, y al recobrar su libertad, pasó a Venecia, donde escribió su célebre obra *El Evangelio en Triunfo*. Murió en Andalucía, 1803.

este aura delicada, que le alienta,
ese vapor, que tanta luz ostenta,
y le da una razón tan despejada,
es el alma criada
a la imagen de Dios, a quien parece,
y que eterna como él, nunca perece.

Esta es verdad segura,
que la fe con su luz nos asegura,
que la razón también nos acredita,
que un secreto y tenaz presentimiento
a darle un invencible asentimiento
con tesón incesante nos incita;
y que, en fin, el común consentimiento
de todas las naciones
reune en su favor las opiniones.

Como van destinadas a Cristianos
estas mis reflexiones,
no me dilato con discursos vanos.
No emprenderé probar inútilmente
una verdad, que la cristiana gente,
respeto como artículo importante:
me será lo bastante
penetrar sus ventajas, explicarlas,
y el medio de poder aprovecharlas.

El mayor pensamiento, el más sublime,
el que nos puede ser más excelente,
y más capaz de hacer que el hombre estime
su propia dignidad, es ciertamente
pensar que, cuando el cielo le ha formado,
un inmortal espíritu le ha dado.
¡Qué idea, gran Dios, qué grande y vasta!
Con ella sola basta
para amar la virtud, y odiar al mundo,

¡qué manantial tan rico y tan fecundo
de esperanzas, consuelos y virtudes!
¡qué descanso de penas e inquietudes!
pues es el alto origen de que vienen
todas las dichas que los hombres tienen.

Esta inmortalidad bien meditada
eleva nuestros propios sentimientos,
y envilece los otros pensamientos.
La desgracia del alma disipada
es que en su propia esencia no ve nada,
o es falso lo que ve. No considera
lo que es ahora, y lo que ser espera.
Con errada ilusión, sin que se asombre,
cree que el cuerpo mortal que la acompaña
es el mismo; mas ¡ay! mucho se engaña.
No es más que lodo el cuerpo, y no es el hombre;
es la triste prisión que un tiempo habita;
el contrario, que pérfido le agita;
y lo que la razón en él prefiere,
es vivir con un alma que no muere.

¡Oh ceguedad humana!
¡cuánto eres deplorable! ¡cuánto vana!
Si lo que son algunos les pregunta,
uno dirá: yo tengo un puesto honroso,
que con mucha riqueza honores junta;
otro responderá: soy poderoso;
dirán otros, soy juez, soy cortesano;
y alguno le dirá: soy soberano.
Todo esto es bueno, todo es excelente;
mas yo veo en vosotros todavía
una cosa mayor, más eminente,
que vuestras almas elevar podía:
vosotros sois eternos, inmortales.

Vé aquí títulos grandes y reales,
títulos muy preciosos,
que dan derecho a bienes prodigiosos,
y a cuya vista la grandeza humana
es mentida ilusión, grandeza vana.

Pues eres inmortal, a tu Dios tienes
por tu fin, tu principio y tu modelo;
él te ha criado para inmensos bienes,
su amor te quiso dar parte en su cielo,
y porque más te asombre,
es Dios, que en tu favor quiso ser hombre.
Pues eres inmortal, ya tu deseo
no debe ambicionar ningún empleo,
sino aquel que, guiando al buen camino,
te pueda conducir a tu destino;
todo extravío para tí es desgracia:
viviendo con la vida de la gracia,
podrás librarte del eterno abismo,
y tu gloria será la de Dios mismo.

El cristiano que atento considera
lo que es ahora, lo que ser espera,
de estas sanas ideas nunca sale,
porque su alma inmortal mucho más vale
que todos los monarcas de la tierra,
y cuanto el mundo en su confin encierra.
Este título hermoso y refulgente
de inmortal, que grabado está en su frente,
más que los tronos a sus ojos vale,
no hay en el mundo nada que le iguale.

Cuando el hombre concibe sentimientos
tan altos y elevados,
muda de pensamientos,
todos son nobles, grandes e ilustrados.

Empieza a conocerse y estimarse,
y desde entonces teme deshonrarse
con el horror infame de los vicios,
con puras intenciones,
y con santos cristianos ejercicios
huye la esclavitud de las pasiones;
se respeta, no quiere envilecerse,
ni sabe detenerse
en las cosas humanas,
que tan fútiles son, que son tan vanas.
Es como un poderoso potentado,
que de grandes objetos encargado,
desdeña con razón, y hasta se indigna
si por desgracia se le ve ocupado
en obra que de sí no sea digna.
Un rey de gran carácter no se expone
a detenerse en bajos devaneos,
ni fútiles proyectos se propone;
y el inmortal que espera altos empleos,
solo debe formar altos deseos.

Que el hombre, que engañado se figura
que toda vida se acabó muriendo,
ponga su corazón y su dulzura
en los bienes, que el tiempo le procura,
y quiera disfrutarlos, ya lo entiendo;
pero el que sabe que hay vida futura,
el que con luces sanas e inflexibles,
de la fe con los rayos luminosos,
átomos solo mira imperceptibles,
en los que el mundo ve como colosos,
no sacará su honor ni su grandeza
sino de su inmortal naturaleza.

Considera un momento

al sabio, que con este pensamiento superior a sí mismo, y elevado sobre la tierra, mira sosegado pasar bajo sus pies, como un torrente, tantas pompas humanas, que fugaces se van a despeñar rápidamente. Él sabe que son vanas y falaces, que el mundo las ostenta; mas mira que veloz las representa, pues si un instante breve resplandecen, en polvo y en vapor se desvanecen. El sabio ríe, y con distinto anhelo las ve pasar, y se dirige al cielo.

Ya desde entonces santa vida empieza, ya subsiste sin fausto ni grandeza, ya no busca ni velo que le encubra, ni hipocresía que sus faltas cubra. Para ser grande verdaderamente, de sí arroja el orgullo que le miente, y no busca por fuera otra grandeza. La religión y la naturaleza un decoro le dan más excelente, pues que le alejan del mortal abismo: grande con la grandeza de Dios mismo, sabio con su inmortal sabiduría, y justo con la gracia que le guía, pronto será, si a pronunciarlo atino, con su divinidad también divino.

El que se abrasa con tan dulce llama, ¿cómo amarse podrá? y si se ama, amar no puede al cuerpo corrompido, triste prisión, en que se ve metido; amará al hombre puro, que es el alma

que busca ansiosa la celeste palma,
espíritu, que Dios crió a su modo.
Este es el hombre, y es el hombre todo;
lo demás es la sombra, la figura,
la imagen triste, la fantasma impura.

Esta elevada idea que prefiere,
de que el hombre que nace nunca muere,
tan sublimes motivos le presenta,
que no sólo le alienta,
y a virtudes difíciles le aplica,
sino también cuanto hace, santifica.
¡Cómo parecen vanos
con motivos tan altos los humanos!
¡y cuánto estos motivos superiores
saben criar virtudes interiores!
Pues sabe el hombre, cuando está consigo,
que Dios, y siempre Dios, es su testigo.

Las virtudes humanas
o contrahechas son, o son profanas;
como son tan impuros sus motivos,
los efectos que nacen son nocivos.
Son árboles, que dan dañosos frutos,
hipócritas, políticos, astutos,
y otros mil, que con vicios escondidos,
son sepulcros que están emblanquecidos.

La justicia forzada o mal segura,
aun cuando se haga con la mano pura,
suele dejar el corazón viciado.
Suele el desinterés ser afectado,
y vanidad oculta la modestia.
¿Quién querrá sujetarse a la molestia
de la virtud sincera, si concibe
que todo se acabó cuando no vive?

De la virtud es áspero el oficio;
¿quién puede consagrarse a su ejercicio,
cuando engañado piensa
que aguardar no la puede recompensa?

PARTE SEGUNDA

Desde que el hombre a la región sublime
de la inmortalidad fiel se avalanza,
la placentera luz de su esperanza
hace que al punto intrépido se anime.
Su virtud, al mirar lo que le espera,
tan fecunda será como sincera,
tendrá con el carácter de cristiano
en toda profesión, toda carrera,
tan puro el corazón como la mano.

El rey que a la inmortal corona aspira,
a sus vasallos como a hijos mira:
no de reinar sobre ellos es su anhelo,
sí de reinar con ellos en el cielo.
El juez en la justicia nunca vario
la pesará muy fiel en su balanza,
pues ha de ser él mismo sin tardanza
pesado con el peso del santuario.

El negociante pone cuidadoso
en su comercio, por primera basa
la probidad; sus límites no pasa,
porque espera un negocio ventajoso,
que debe en los tesoros celestiales
producirle riquezas inmortales.

El artesano desde la mañana
trabaja con tesón; pero no piensa
solamente en la humana recompensa,
para la vida eterna también gana.

¿Y cuál fuera ¡gran Dios! su triste suerte,
si afanándose así noches y días,
con las manos vacías
se presentara a la hora de la muerte?
Todo hombre, pues, que aspira
de la otra vida al inmortal reposo,
y se dirige con tan alta mira,
en todas sus ideas es grandioso;
en todos sus designios ajustado;
en todas sus acciones arreglado;
y si esta idea todos la tuvieran,
los corazones de los hombres fueran
de la virtud asilo.

Con dulce amor, con ánimo tranquilo,
la imagen de su Dios representarían;
la ley, la paz y la amistad sincera,
la equidad y el honor siempre reinarían;
muy lejos de que nadie mal hiciera,
entre sí generosos disputarían
a quien el otro da mayor consuelo:
la tierra entonces pareciera el cielo.

No se vería en ella lo que ahora
se mira con dolor; tanto insensato,
que infiel a la razón, a Dios ingrato,
no dando a la virtud su justo precio,
no se estima a sí mismo, ni hace aprecio
más que de las ventajas exteriores,
del poder, la riqueza, los honores,
y otros bienes efímeros, que al necio
seducen con sus falsos resplandores.

El hombre que a sí mismo no se estima,
sino por bienes fútiles y extraños,
a su ser inmortal agravio intima,

deja los bienes por amar los daños;
él mismo desconoce sus caminos
y la sublimidad de sus destinos;
puesto que el cielo nos crió inmortales,
honremos las virtudes celestiales,
y no nuestros tesoros: estimemos
lo que somos, y no lo que tenemos.

Entienda el hombre, porque más se estime,
y que a su alma inmortal nada le asombre,
que en él nada es tan grande, tan sublime
como la propia dignidad del hombre.
Pero tampoco basta que conciba
su elevado destino y su grandeza;
lo esencial es que viva,
sosteniendo su ínclita nobleza
con la pureza de sus intenciones,
y con la santidad de sus acciones.

Vea cual es su error, cual su delito;
pues que un Dios tan supremo e infinito
con voluntad sincera
le hace grande, y él mismo degenera.
¡Ah! que el ser inmortal no se envilezca!
Que con virtudes en grandeza crezca;
que su inmortalidad sea la fuente,
en cuya dulce y plácida corriente
beba de la esperanza saludable
el agua siempre pura y agradable.
¿Dónde podrá encontrar más dulce anhelo?
¡Y cómo en esta vida miserable,
para poder hallar algún consuelo,
para que sea un poco tolerable
este tejido de tribulaciones,
¿volvemos hacia Dios las reflexiones?

El hombre (santo Job, tu nos decías)
pasa sobre la tierra pocos días,
y estos pocos son llenos de aflicciones
por áspero sendero tu caminas,
sembrado está de cruces y de espinas,
tus lágrimas también mojan la tierra.

¿Qué otra cosa es la vida sino guerra?
un montón de inquietudes y de sustos,
un tejido de afanes y disgustos,
flujo y reflujo de tribulaciones,
de mudanzas, de afán y turbaciones
que como olas terribles y agitadas,
unas sobre otras siempre amontonadas,
se suceden sin fin para inundarnos,
y que acaban también por anegarnos.

Si en el diluvio, en la borrasca fiera
de esta caduca y tumultuosa vida,
el hombre otro consuelo no tuviera,
que esta vida tan triste y afligida,
¡que infeliz fuera, oh Dios, su horrible suerte!
¡cómo invocara con ardor la muerte!
Mas cuando en medio de miserias tantas
mira resplandecer las luces santas
de la vida futura,
al instante se endulza su amargura:
¿y qué le importa que esos pocos días,
que tan breves y rápidos se exhalan,
se pasen entre penas o alegrías,
si al tiempo de morir todos se igualan?
¿Qué nos hace haber sido en nuestros sueños
pobres o ricos, grandes o pequeños?
De la tierra es muy rápido el pasaje,
difícil el camino, duro el viaje;

pero en muy corto tiempo de paciencia
llegar se puede a la celeste herencia.

¡Alma mía! pues tanta luz alcanzas
sostén este infeliz peregrinaje
con la grandeza de tus esperanzas,
y mira que le queda a tu desvelo
toda la eternidad para consuelo.

Si piensas que la vida es noche larga,
piensa que el día eterno ya te aguarda,
y que luego que próspero amanece,
toda la oscuridad desaparece.

Los llantos son en risas transformados,
los trabajos se miran coronados,
huyen los males, el placer domina,
y solo reina allí la paz divina.

Suframos, pues sufrir ahora es fuerza;
mas mira al cielo, y tu valor esfuerza,
con tus lágrimas siembra toda vía,
presto recogerás con alegría.

Ya el cielo tu lugar ha preparado
y el momento también ha señalado:
no busques en la tierra otro consuelo,
que éste solo podrá saciar tu anhelo.

El corazón del hombre es insaciable,
con un ansia violenta
todo lo tiene, y nada le contenta;
pero sólo es culpable
en buscar con ardor infatigable
bienes terrenos, cuyo falso halago
con máscara de bienes es estrago.
Con un ardor inquieto se deshace,
desea, obtiene, no se satisface;
reconoce su error, su desvarío,

ve que su corazón queda vacío,
porque un instinto noble se le ha dado,
y le encamina a bien más elevado.

Cada especie animal se ve contenta
con los bienes que el mundo le presenta,
porque para ellos solo fué criada;
pero al alma del hombre ilimitada
nada del mundo alcanza a contentarla,
y solo todo un Dios puede saciarla.

Las pompas, las riquezas, los honores,
los grandes puestos, las brillantes flores,
en fin, del universo los despojos
son polvo fútil; mas su mucha copia
hace nube delante de sus ojos,
porque no vea su grandeza propia,
y no busque su diuina verdadera
en la mansión eterna, que le espera.

Despreciando los bienes de que goza,
si uno solo le falta, no reposa;
anhela, gime hasta obtener su empleo;
un deseo sucede a otro deseo,
y si de todo el mundo dueño fuera,
no tuviera bastante, otro quisiera.

Quieren ser grandes para ser dichosos,
trabajan con afanes laboriosos,
pensando hallar la dicha en la grandeza;
pero habiendo llegado hasta lo sumo,
y viendo que la gloria todo es humo,
esperan encontrarla en la riqueza;
pero ¡qué error! también los poderosos,
que viven con espléndida opulencia,
en medio de tesoros tan cuantiosos
sufren más que no sufre la indigencia.

Viendo que ni uno ni otro pueden darla,
en los placcres quieren encontrarla;
¡pero ay Dios! anda a ver esos sensuales,
que tanto han fatigado sus sentidos,
ya tienen los deseos extinguidos,
nada les saca ya de su letargo,
y hasta el mismo placer les es amargo.

¿Qué es esto? Una inquietud desesperada,
que busca siempre, porque no halla nada.
¡Qué mucho! que el mortal ya despechado
diga en su corazón desengañado:
la tierra es vanidad de vanidades,
todo aflicciones y calamidades.

¡Feliz eternidad! sólo en tu seno
el corazón del hombre está sereno,
y halla la dicha que le satisface;
cuando deja la tierra, es cuando nace.
Dichoso el hombre que tu luz adquiere,
que deja el suelo, donde tanto muere,
y con las alas de un amor activo
va a vivir en la gloria del Dios vivo.



DE D. FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA (1)

HIMNO SACRO

CORO

Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

CANTO

Tu diste luz al vasto firmamento,
Su asiento al mundo, su linderó al mar;
Su trono al sol, sus alas diste al viento;
Los cielos ves bajo tus pies rodar.
Tu diestra vierte el aura y el rocío;
Conduce el trueno, el rayo en tempestad:
Da pompa a mayo, y mieses al estío,
Riqueza a octubre, a enero magestad.
Sonó tu acento, y descubrióse el mundo.
Tus obras llenas de tu gloria están:

(1) D. Francisco Martínez de la Rosa nació en Granada en 1789 y murió en Madrid en 1862. Desempeñó todos los altos cargos políticos y diplomáticos a que puede aspirar en su noble ambición un hombre público; y si como político es una de nuestras glorias nacionales, como literato y poeta gloria y honor será siempre de las musas castellanas.

La tierra, el aire, el fuego, el mar profundo,
Augusta muestra de tu ciencia dan,

Cual fuerte cedro encúmbrese el potente;
Su activa cima al cielo toca ya:

Igual a tí proclámase insolente;
Moviste el labio... ¿en dónde, en dónde esta?

Estalla y cruje un polo y otro polo
Al dar el ángel la postrer señal:

Quedó el sepulcro despoblado y solo;
Revivió el polvo y se tornó inmortal.

Jehová!... Jehová!.. Los cielos se estremecen
Cercado está de fuego y magestad;

Mil siglos, mil, a un siglo desaparecen.....
El tiempo fué: nació la eternidad.

CORO

*Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:*

*Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.*



DE D. JOSÉ ZORRILLA (1)

INVOCACIÓN A LA FE

FE de toda virtud inspiradora,
Manantial del valor y el heroísmo:
Del tiempo y de la muerte vengadora,
Espanto de los genios del abismo,
El ser en quien tu fuego se atesora
Lleva el poder de Dios consigo mismo:
Los prodigios, las glorias, las hazañas,
Herencia son de los que tú acompañas.

Nada en el mundo tu poder resiste;
A la luz de tu antorcha luminosa
El Edén a los mártires abriste:
De oriente a la región caliginosa
Las legiones de Cristo condujiste,
Y, a través de la mar tempestuosa,
Alumbrando su espíritu profundo,
Descubriste a Colón el nuevo mundo.

(1) D. José Zorrilla nació en Valladolid el 21 de Febrero de 1817. Es poeta dramático y lírico de varia y fecunda inspiración. Sobresale en poesías descriptivas, y de su españolismo y fe religiosa brotan los destellos más brillantes de su genio. Es considerado como el poeta de tradiciones, por las numerosas leyendas que tiene publicadas, todas de relevante mérito, como joyas de las más preciadas, entre las que forman el tesoro de sus poesías.

Nada hay grande sin ti, nada completo;
Desde Nembrod a Napoleón, tu esencia
Del genio ha sido el talismán secreto:
Nadie logró sin ti grande existencia,
Ni fué grande sin ti ningún objeto:
Polvo fué cuanto fué sin tu existencia.
De la fuerza de Dios tu fuerza viene,
y en tus hombros el orbe se sostiene.

Tu soplo es impetuoso torbellino
Que, al alma ardiente a quien su impulso lleva,
Hasta la eternidad abre camino,
Y sobre el polvo terrenal la eleva.
Del fuego santo manantial divino
Que en el fuego de Dios sus flúentes ceba;
Tú das irresistible atrevimiento
Al ser a quien inflamas con tu aliento.

Para ese son efímeras empresas
Las más peligrosísimas hazañas:
Disipanse a su voz como pavesas
Las torres, las ciudades, las montañas;
Las marcas de su pie conserva impresas
La tierra para siempre, y sus entrañas
Cobran fecundidad bajo su paso,
y un reino brota donde había un raso.

Alma del universo, cuanto existe
Con tu poder se crea y robustece:
Cuanto a tu influjo creador resiste
Como leve vapor desaparece:
A la nación do tu favor no asiste
Sorbe otra a quien tu mano favorece:
Y así es como el tiempo en los misterios
Pasan unos sobre otros los imperios.

¡Desdichada nación la que te olvida!
Su esencia mina la carcoma lenta,
Y no siente que se hunde carcomida
La débil base que su pie sustenta;
Otra nación que aguarda su caída,
La empuja al fin y en su lugar se asienta;
Y así Castilla por su fe amparada
Pasó como un turbión sobre Granada.

Dame ¡oh potente fe! tu auxilio santo:
Tú, por quien pudo rescatar a España
La ilustre reina cuya gloria canto,
Dame su fe para ensalzar su hazaña;
Y, el himno rudo que en su honor levanto
Al entonar, mi espíritu acompaña,
Porque me escuche en la celeste esfera,
La augusta sombra de ISABEL PRIMERA.



DE D. FELIPE VELÁZQUEZ (1)

CANTO

PADRE EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU

ERA nona, y el mundo se abismaba;
Al parecer el orbe concluía,
Y tempestuoso el aquilón soplabá,
Y el cierzo bramador le interrumpía;
Terrible convulsión se suscitaba
Que los profundos senos conmovía,
Y furibundos, como el mar bravíos,
Rompen sus diques los soberbios ríos.

Lejos, muy a lo lejos y espantada,
Y fugaz, y cobarde, y aterida,
Huye la muchedumbre amenazada,
De tanto escollo a investigar salida,
La progenie de Adán está salvada.
La raza de Israel es deícida,
Y corre sin saber por do ni adonde,
Más a la vista cuanto más se esconde.

(1) El Presbítero D. Felipe Velázquez Arroyo, ha sido uno de los poetas contemporáneos cuyas producciones han merecido los aplausos de la crítica. Además del poema religioso «*Las Siete Palabras*», del que reproducimos el canto VII, ha publicado notables traducciones de autores latinos, y otras obras de indiscutible mérito.

Todo es tropel; inmensas oleadas
De gente sin destino, van y vienen,
Y de pavor estúpido acosadas,
Pensando correr más, más se detienen.
Unos sus manos ven ensangrentadas,
Y en blasfemar de horror no se contienen;
Otros, por el delito desgarrados,
Se arrancan los cabellos erizados.

¿En dónde estamos? Los crispantes ojos
Su luz perdieron de mirar cansados;
Los judíos postráronse de hinojos
A maldecir no más desesperados.
Postráronse por no ver los despojos
De Jesús en la Cruz descuartizados,
Y donde quiera que la faz rindieron
Con la sangre del Justo la tiñeron.

Sí, solo sangre por doquier palpaban,
Y acosados de sed sangre bebían;
Sus frentes de coraje se abrasaban,
Sus labios de furor enmudecían,
Y con sangre las sienas refrescaban.
Y los labios con sangre humedecían,
Y en la sangre de Dios vieron impuras
Empaparse también sus vestiduras.

Eran las tres, y espanto del infierno
Espiraban sin tregua las tres horas.
Ya no hay perdón; las furias del averno
Sacuden como sierpes silbadoras,
Del patíbulo en torno del Eterno,
Sus crines, sin cesar, aterradoras
Satanás y sus cómplices oyeron
El grito de venganza, y acudieron.

Entretanto en la Cruz, hostia inocente,
Entre las sombras con afán respira;
El corazón acongojado siente,
Se esfuerza el pecho, al esforzar suspira;
Mueve dudosa la angustiada frente;
La cansada pupila ya no mira,
Y con sonidos que de espanto llenan
Los huesos crujen y los nervios suenan.

Sólo una voz, la voz de la ternura
Ha de oírse en el Gólgota escabroso,
Y el hijo que fallece en la amargura
Ha de volverse al padre cariñoso:
«Espiro, le dirá, víctima pura
En medio del dolor más horroroso;
Muero, Señor, porque infalible eres,
Porque es tu voluntad y así lo quieres.»

Y en la Cruz por las ansias impulsado
Su cadáver de nuevo estremeciendo,
Al duro soplo de la muerte helado,
Y la base del monte conmoviendo,
«PADRE», exclama anhelante y fatigado;
«EN TUS MANOS MI ESPÍRITU ENCOMIENDO...»
Y satisfecha la tremenda ira,
Baja la frente, el Redentor espira.

«¡O parece la máquina del mundo,
O parece su autor!» exclama un sabio;
Y es así. Porque, henchido de odio inundo,
Consuma un pueblo el inaudito agravio,
Para los corazones sin segundo,
Y también sin segundo para el labio.
Siente la tierra con extraño modo,
Y se encapota el firmamento todo.

Es de día, y el sol ya se ha nublado;
Es de noche, y la luna se ha escondido;
El abismo sus nieblas ha ensalzado;
La luz sus atributos ha perdido;
El rayo por la atmósfera ha cruzado;
Los truenos su fragor han repetido,
Y el relámpago audaz brilla y chispea
Cual llama azul de sulfurosa tea.

Aquí y allí se mueven oscilantes
Como manchas de sangre las estrellas...
Con blanca mano cubren sus semblantes
Los niños, y las timidas doncellas
Pálidas van, sumisas y temblantes,
Más llenas de dolor cuanto más bellas,
Los justos, que abominan de tal hecho,
Con golpe atronador hieren su pecho.

«*Era el Hijo de Dios!*» Con desconsuelo
Allí presenteel Centurión clamaba,
Cuando del templo el recamado velo
Súbito de alto a bajo se rasgaba.
Ruina fatal amenazaba al suelo.....
La recóndida peña rechinaba,
Y al luchar de encontrados elementos,
Desplómense edificios y cimientos.

«¡Qué sucede, Israel!» — Tumbas selladas,
Que en los senos ocultas estuvieron,
Sus lápidas arrojan cinceladas,
Y los helados féretros se abrieron.
Entonces, como sombras espantadas,
Esqueletos impávidos salieron,
Y confusos y atónitos quedaron
Cuando el cadáver de Jesús miraron.

¡Ha muerto el Redentor! y esto diciendo,
Insolente la chusma se aplaudía;
«¡Nazareno, gritaba maldiciendo,
Sálvate ya de la venganza mía»...
Cundió el terror, se dilató el estruendo,
Y voces de lejana gritería,
Y silbidos selváticos se escuchan,
Cuando las pedrás con las piedras luchan.

Todo siente. Tenaces pañasismos
Del hombre los sentidos embargaron;
Y de quicio saliendo los abismos,
Sus cráteres al mundo vomitaron.
Arráncanse los montes por sí mismos;
Y los copudos árboles doblaron,
A impulso del quebranto, la cabeza,
Porque huérfana está naturaleza.

¡Ingrata! ¿Dónde vas? Tus anchos mares.
Encrespados sus límites rompieron,
E inundan tus llanuras, tus pinares;
Tus casas, tus alcázares hundieron.
Llora, y nunca recuerdos tus cantares,
Porque tus hijos de dolor murieron.
Llora Israel; aunque tu gente viva.
¡Ay! ya mañana se verá cautiva.

Venid, hombres, venid. ¿Dónde os encuentro
Buscando errantes sin hallar camino?...
Venid conmigo del Calvario al centro;
Yo voy también allá, soy peregrino.
Apresuraos: cuando estemos dentro
Las páginas leeréis de otro destino,
Que el más puro, mansísimo cordero,
Os escribió con sangre en un madero.

Páginas de oro que su gloria ensalzan,
Que su virtud omnimoda acrecientan,
Y donde más sus méritos realzan,
Cuanto más sus congojas le atormentan.
Páginas de justicia donde se alzan,
Y manantial de amor donde se aumentan,
Misericordia y poderlo eterno...
¡Pese a las potestades del infierno!

Ave, sagrada Cruz, yo te saludo;
Desdoro y mengua de la raza impia,
Queda el gentil en tu presencia mudo;
Tiembla el pagano, ruge la herejía.
El cristiano te escoge por escudo;
El desvalido en tu favor confía,
Y eres, por un decreto soberano,
Gloriosa enseña del linaje humano,

Lábaro salvador, en la campaña
Triunfarán a tu nombre los guerreros,
Hazaña acometiendo tras hazaña
Contigo vencerán los marineros
Acosados del mar; y en zona extraña,
Humildes, agobiados misioneros,
Ofrecerán su vida por tu nombre,
Lecciones dando de constancia al hombre.

Del uno al otro polo la victoria
Publicarán clarines y timbales;
Y sin descanso ensalzarán tu gloria
Las naciones, los pueblos y arrabales,
Dando más entusiasmo a tu memoria
Los bronces de infinitas catedrales.
Signo será tu forma de las leyes,
Y adorno en la corona de los reyes.

¿Qué corazón te mirará intranquilo,
Que no encuentre a tus pies paz y recreo?
Tú serás de las vírgenes asilo,
De los ansiosos mártires deseo;
Gala del penitente que tranquilo
Cifra en llevarte su mejor trofeo...
Y de tanta virtud en testimonio
A tu sola señal huirá el demonio.

Mágica Cruz, elévate en buen hora
En murallas y torres altaneras;
Impertérrita, firme, defensora
De ejércitos y gentes y banderas.
Alzate y vence. Se acercó la hora:
Triunfaron las doctrinas verdaderas,
Y hoy eres, si patíbulo algún día,
Arbol de bendición y de alegría.

Arbol, cuyo ramaje peregrino
En otro tiempo pareció inhumano;
Viña sabrosa de exquisito vino,
Fecunda espiga de dorado grano.
Aspero, sí, pero único camino
Para besar de Dios la augusta mano...
Del bien columna, contra el mal escudo,
Salve, SAGRADA CRUZ, yo te saludo.



SECCION SEGUNDA

POESÍAS MORALES

DE GARCILASO DE LA VEGA (1)

ODA

¡CUAN bienaventurado
aquel puede llamarse,
que con la dulce soledad se abraza,
y vive descuidado,
y lejos de empacharse
en lo que al alma impide y embaraza!
no ve llena la plaza,
ni la soberbia puerta
de los grandes señores,
ni los aduladores,
a quien la hambre del favor despierta:
no le será forzoso
rogar, fingir, temer y estar quejoso.

(1) Garcilaso de la Vega nació en Toledo en 1503 y murió en 1536, y aunque sus composiciones poéticas son pocas en número, sin embargo, por ellas ha merecido el título glorioso de *Príncipe de los poetas españoles*, comparándole algunos con Horacio, y creyéndole otros hasta superior a Petrarca.

A la sombra holgando
de un alto pino o robre,
o de alguna robusta o verde encina,
el ganado contando
de su manada pobre,
que por la verde selva se avecina;
plata cendrada y fina,
oro luciente y puro
bajo y vil le parece,
y tanto lo aborrece,
que aun no piensa que de ello está seguro;
y como está en su seso,
rehuye la serviz del grave peso.

Convida a un dulce sueño
aquel manso ruido
del agua que la clara fuente envía;
y las aves sin dueño,
con canto no aprendido
hinchén el aire de dulce armonía:
háceles compañía,
a la sombra volando,
y entre varios olores,
gustando tiernas flores
la solícita abeja susurrando:
los árboles, el viento,
al sueño ayudan con su movimiento.

DE FRAY LUIS DE LEÓN

ODA

FELICIDAD DE LA VIDA DEL CAMPO

¡QUE descansada vida
La del que huye el mundanal ruido.
Y sigue la escondida
Senda, por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!

Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera;
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento,
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte! ¡oh fuente! ¡oh río!
¡Oh secreto seguro deleitoso!
Roto casi el navío,
A vuestro almo reposo
Huyo de aqieste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,
Un día puro, alegre, libre, quiero:
No quiero ver el ceño
Vanamente severo
De a quien la sangre ensalza, o el dinero.

Despiértenme las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,
Gozar quiero del bien que debo al cielo,
A solas sin testigo,
Libre de amor, de celo,
De odio de esperanza, de recelo.

Del monte en la ladera
Por mi manō plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa,
Por ver acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura,

Y luego sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo,
Y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,
Y ofrecen mil olores al sentido;
Los árboles menea
Con un manso ruido,
Que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confían:
No es mío ver el lloro
De los que desconfían
Cuando el Cierzo y el Ábrego porfían.

La combatida antena
Cruje y en ciega noche el claro día
Se torna: al cielo suena
confusa vocería,
Y la mar enriquecen a porfía.

A mí una pobrecilla
Mesa de amable paz bien abastada
Me basta, y la vajilla
De fino oro labrada
Sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-
mente se están los otros abrasando
Con sed insaciable
Del peligroso mando,
Tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido,
De yedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oído
Al son dulce acordado
Del plectro sabiamente manejado.



DE BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA (1)

SONETO

Dime, Padre común, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia
Que arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude a tribunal augusto?

¿Quién da fuerzas al brazo, que robusto
Hace a tus leyes firme resistencia;
Y que el celo, que más las reverencia,
Gima a los pies del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inievas la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.

Esto decía yo, cuando riendo .
Celestial ninfa apareció, y me dijo:
Ciego ¿es la tierra el centro de las almas?

(1) Bartolomé Leonardo de Argensola nació en Barbastro en 1564 y murió en Zaragoza en 1633, abrazando el estado eclesiástico. Desempeñó puestos de importancia y el de Capellán de María de Austria. Como poeta se ha distinguido por sus sonetos, llenos de gracia y sencillez y sazonados de una ingeniosa filosofía, así como por su estilo fluido y flexible y fácil versificación.

DE LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA (1)

SONETO

Tras importunas lluvias amanece,
Coronando los montes el sol claro;
Salta del lecho el labrador avaro
Que las horas ociosas aborrece.

La torva frente al duro yugo ofrece
Del animal que a Europa fué tan caro;
Sale de su familia firme amparo,
Y los surcos solícito enriquece.

Vuelve de noche a su mujer honesta,
Que lumbre, mesa y lecho le apercibe,
Y el enjambre de chicuelos le rodea.

Fáciles cosas cena con gran fiesta;
El sueño sin envidia le recibe;
¡Oh corte! ¡oh confusión! ¿quién te desea?

(1) Lupericio Leonardo de Argensola nació en Barbastro en 1563 y murió en 1613 en Nápoles. Fué juriconsulto, y su reputación como hombre político, sabio y poeta, le valió varios empleos honoríficos, haciéndose notable por su estilo fluido y flexible, y su versificación fácil y armoniosa.

DE LOPE DE VEGA

ODA

A LA BARQUILLA

POBRE barquilla mía,
Entre peñascos rota,
Sin velas develada,
Y entre las olas sola.

¿A donde vas perdida?
¿A donde, dí, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.

Como las altas naves
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas

Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeña en las defensas
Incitas a las ondas.

Advierte que te llevan
A dar entre las rocas
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.

Cuando por las riberas
Andabas costa a costa,
Nunca del mar temiste
Las iras procelosas.

Segura navegabas;
Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
Adonde el agua es poca.

Verdad es que en la patria
No es la virtud dichosa;
Ni se estimó la perla,
Hasta dejar la concha.

Dirás que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas
Volvieron venturosas.

No mires los ejemplos
De las que van y tornan,
Que a muchas ha perdido
La dicha de las otras.

Para los altos mares
No llevas cautelosa
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.

¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa;
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.

¿Qué jarcias te entretejen?

¿Qué ricas banderolas

Azote son del viento

Y de las aguas sombra?

¿En qué gabias descubres

Del árbol la alta copa,

La tierra en perspectiva,

Del mar incultas orlas?

¿En qué celajes fundas

Que es bien echar la sonda,

Cuando perdido el rumbo

Erraste la derrota?

Si te sepulta arena,

¿Qué sirve fama heroica?

Que nunca desdichados

Sus pensamientos logran.

¿Qué importan que te ciñan

Ramas verdes o rojas,

Que en selvas de corales

Salado césped brota?

Laureles de la orilla

Solamente coronan

Navíos de alto bordo,

Que jarcias de oro adornan.

No quieras que yo sea,

Por tu soberbia pompa,

Faetonte de barqueros,

Que los laureles lloran.

Pasaron ya los tiempos,
Cuando lamiendo rosas
El céfiro bullía
Y suspiraba aromas.

Ya fieros huracanes
Tan arrogantes soplan,
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan.

Ya los valientes rayos
De la vulcana forja,
En vez de torres altas
Abrasan pobres chozas.

Contenta con tus redes
A la playa arenosa
Mojado me sacabas;
Pero vivo: ¿qué importa?

Cuando de rojo nácar
Se afeitaba la Aurora,
Más peces te llenaba,
Que ella lloraba aljófara.

El bello sol que adoro,
Enjuta ya la ropa,
Nos daba una cabaña
Y cama en blandas hojas.

Esposo me llamaba,
Yo la llamaba esposa,
Parándose de envidia
La celestial antorcha.

Sin pleitos, sin disgustos
La muerte nos divorcia:
¡Ay de la pobre barca
Que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre la arena,
Inútiles escotas,
Que no ha menester velas
Quien a su bien no torna.

Si con eternas plantas
Las fijas luces doras,
¡Oh dueño de mi barca!
Y en dulce paz reposas.

Merezca que le pidas
Al bien que eterno gozas,
Que adonde estás me lleve
Más pura y más hermosa.

Mi honesto amor te obligue:
Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.

Mas ¡ay! que no me escucha;
Pero la vida es corta:
Viviendo todo falta:
Muriendo todo sobra.

DE FRANCISCO DE RIOJA (1)

CANCIÓN
A LAS RUINAS DE ITÁLICA

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa.
Aquí de Scipión la vencedora
Colonia fué: por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla, y lastimosa
reliquia es solamente
de su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales,
donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
este llano fué plaza, allí fué templo;
de todo apenas quedan las señales:
del gimnasio y las termas regaladas
leves vuelan cenizas desdichadas;
las torres que desprecio al aire fueron,
a su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,

(1) Francisco de Rioja nació en Sevilla en 1600 y murió en 1659. Fué hombre de grande erudición, escribiendo obras muy estimables de teología y de política. Como poeta ha merecido uno de los primeros puestos en el Parnaso Español.

impío honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido a trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo! representa
cuanta fué su grandeza, y es su estrago.

¿Cómo en el cerco vago
de su desierta arena
el gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
luchador? ¿dónde está el atleta fuerte?
Todo desapareció: cambió la suerte
voces alegres en silencio mudo;
mas aun el tiempo dá en estos despojos
espectáculos fieros a los ojos,
y miran tan confuso lo presente,
que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
gran padre de la patria, honor de España,
pío, felice, triunfador Trajano;
ante quien muda se postró la tierra,
que ve del sol la cuna, y la que baña
el mar también vencido Gaditano.

Aquí de Elio Adriano
de Teodosio divino,
de Silio peregrino,
rodaron de marfil y oro las cunas.
Aquí ya de laurel, ya de jazmines
coronados los vieron los jardines

que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
¡ay! yace de lagartos vil morada:
casas, jardines, Césares murieron,
y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
la vista en luengas calles destruidas;
mira mármoles y arcos destrozados;
mira estatuas soberbias, que violenta
Memesis derribó, yacer tendidas,
y ya en alto silencio sepultados
sus dueños celebrados.

Así a Troya figuro,
así a tu antiguo muro,
y a ti, Roma, a quien queda el nombre apenas,
¡oh patria de los Dioses y los reyes!
y a ti, a quien no valieron justas leyes,
fábrica de Minerva, sabia Atenas:
emulación ayer de las edades,
hoy cenizas, hoy vastas soledades:
que no os respetó el hado, no la muerte.
¡ay! ni por sabia a ti, ni a ti por fuerte.

¿Mas para qué la mente se derrama
en buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente;
que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,
aun se oyen llantos hoy, y un ronco acento.
Tal genio o religión fuerza la mente

de la vecina gente,
que refiere admirada,
que en la noche callada
una voz triste se oye, que llorando,
CAYÓ ITÁLICA, dice; y lastimosa
eco reclama ITÁLICA en la hojosa
selva que se le opone resonando,
ITÁLICA; y el claro nombre oído
de ITÁLICA, renuevan el gemido
mil sombras nobles de su gran ruina:
¡tanto aun la plebe a sentimiento inclinal

Esta corta piedad, que agradecido
huésped a tus sagrados Manes debo,
te doy y consagro, oh Itálica famosa:
tú, si el lloroso don han admitido
las ingratas cenizas de que llevo
dulce noticia asaz, si lastimosa,
permíteme piadosa
usura a tierno llanto,
que vea el cuerpo santo
de Geroncio tu mártir y prelado:
muestra de su sepulcro algunas señas,
y cavaré con lágrimas las peñas
que ocultan su sarcófago sagrado.
Pero mal pido el único consuelo
de todo el bien que airado quitó el cielo:
goza en las tuyas sus reliquias bellas
para envidia del mundo y las estrellas.

DE FRANCISCO DE RIOJA

EPISTOLA MORAL

HABIO, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere,
Y donde al más astuto nacen canas;

Y el que no las limare o las rompiere,
Ni el nombre de varón ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere,

El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caído:

Quē el corazón entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente,
Antes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasión terrible e importuna
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar, como a la fiera
Corriente del gran Betis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es cantado
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del Estado.

Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Astréa fué, cuanto regía
Con su temida espada y fuerte lanza.

El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede, y pasa al bueno:
¿Qué espera la virtud, o en qué confía?

Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será más humano y más sereno:

Adonde, por lo menos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
«Blanda le sea», al derramarla encima:

Donde no dejarás la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el pece raro,
O cuando su pavón nos niegue Juno.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,
Como en la oscura noche, del Egeo
Busca el piloto el eminente faro.

Que si acortas y ciñes tu deseo,
Dirás: lo que yo precio he conseguido;
Que la opinión vulgar es devaneo.

Más precia el rui señor su pobre nido
De pluma y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,

Que agradar lisongeró las orejas
De algún príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas.

¡Triste de aquel que vive destinado
A esa antigua colonia de los vicios
Habitan con semblante disfrazado!

Cese el ansia y la sed de los oficios;
Que acepta el don, y burla del intento
El ídolo a quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,
Y no le pasarás de hoy a mañana,
Ni quizá de un momento a otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana
De nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?
¡Oh error perpetuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas
Del Senado y Romana Monarquía
Murieron, y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
Do apenas sale el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?

¿Qué es más que el heno, á la mañana verde,
Seco a la tarde? ¡oh ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mío?

Como los ríos en veloz corrida
Se llevan a la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

De la pasada edad ¿qué me ha quedado?
¿O qué tengo yo a dicha en la que espero
Sin ninguna noticia de mi hado?

¡Oh si acabase, viendo como muero,
De aprender a morir, antes que llegue
Aquel forzoso término postrero!

¡Antes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y a la común materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano;
El otoño pasó con sus racimos;
Pasó el invierno con sus nieves cano:

Las hojas que en las altas selvas vimos
Cayeron: ¡y nosotros a porfía
En nuestro engaño inmóviles vivimos!

Temamos al Señor que nos envía
Las espigas del año, y la hartura,
Y la temprana pluvia y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura
A las aguas del cielo, y al arado,
Ni a la vid, cuyo fruto no madura.

¿Piensas acaso tú que fué criado
El varón para el rayo de la guerra,
Para surcar el piélagos salado,

Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco por do el Sol siempre camina?
¡Oh quien así lo entiende, cuanto yerra!

Esta nuestra porción alta y divina
A mayores acciores es llamada,
Y en más nobles objetos se termina.

Así aquella, que al hombre solo es dada,
Sacra razón y pura me despierta,
De esplendor y de rayos coronada:

Y en la fría región dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve a arder que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir a quien me llama,
Y callado pasar entre la gente;
Que no afecto los nombres ni la fama.

El soberbio tirano del Oriente,
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal, puro y luciente.

Apenas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es más barata,
Ella consigo misma ruega a todos.

¡Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve
Que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al parco y al discreto,
Y algún manjar común, honesto y leve.

No, porque así te escribo, hagas concepto
Que pongo la virtud en ejercicio,
Que aun esto fué difícil a Epicteto.

Basta, al que empieza, aborrecer el vicio
Y el ánimo enseñar a ser modesto,
Después le será el cielo más propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que aun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuan forzoso
Este camino sea el alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duración de todo a su talento:

Flor la vimos primero hermosa y pura,
Luego materia acerba y desabrida,
Y perfecta después, dulce y madura.

Tal la humana prudencia es bien que mida,
Y compense y comparta las acciones
Quedan de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones:

Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infectos y oscuros monumentos.

¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura respirando mansamente!
¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!
¡Qué redundante y llena de ruido
Por el vano ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres sólo a las mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores
En nuestro traje, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
Un estilo común y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso,
Como en el vaso múrino preciado:

Y alguno tan ilustre y generoso
Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal trasparente y luminoso.

Sin la templanza ¿viste tú perfecta
Alguna cosa? ¡Oh muerte! ven callada,
Como sueles venir en la saeta;

No en la tonante máquina preñada
De fuego y de terror, que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la virtud, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuanto confío;
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brio.

¿Es por ventura menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira a las espadas,
Y la ambición se ríe de la muerte:

¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé: rompi los lazos:
Ven y verás al alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.

DE D. JUAN DE ARGUIJO (1)

SONETO

LAS ESTACIONES

Vierte alegre la copa en que atesora
Bienes la primavera: da colores
Al campo, y esperanza a los pastores
Del premio de su fe, la bella Flora.

Basa ligero el sol adonde mora
El Cancro abrasador, que en sus ardores
Destruye campos, y marchita flores,
Y el orbe de su lustre descolora.

Sigue el húmedo otoño, cuya puerta
Adornar Baco de sus dones quiere;
Luego el invierno en su rigor se extrema.

¡Oh variedad común! ¡mudanza cierta!
¿Quién habrá que en sus males no te espere?
¿Quién habrá que en sus bienes no te tema?

(1) D. Juan de Arguijo fué músico y poeta sevillano del siglo XVI, protector de las letras, a quien Lope de Vega llamó *El Mecenas de España*.

DE D. FRANCISCO QUEVEDO VILLEGAS (1)

LA DOCTRINA DE EPICTETO

CAPÍTULO XI

Si cuando navegares
del mar el revoltoso desconcierto,
la nave en que navegas toma puerto,
y, como suele acontecer, salieres
a buscar agua fresca y descansada
del importuno olor y agua salada,
o algún mantenimiento,
podrás por tu recreo y tu contento,
de paso en las orillas,
coger los caracoles, las conchillas,
que cuando el mar se altera
suele arrojar con el marisco fuera.

Pero siempre conviene
atender a la nave desvelado;
porque, si a recoger llama el piloto,
puedas sin embarazo y obediente
acudir a tu puesto diligente;

(1) D. Francisco Quevedo y Villegas nació en Madrid el año 1580. Fué celeberrimo poeta, y escritor fecundísimo. Murió en 8 de Septiembre de 1645.

y si te fueren preso, o embarazo
para llegar al plazo,
las conchas y las yerbas que cogiste,
arrójalas y parte,
pues navegas y vuelves a embarcarte.
Que si no te apresuras y las dejas,
quedarás, cual suelen las ovejas
quedarse entre las zarzas enredadas,
y de su propia lana aprisionadas.
Pues considera con discurso grave,
que es lo propio la vida que la nave,
y que en no menos proceloso abismo
son el vivir y navegar lo mismo:
que la muerte es piloto de tu vida,
y que ha de ser forzosa la partida.

Por esto, si en lugar de caracoles
hallas los hijos, la mujer, la hacienda,
como a cosa prestada es bien que atienda
tu alma a su cuidado
pues da la vida cuanto da prestado.
Y luego que el piloto del navio
oigas que toca a leva,
con obediente brío,
y sin volver atrás, dejarás todas
las cosas de la vida y la marina,
y corriendo a tu nave te encamina.

Y si los blancos y postreros años
por las canas te cuentan desengaños,

y tu edad autoriza tus consejos,
nunca te apartes de la nave lejos;
que será cosa fea,
que, tocando a partirse tu piloto,
tardes por impedido o por remoto:
pues siendo viejo, es necedad muy ciega
(por solo divertirte)
cuando te vas, el rehusar partirte.

.....

CAPÍTULO XVII

Si quieres que tus hijos,
tus padres, tu mujer y tus hermanos
no mueran, siendo humanos
que eternamente vivan,
y que no sean mortales,
cercados de congojas y de males;
engañaste ignorante, pretendiendo
que no se muera quien nació muriendo.

¿Quieres esté en tu mano lo que ordena
la voluntad de Dios por mano ajena?
¿quieres de vanidad soberbia lleno
hacer propio lo ajeno?

Lo mismo es si pretendes que tu hijo
no yerre en inquietud o desaliño,
pues es querer que el niño no sea niño.

Empero, si deseas

alcanzar cosas, que en quietud poseas,
en tus manos tendrá el alcanzarlas,
si sabes desearlas
por las reglas que sabes;
y a nadie estorbará que las acabes;
porque aquel solamente
es señor de las cosas que desea,
que solo en las que propias son se emplea;
que puede cuando quiere
seguirlas y alcanzarlas,
y cuando quiere puede despreciarlas.

Así, quien pretendiere
ser libre todo el tiempo que viviere,
no huya o siga en ciego desvario
cosas que son de ajeno poderio;
porque, si a lo contrario se arrojaré
con pensamientos bárbaros y altivos,
bien se puede contar con los cautivos.

.....

CAPÍTULO XX

No olvides que es comedia nuestra vida,
y teatro de farsa el mundo todo;
que muda el aparato por instantes,
y que todos en él somos farsantes.

Acuérdate que Dios de esta comedia,
de argumento tan grande y tan difuso.

es autor que la hizo y la compuso.

Al que dió papel breve,
sólo le toca hacerlo como debe;
y al que se lo dió largo,
sólo el hacerle bien dejó a su cargo:
si te mandó que hicieses
la persona de un pobre o de un esclavo,
de un rey o de un tullido,
haz el papel que Dios te ha repartido;
pues sólo está a tu cuenta
hacer con perfección tu personaje
en obras, en acciones, en lenguaje:
que el repartir los dichos y papeles,
la representación, o mucha o poca,
sólo al autor de la comedia toca.

.....

CAPÍTULO XXVIII

De la naturaleza el instituto
que la conservación nuestra pretende,
fácilmente se entiende
de las mismas acciones naturales
en que todos los hombres son iguales.

Quiero verificarte
con ejemplo común lo que te digo:
cuando de tu vecino o de tu amigo
acontece que el siervo quiebre el vaso,

dices sin enfadarte lo que hizo,
que rompió el vaso que era quebradizo:
luego del mismo modo, cuando el tuyo
quiebre tu vaso, debes reportado
decir: lo quebradizo se ha quebrado.
Murióse su mujer, hijo o hermano
al que conoces: dices que era humano,
que se llegó su día,
que a la tierra pagó lo que debía;
mas si a ti te se mueren,
clamas con llantos y gemidos tiernos,
y quieres que los tuyos sean eternos.

¡Cuánta mayor razón será que trates
tus propios gustos y tus propias penas,
como entiendes y tratas las ajenas
en cualquiera fortuna,
pues la naturaleza toda es una!

Y de la misma suerte
que no se pone el blanco en el terrero
con intento que yerre el ballestero,
así naturaleza en este mundo
nunca es causa de males y de daños,
ni en nosotros dispone los engaños
a que suele torcernos la malicia;
pues si naturaleza los causara,
manca y defectuosa se mostrara.

.....

CAPÍTULO XXXVII

A las conversaciones y academias
donde los ambiciosos
de opinión y de títulos famosos,
con aplauso comprado
leen el libro o poema meditado,
no vayas imprudente,
ni llamado te llegues fácilmente.
Huye en concursos tales
alabanzas mecánicas, venales:
que si alabas en otro lo que es malo,
a su ignorancia tu ignorancia igualo;
y si no alabas lo que alaban todos,
peligra tu quietud de muchos modos.

Por esto, si excusarte no pudieres,
y el número de oyentes le crecieres,
guardarás gravedad y compostura,
y en alegre atención la mente pura,
sin que de tí se entienda
otra cosa por voz ni movimiento,
sino que fuiste oyente bien atento.

.....

CAPÍTULO L

Todas las cosas tienen
dos asas para asirlas diferentes

de que usan los necios o prudentes:
la una es fácil siempre y soportable,
y la otra terrible,
difícil e insufrible.

Si te injuria tu hermano,
no extiendas tu la mano
a la injuria, que es asa que te espanta;
sino al asa de hermano, que es la santa:
que advierte que es hermano y es amigo,
que se crió contigo.

Y si por este lado consideras
en hijos y en mujer y en los vecinos
la injuria y el error y desatinos,
y las acciones fieras,
en cuantos hombres tratas,
perdonarás las obras más ingratas.



DE D. NICOLÁS FERNÁNDEZ MORATÍN (1)

ANACREÓNTICA

EL ARROYO

VAGABA por los montes
Un arroyuelo humilde,
Jamás acostumbrado
A salir de su linde.
Viniéronle deseos
De ver el mar horrible,
Movido de las cosas
Que de él la fama dice;
Y con ocultos pasos
Entre espadaña y mimbres,
Hizo que por el valle
Sus aguas se deslicen
Ya que llegó a la orilla
Que las ondas embisten,
Los peligros le asustan,
Los golfos y las sirtes.

(1) D. Nicolás Fernández Moratín nació en Madrid en 1737. Escribió algunas tragedias, poemas, etc., con estilo fácil y puro. Murió a los 42 años.

Y cuando ver crefa
Palacios de viriles,
Y en trono de corales
Neptuno y Anfitrite,
Halló las bramadoras
Tempestades terribles,
Cadáveres y tablas
De naves infelices
Atrás volver el paso
Quiso, pero lo impiden
Erizados peñascos,
Montes inaccesibles:
Sin amparo en la tierra
El de los cielos pide:
¿Hubo marinos dioses
Que él no invocase humilde?
Pero a su ruego sordos,
La súplica no admiten;
Que haber suele ocasiones
En que el llanto no sirve:
Así sucede al hombre
Que su quietud despide,
Y a los vicios se entrega
Que halagüeños le brinden.
Que al verse aprisionado
Entre pasiones viles,
Salir intenta cuando
Salir es ya imposible.

DE D. JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

ROMANCE

EL OTOÑO DE LA VIDA

¡Ves cuán benigno el otoño,
Fabio, a nuestros ojos ríe!
¡Con qué majestad tranquila
Sus horas el sol preside!

¡Cuán plácidas son las noches;
Y hermosa alzando entre mires
De soles Febo su carro,
Con el día en luz compiten!

¡Ves cuán profusos sus dones
Nos ostenta! ¡qué sutiles
Las auras bullen las vegas
De nuevas galas se visten!

¡En los árboles mecerse
La verde pera; en las vides
La uva de oro, con que Baco
Lagares y cubas hinche!

¡La abundancia por do quiera;
Y en deliciosos convites
La alma paz, que a la esperanza
Colmada riendo sigue!

Nada en vanas apariencias,
Ni en melindrosos matices
De flores, que un día apenas
Al rayo del sol resisten.

El hombre respira y goza;
Donde quier se torne o mire,
Hallará un bien, un alivio
A las penas que le afligen.

Trabaja el áspero invierno;
Y a par que él domina horrible,
Entre nieves y aguaceros
Su esteva encorvado oprime.

En la estación de las flores
Con nuevo anhelo repite
La labor; en sus barbechos
Más honda la reja imprime.

Luego, cuando el Can fogoso
Sus vivas llamas despide
Sobre la agostada tierra,
Que ahogándose en ella gime,

El en medio de sus mieses
Contrasta con pecho firme
La congojosa agonía,
Y el trillo y bieldo apercibe.

Hoy goza: sus largos dones
Grato el otoño le rinde,
Y su afán galardonando
Su sien de pámpanos ciñe.

Los árboles le dan sombras,
Lòs céfiros apacibles
Frescura, embeleso el cielo,
Frutos la tierra felices.

Así es, Fabio, nuestra vida:
De su otoño bonancible
Son los rápidos instantes
Los únicos que se vive

Sólo en ellos siente el hombre
Su noble ser, y el sublime
Dón de la razón divina
Todo su esplendor recibe.

Este don de infaustas nieblas
Lleno en los años viriles,
Que en la ancianidad se apaga,
Y la niñez no apércibe:

Las enconadas pasiones,
Que en ímpetu irresistible
Su pecho hasta allí agitaban,
Ya en plácida unión le asisten,

Despertando en él honrosas
Aquel fuego que invisible
Yacía, y con que a la gloria
Y a la humanidad se sirve:

Aquel que de monstruos fieros
Purgó el mundo con Alcides,
Dió a Grecia leyes, y alienta
De Helicón los claros cisnes.

Entonces al cielo inmenso
Se encumbra, los pasos mide
De los astros, y adivina
Las órbitas que describen:

Sigue en su carro a la luna;
De ella y del sol los eclipses,
O la vuelta de un cometa
Tras largos siglos predice.

Baja observador al suelo;
Del átomo imperceptible
Del Ande a la excelsa cumbre
Corre con ojos de lince:

Cálase al abismo oscuro;
Ve al oro entre escorias viles,
Informe roca al diamante,
Aun en masa al amatiste;

Y admirando el vivo anhelo
Que arrastra imperioso a unirse,
Perfeccionándose a cuanto
Do quier la mente concide,

Calcula, pesa, compara,
Y en su tesón invensible
Halla al fin las altas leyes
Con que ser tanto se rige.

Búscalas luego en el hombre,
Sonda las causas, los fines
De sus obras; ¿y qué encuentra?
Fabio, abismos infelices:

A la honradez en las pajas,
Sobre pluma a la molicie,
Y al orgullo que en los brazos
De la opulencia se engríe:

En triunfo al error y al vicio,
Al favor inaccesible,
Y al ciego interés hollando
A la verdad que proscribe.

¡Oh! ¡dichoso quien del cielo
Cual tú alumbrado consigue
De virtud la fausta senda
Seguir, de ilusiones libre!

¡Dichoso el que en el otoño
De sus días se redime
De la ley común, y goza
Dulce paz en vida simple!

En la alegre primavera
Todo es galas y pensiles,
Todo músicas y ardores
Con que el alma se derrite:

Sólo se respira y siente
El placer: sólo se existe
Para querer: en delicias
Nada el pecho, el labio ríe:

De ilusión vaga el deseo
En ilusión, insensible
Al pesar que a las espaldas
Aguija, aunque airado grite.

¡Loca edad, en que sin norte
Se pierde el débil esquiife
De la vida en rumbos ciegos,
Siempre amenazando a hundirse!

Sucede el fogoso estío;
La ambición punza insufrible
Al corazón, la codicia
La sume en ansias ruines,

Para que con su tesoro
Su fin trágico anticipe,
O con diez llaves cerrado,
Del sueño y la paz le prive:

Si embriagado en loco orgullo
En bandos no lo dividen
Y partes mil, odios, celos.
Temores, envidia triste

Con tan ásperos verdugos
El ciego interés dirige
Sus pasos: torres de viento.
Crédulo el error le finge:

Tras un fantasma engañoso,
Que al lograrlo se percibe
Amargo ya, un otro anhela
Que en su lugar le fascine;

Alcánzalo, y se fastidia;
Y en su ansiar incorregible
Entre el tedio, y el deseo
Su mísero ser maldice.

Por fin el plácido otoño
Viene a calmar estas lides,
Siendo en tan recias borrascas
De serenidad el iris.

Viene de frutos colmado:
Los desengaños le siguen;
Caen las hinchadas pasiones,
Y la razón logra oirse;

Igual al fanal del día,
Cuando en el cenit sublime
Deshace la opaca nube,
Que el paso a su llama impide:

Y a su luz en grata calma
A un tiempo se burla y gime
De tanta inútil zozobra;
Y el yerro al aviso sirve;

Cual convaleciente aun débil
Que en gesto y acento tristes
Su congojada dolencia
Alegre a todos repite:

O navegante, en el puerto
Libre de náufragas sirtes
Temblando sus largos rumbos
Y tempestades describe.

Nuestro otoño, pues, gocemos,
Fabio mío, en paz felice;
Que el tiempo vuela, la vida
Es un vapor insensible.

Y así pasa: el yerto invierno
Al blandó otoño persigue;
Y en pos la muerte y la tumpa
Serán nuestro eterno eclipse.

DE D. JUAN MELÉNDEZ VALDEZ

ROMANCE

LOS SEGADORES

SEGADORES, a las mieses:
Que ya la rubia mañana
Abre sus rosadas puertas
Al sol que de oriente se alza.
Un vientecillo agradable
Sigue su brillante marcha,
Meciendo en volubles ondas
Del pan las débiles cañas.
¡Ved cómo se pierde entre ellas!
¡Ved cuán susurrante vaga!
Ora carga y las inclina,
Ora raudo las levanta.

Los desfallecidos pechos
Su vital soplo repara;
Y al trabajo interrumpido
Con nuevo vigor nos llama;

A par que las avecillas,
No bien despiertas, el alba
Saludan con mil gorgoros,
Trinándole la alborada;

Y huyen las lóbregas sombras,
Y el horizonte se inflama:
Y el iluminar de los cielos
En su inmenso ardor nos baña.

A las hoces, pues, amigos,
Que el tiempo fugaz se pasa,
Y miles de espigas de oro
Nos provocan sazonadas.

De ellas la frente ceñida
Nos sonrío la abundancia.
Para henchir nuestros graneros,
Y colmar nuestra esperanza.

Vedlas en qué remolinos
De aquí y de allí se esparraman,
Moviéndose turbulentas
Como la mar por las playas:

Mientras las áridas hojas
Con su sonido retratan
El que forma la mar misma,
Si se aduerme en suave calma;

Y en su plácido murmullo
Haciendo en pos una pausa,
Tornan rápidas a alzarse,
Y a ondear muy más livianas.

No pues tan rico tesoro
La pereza desmayada
O la ingratitud lo pierdan:
Seguid alegres mis plantas.

Seguidlas: de un pobre anciano
Ved como las manos flacas
Os dan del trabajo ejemplo,
Y a las vuestras se adelantan.

Cuando fuí mozo, ninguno
Logró sacarme ventaja
Ni en el afán de una siega,
Ni con el biello en la parva;

Mas hoy los años me encorvan,
Y así las fuerzas desmayan,
Cual la pajilla voluble,
Que el viento a su antojo arrastra.

Sus, pues, empezad festivos
De la siega la tonada,
Que vago nos vuelva el eco
Desde la opuesta montaña;

O en acento más sublime
Y con voces alternadas,
De la honrosa agricultura
Resonad las alabanzas:

Santificada en Isidro,
Gloriosa en el Godo Wamba,
Y allá en Edén por Dios mismo
Al hombre aun sin culpa dada.

El vicio es callado y triste:
La inocencia ríe y canta;
Y el trabajo es pasatiempo,
Cuando el placer lo acompaña.

¡Oh! ¡cómo aquel nos alegra,
Si la bendición alcanza
Del cielo, que sus larguezas
Ora por doquier derrama!

¡Cómo el corazón se goza
Recordando las escarchas
Y aguaceros, con que enero
En ancho suelo inundaba!

Aquellos hielos y lluvias
Son las selvas erizadas
Que hoy veis de doradas mieses,
Y un Dios bueno nos regala.

Este es el orden que puso
Con su omnipotencia sabia
Al tiempo, que raudo vuela
Con igualdad siempre varia.

Así el sustento atesora
De esa infinidad que vaga
De vivientes por la tierra,
O tiende al viento las alas.

Todos a su providencia
Cual menesterosos claman,
Y en sus manos paternales
Piedad y alimento hallan.

Hállelo el pobre en las vuestras:
Si de ellas tal vez se escapa
Quebrada la rica espiga,
Guardaros bien de apañarla.

Con negligencia oficiosa
Dejadla, amigos, dejadla
A arbitrio de la indigencia,
Que sigue vuestras pisadas.

En ella su pan del día
De vuestra bondad aguarda
La inocencia desvalida,
O la ancianidad cansada.

Este pan es una deuda:
Así la tierra nos paga
Cuanto un día le fiamos,
Con usuras duplicadas.

Así nos dan liberales
Grato refrigerio el agua,
El aire vital aliento,
El sol su creadora llama.

No pues cuando más profusa
De sus dones hace gala,
Y a sus hijos su ancha mesa
Naturaleza prepara;

Cuando la veis que riente
De gavillas circundada
Y de riquísimas frutas,
En común a todos llama,
O por árida codicia,
O por vil desconfianza
En nos solos vinculemos
Los tesoros de sus gracias.

De ellos vive el ave, y parte
La hormiga en sus trojes guarda:
Téngala también el pobre
Que humilde nos la demanda;
Y lleve con su hacecillo,
Cual si un tesoro llevara,
El consuelo y la alegría
A su mísera morada.

Donde postrados acaso
Sobre otras míseras pajas
Ya sus pequeñuelos hijos
De hambre transidos le aguardan.

Así al buen Dios imitamos
Que nos da con mano franca;
Agradarle abrir las nuestras,
Y enojarle es el cerrarlas.

Abridlas, pues; y sus dones
Entre todos se repartan,
Que Él los da a todos, y a todos
Su inefable amor abraza.

Esto Plácido decía
A la puerta de su granja,
En medio sus segadores,
Que como a padre le acatan:
Plácido, en cuyo semblante
La inocencia de su alma,
Y el respeto impresos brillan
En sus venerables canas.
Alzando las corvas hoces
Con bulliciosa algazara
Todos al anciano siguen,
Y él alegre les gritaba:
«Segadores, a las mieses:
Que ya la rubia mañana
Abre sus rosadas puertas
Al sol que de oriente se alza».

DE D. JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

ODA

QUE LA FELICIDAD ESTÁ EN NOSOTROS MISMOS

No es, Julio, la riqueza
El oro amontonado;
Ni huye la dicha de un humilde estado;
La dicha, amiga aun de la vil pobreza.

Ten acorde a tu suerte
Sin cesar el deseo:
Frena un ciego anhelar, el devaneo
Que en la nada hundirá luego la muerte;

Y alegre y venturoso
Adularán tu seno,
Ora de nubes y zozobras lleno,
La blanda paz, el celestial reposo.

Providente natura
Para tu bien presenta
Do quier placeres fáciles, y ostenta
Tierna madre a tus ojos su hermosura.

Escoge: un claro día,
El sol que con su llama
Señor del cielo el universo inflama,
Y la beldad le torna y la alegría:

El viento que bullente,
Jugando entre las flores,
Regala tu nariz con sus olores,
Y el pecho te dilata dulcemente:

Las flores que embelesan
Con sus galas vistosas;
Las abejas volando entre las rosas,
Que abrazados sus vástagos se besan:

El incesante trino
Con que avecilla tanta
Su gozo explica, sus amores canta
De Filomena el suspirar divino;

Y hasta en la noche oscura
El sin fin que en su velo
Arde de luces y tachona el cielo,
Del Sol mismo emulando la hermosura:
Si bien sabes mirarlo,
Todo alegrarte puede;
Que a todos y sin precio se concede,
Porque todos a par puedan gozarlo.
Ni hay alfombradas salas,
O riquezas iguales,
Ni llegan los alcázares reales
A pompa tanta y naturales galas;
O más grato embebece
Un armónico coro,
Que el arroyuelo de cristal sonoro,
Que serpeando el ánimo adormece,
Salta y ríe, y la vista
Con mágico atractivo
Deslumbra y fija: ¿en su bullir festivo
Qué pecho habrá que al júbilo resista?
El llanto mismo, el llanto
En que un llagado pecho
Prorrumpe a veces ¡oh dolor! deshecho
Aun tiene su placer, y es un encanto.
El alma que oprimida
Siente ahogarse en su pena,
Con sus lágrimas dulces se serena;
Y entre ellas torna a recobrar la vida:

Bien como el caminante,
Que enmedio la agria cuesta
Aliento toma, y a doblar se apresta
La cima que enriscada ve delante.

Veces mil, Julio mío,
Lo llevo así probado.

¡Triste, ay! de aquel a quien maligno el hado
Abisma en un dolor mudo y sombrío!

Que siempre, siempre al cielo
Torvo hallará y sañudo;
Ni jamás del dolor el dardo agudo
De su pecho arrancar verá el consuelo.

No pues, necio, te exhales
En quejas ominosas:
Que nosotros labramos, no las cosas,
Si bien lo estimas, nuestros crudos males.

DE D. FRANCISCO LÓPEZ DE CASTRO

ODA

IMPERIO DEL HOMBRE SOBRE LA NATURALEZA

¿Dó arrebatad con divino aliento
El alma en raudo vuelo se trasporta?
Del oriente al ocaso
Rodar mil globos ve: los mira absorta

Rayos lanzar de enardecida lumbre
Y eternar movimiento
Frenar su augusto paso:
Circundan su luz pura
Pálidos otros mil. La ardiente cumbre
Ve ya del Olimpo alzado.

Mortales: ¡oh! callad; que de natura
La divina beldad decir me es dado.

De natura do en solio refulgente
El Dios del trueno reina. ¿Y elegiste
Señor en mil esferas

La baja tierra, y habitarla diste
Y someterla con supremo mando
Al felice viviente?

Por do quier mil lumbreras

Cercan su faz lozana,

Y el aire esmaltan con destello blando.

Nace la aurora al mundo,

Y le matiza de zafir y grana:

Dórale el sol con su esplendor fecundo.

Y vosotras, antorchas brilladoras,
Cuyo fulgor temblosa el negro manto
Rasga a la noche umbría;
Aurora bella que en nevado llanto
Derramas vida al fatigado suelo:
Mar de luz, que las horas
En la región vacía
Mides, y las sazones

Tornas al año, revolviendo el cielo:
Y tú, polo luciente,
¡Sólo a ilustrar del hombre las mansiones
Os destinó la mano omnipotente!

¿Mas qué nuevo vigor, qué nueva vida
Se esparce por el globo venturoso?

A do el punzante cardo,
Do el descarnado leño, victorioso,
Del voraz tiempo, la cerviz alzara,
La adelfa enrojecida.

Y el oloroso nardo
A par del trébol crece:
Cela en su cáliz la azucena, avara
Del licor, miel sabrosa:

Y plácido favonio se adormece
En las fragantes hojas de la rosa.

El dulce fuego que natura amiga
En su cenó abrigaba, difundido
Sobre la madre tierra,
Quebranta el hielo agudo que aterido
Cubriera de los campos el tesoro.

Brota la tierna espiga
Que el rubio grano encierra:
El prado reverdece:
El arroyuelo entre guijuelas de oro,
Bullicioso saltando,
Retrata el lirio que a su margen crece,
Y ufano se desliza serpeando.

¿Y quién vuelve ¡oh natural en juveniles
Tus ya caducos días? ¿Quién el velo
Que esconde marañada
Tu inculta profusión, con fuerte anhelo
Desenrolla potente? La maleza
En hermosos pensiles,
O ya en grata morada,
¿Cuál brazo activo torna?
Del marañado bosque la aspereza
Mudó en feraz llanura;
El nudo tronco de verdor se adorna,
Y tolda el prado en eternal frescura.

Tú, ¡oh mortal! solo tú, que del agosto,
Del Ser eterno que los seres manda,
El dominio del suelo
Y el saber recibiste. Cede blanda
Natura a tu querer: no el bosque inunda
Ya de salvaje arbusto
Con estéril desvelo.

Tú, extendiendo su vida,
Perfeccionas los seres que fecunda.
Do lanzó su veneno
La sierpe y el reptil, ora acogida
El corderuelo encuentra en prado ameno.

En la lodosa siénaga cubierta
De muerte y corrupción, ya se levanta
El anchuroso muro:
Inmenso pueblo con segura planta

Huella el oculto lago. En la colina,
Otro tiempo desierta,
Brinda el fruto maduro
Que a la vid hermosa,
Y bajo el peso su follaje inclina.
El buey falto de aliento,
El breñoso erial tardo rodea,
Y abre en los surcos el común contento.

Triste el rebaño, y dulce yerbezuela
Pasta en vez del nenúfar venenoso
Que infestaba el collado.
Prisionero el raudal en cauce ondoso
El campo halaga con murmurio lento;
Ni ya crecido asuela
En curso arrebatado
La mies y la cabaña.
Árbitro el hombre del terrestre asiento,
Al piélago profundo
También sojuzga la violenta saña
Y la unión que rompió, devuelve al mundo.

Mas ¡oh! ¿qué genio en su furor destierra
La ventura y la paz? Orgullo insano.
Ambición insaciable
El hombre respiró. Torna inhumano
Contra sí mismo el desleal acero
Que fecundó la tierra:
Y la morada amable
Del placer y el reposo,

¡Ay! es ya del dolor. Él es el fiero,
¡Oh natura! que absorve
Tu vida y prole y tu beldad. Furioso
Lleva en triunfo la muerte por el orbe.

Tente cruël; ¿a dó la rabia insana
Te lleva?... Mas no escucha; y el arado
Deja, y solar paterno:
Deja el taller, y en paso acelerado
El dulce altar del himeneo deja.
¡Cuán inútil se afana
La esposa en lloro tierno!
Del niño desvalido,
Del padre anciano, bárbaro se aleja:
Feroz a coronarse
De luto y destrucción se arroja ardido,
Y en sangre ajena y propia va a saciarse.

En vuestra paz y unión el mundo fia
Su ventura y reposo. Sólo es fuerte
E' hombre al hombre unido:
¡Y el furor os divide! ¡Ay! ya la muerte
Vuela en pos de su presa, y la ordenada
Fila arrebatada impía!
En montón denegrido
Los inánimes seres
La blanda yerba cubren, anegada
Con la sangre espumante.
Al hierro de tu hermano ¡oh triste! mueres,
Y auxilio en vano imploras del triunfante.

¡Bárbaros! ¿y fijáis de la victoria
El sangriento pendón sobre los restos
Del orbe destrozado?
¿Y brillan el laurel y oliva puestos
En la homicida frente? ¿Fementido
Canta al Hacedor gloria
En su altar desolado?
Ese feroz contento
¡Cuánto encierra dolor! ¡cuánto gemido!
Ya tus lívidas alas
Bates, contagio, al corrompido viento,
Y la campiña y las ciudades talas.
¡Fiero mortal! ante tus pies natura
Marchita yace, en congojoso lloro
La pura faz manchada.
Mas tú el fecundo seno, almo tesoro
De vida y ser, despedazando impío,
Hórrida sepultura
Lo tornas, do lanzada
En tinieblas de muerte
Yace la creación. ¡Ay! Del natio
Alcázar soberano
La dichosa mansión feroz convierte
En túmulo de escombros el humano.



LA SOLEDAD

UNICO asilo en mis eternos males,
Augusta soledad, aquí en tu seno,
Lejos del hombre y su importuna vista,
Déjame libre suspirar al menos:
Aquí, a la sombra de tu horror sublime,
Daré al aire mis lúgubres lamentos,
Sin que mi duelo y mi penar insulten
Con sacrilega risa los perversos,
Ni la falsa piedad tienda su mano,
Mi llanto enjugue y me traspase el pecho.
Todo convida a meditar: la noche
El mundo envuelve en tenebroso velo;
Y aumentando el pavor quiebran las nubes
De la luna los pálidos reflejos:
El inforne peñasco, el mar profundo
Hirviendo en torno con medroso estruendo,
El viento que bramando sordamente
Turba apenas el lúgubre silencio,
Todo inspira terror, y todo adula
Mi triste afán y mi dolor acerbo.
La horrible majestad que me rodea,
Lentamente descarga el grave peso
Que mi pecho oprimió: por vez primera

Se mezclan mis sollozos a mis ecos,
Y apiadado el destino da a mis ojos
De una mísera ágrima el consuelo.....
¡Llanto feliz! Cual bienhechor rocío
Templala sed del abrasado suelo,
Calma la angustia, la mortal congoja
Con que batalla mi cansado esfuerzo;
Y en plácida tristeza absorta el alma,
No envidiará la dicha ni el contento.
Solo en el mundo de ilusiones libre,
De vil temor y de esperanza ajeno,
Encontraré la paz que vanamente
Me ofreció con su magia el universo.
¿Qué importa que a mi planta mal segura
Aun falte tierra en que estampar su sello,
Y al carcomido escollo amenazando.
Me estreche el mar en angustioso cerco?
¿No me basto a mi mismo? ¿No me es dado
Alzar mis ojos sin pavor al cielo,
Sentir mi corazón que quieto late,
Y el mundo contemplar con menosprecio?
Yo vi en la aurora de mi edad florida
Sus encantos brindarse a mis deseos:
Gloria, riquezas; cuantos falsos bienes
Anhela el hombre en su delirio ciego,
En torno me cercaron: oficiosa
La amistad redoblaba mi contento;
La pérfida ambición me sonreía;

Me brindaba el amor su dulce seno.....
Temí, temblé, me apercibi al combate;
Demandé a mi razón su flaco esfuerzo;
Y apenas pude en afanosa lucha
Rechazar tanto hechizo lisonjero.
¡Qué fuera, oh Dios, si al rápido torrente
Yo propio me arrojara! En presto vuelo
Pasarón cinco lustros de mi vida,
Y el cuadro encantador huyó con ellos;
Huyó, volví la vista, lancé un grito.....
Y en vez de flores encontré un desierto.



DE D. FRANCISCO MARTÍNEZ DE LA ROSA



El Arbol de la Esperanza

EL pie nace de una cuna
El árbol de la esperanza;
Y al son del viento se mece,
Frágil cual trémula caña:
Solo un instante por dicha
Manso el céfiro le halaga,
Que el cierzo helado lo seca,
Y el austro ardiente lo abrasa.

Crece, da vistosas flores,
Y el fruto rara vez cuaja:
Cual tierna flor del almendro,
Muere por nacer temprana.

Cuánto más alto se encumbra,
Más peligros le amenazan;
Como el cedro que descuella,
Los rayos del cieío llama.

Reposa el águila activa
En su copa soberana;
Mientras insectos traidores
Están royendo su planta:

Hondas echa las raíces,
Lejos extiende sus ramas;
Y apenas da escasa sombra.
La muerte su tronco tala.



DE D. ALBERTO LISTA

POESÍA FILOSÓFICA

LA VIDA HUMANA

¿No ves, Fileno, en la florida espalda
De aquella umbrosa sierra y eminente
Como un hilo de plata entre esmeralda,
Nacer bullendo imperceptible fuente?
Y ¿cuál resbala por la herbosa falda
Tan tenue y fugitiva su corriente,
Que del aura sutil aun no es sentida?
Así comienza nuestra frágil vida

Vela después, cuando segura pisa
Del primer llano el floreciente suelo,
Con otras varias en alegre risa
Ya convertida en plácido arroyuelo.
Ora por los declives baja aprisa,
Buscando el valle con risueño anhelo:
Ora lenta, la selva circundando,
Con las flores del margen va jugando

O bien, ya más audaz, por la cascada
Se precipita a la profunda umbria,
Donde entre densas nieblas asombrada,
Al prado sale a ver la luz del día.
Deslízase del susto ya olvidada,
Siendo del campo hechizo y alegría,
Sobre alfombras de nácar, oro y grana,
Y es viva imagen de la infancia humana.

Mírala luego montaraz torrente,
Su caudal con las lluvias aumentando,
Que veloz, atrevido e impaciente
Por pedregosos valles va sonando:
Apenas sufre ni el mármoleo puente,
Ni el margen, que acomete rebramando,
Ni el firme robledal de su ribera,
Ni el monte que se opone a su carrera.

Ya llega a la escarpada catarata,
Y sin mirar su riesgo, obedeciendo
Al impetu que ciego lo arrebató,
Se lanza a los abismos con estruendo:
Yace entre espumas de nevada plata
Aprisionado su furor gimiendo;
Y las ondas, al viento abandonadas,
Tiñe el sol de colores variadas.

Mas ya del hondo páramo se eleva
Sobre el risco musgoso, que lo ataja;
Y a la campiña, que de pompa nueva
Vistió el mayo gentil, airado baja:
Redil y chozas por delante lleva,
Y la encina firmísima desgaja;
Y templado jamás y siempre altivo
Es de la juventud retrato vivo.

Allí aumentado a caudaloso río,
La extendida llanura dominando,
Por los ribazos de su margen frío
Con majestad tranquila va pasando:
No le amedrenta ni el sediento estío,
Ni el sol, que le amenaza fulminando;
Y sosegado en su feliz carrera,
Mengua no teme y crecimiento espera.

Mirale con qué orgullo desdeñoso
Recibe los tributos, que a porfia
Le rinden, ya el torrente impetuoso,
Ya el manso arroyo de la selva umbria:
La ribera, que el valle delicioso
Con raudal apacible florecía,
Pierde su nombre, y en sonoro estruendo
Por el cauce fatal entra gimiendo.

Más adelante otro soberbio halla
Tan audaz, tan valiente y tan crecido
Opuesto en su camino. Undosa valla
Alzan las aguas: dóblase el bramido:
Disputan en acérrima batalla
De quién todo el raudal irá regido:
Vence, e hinchado la corriente eleva,
Y esclavizado a su contrario lleva.

Ingrato al bosque amigo, que acopado
Le adornó con sus sombras placenteras;
Pérfido al muro, que besó humillado
Cuando apenas llenaba sus riberas;
Bate, si crece, el torreón alzado,
Los troncos vuelca, inunda las praderas;
No hay ley, no hay freno, que su furia atajen,
Y es, mortal, de tus vicios triste imagen.

Mas ya su curso en pasos tortuosos
Quiembra lánguido y débil: mil corrientes,
Que van a herir los márgenes limosos,
Parten su fuerza en pequeñuelas fuentes:
Aquel caudal, que muros generosos
Combatiera y ciudades florecientes,
Es sólo inerte masa y extendida,
Al soplo de los vientos sometida.

Ya, aunque indignado, ve que le reprimen
Puentes soberbios, muelles elevados:
Que sus raudales retorcidos gimen
Del espolón macizo quebrantados;
Que mil bajeles la cerviz le oprimen,
De riquezas y crímenes cargados;
Del mar vecino la amargura siente:
Imagen tuya, o senectud doliente.

Ya la cerúlea espalda amedrentado
Ve al ponto inmenso que sorberle espera:
Ya solícito escucha y aterrado
El continuo rugir de la onda fiera:
Ya a su pesar camina arrebatado
Al tablazo extendido donde muera:
Ya la mar le recibe dividida;
Y así, Fileno, acaba nuestra vida.



DE D. JOSÉ ESPRONCEDA (1)

HIMNO
AL SOL

PARA y óyeme ¡oh Sol! yo te saludo,
Y extático ante tí me atrevo a hablarte:
Ardiente como tú mi fantasía,
Arrebatada en ansia de admirarte,
Intrépidas a tí sus alas guía.
¡Ojalá! que mi acento poderoso,
Sublime resonando,
Del trueno pavoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh Sol! a tí llegara,
Y en medio de tu curso te parara!
¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,
Diera también su ardor a mis sentidos,
Al rayo vencedor que los deslumbra

(1) D. José Espronceda nació en Almendralejo en 1810, y murió en Madrid en 23 de Mayo de 1842. Fué Secretario de la Legación española en la Haya y representante de Almería en el Congreso de Diputados. Como poeta fué discípulo predilecto de D. Alberto Lista; y su fragmento épico y sus poesías líricas son verdaderas joyas literarias, en las que campean su vigorosa entonación y la variedad y brillantez de su fantasía. Es una de las glorias de nuestro siglo; no obstante que le arrebató la muerte en edad temprana, privando a su patria de los sazonados frutos de su genio privilegiado.

Los anhelantes ojos alzaría,
Y en su semblante fúlgido atrevidos,
Mirando sin cesar, los fijaría.
¡Cuánto siempre te amé, Sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y extático te vía
Y en contemplar tu luz me embebecía!

De los dorados límites de Oriente
Que ciñe el rico en perlas Océano,
Al término sombroso de Occidente,
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vívido lanzas de tu frente el día,
Y, alma y vida del mundo,
Tu disco en paz majestuoso envía
Plácido ardor fecundo,
Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.

Tranquilo subes del cenit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo:
Y desde allí tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,
Y tu rica, encendida cabellera

En el seno del mar trémula agitas,
Y tu esplendor se oculta,
Y el ya pasado día
Con otros mil la eternidad sepulta.
¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante tí? Del bosque umbrío
Secas y leves hojas desprendidas,
Que en círculo se mecen,
Y al furor de Aquilón desaparecen.
Libre tú de la cólera divina,
Viste anegarse el universo entero,
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
Impelidas del brazo justiciero,
Y a mares por los vientos despeñadas,
Bramó la tempestad: retumbó en torno
El ronco trueno, y con temblor crugieron
Los ejes de diamante de la tierra:
Montes y campos fueron
Alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
Y entonces tú, como señor del mundo,
Sobre la tempestad tu trono alzabas
Vestido de tinieblas,
Y tu faz engreías,
Y a otros mundos en paz resplandecías.

Y otra vez nuevos siglos
Viste llegar, huir, desvanecerse
En remolino eterno, cual las olas
Llegan, se agolpan y huyen de Océano,
Y tornan otra vez a sucederse;
Mientras inmutable tú, solo y radiante
¡Oh Sol! siempre te elevas
Y edades mil y mil huellas triunfante.

¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,
Sin que nunca jamás tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable,
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando,
Y solo, eterno, perenal, sublime,
Monarca poderoso dominando?
No; que también la muerte,
Si de lejos te sigue,
No menos anhelante te persigue.
¿Quién sabe si tal vez pobre destello
Eres tú de otro Sol, que otro universo
Mayor que el nuestro, un día
Con doble resplandor esclarecía!!!

Goza tu juventud y tu hermosura,
¡Oh Sol! que cuando el pavoroso día
Llegue, que el orbe estalle y se desprenda
De la potente mano
Del Padre Soberano,
Y allá a la eternidad también descienda,

Deshecho en mil pedazos, destrozado,
Y en piélagos de fuego
Envuelto para siempre y sepultado:
De cien tormentas al horrible estruendo,
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entonces morirá: noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre:
Ni aún quedará reliquia de tu lumbre!!!

LE D. JOSÉ MARTÍNEZ MONROY (1)

G É N E S I S

ERA la nada: entre sus vagas olas
De la creación el germen fermentaba,
Y el Ser de Dios sobre su faz vagaba,
Meciéndose en informes aureolas.
Era una voluntad omnipotente,
Un espíritu puro, que latía
Sobre la misma nada, y que vivía
Creciendo eternamente

(1) D. José Martínez Monroy nació en Cartagena, a 25 de Enero de 1837, y murió el 22 de Septiembre de 1861. Su riquísima y extraordinaria imaginación ha hecho notables sus producciones poéticas, tanto por su gran novedad, como por su valiente versificación.

Y más allá: una esencia
En los arcanos de su ser perdida,
Y en su propia grandeza confundida,
Que prolongaba siempre su existencia.
Creaciones tras creaciones hacinando,
Y nunca al linde de su ser tocando.
Era un presente misterioso, inerte,
Flotante en el aliento,
Pesado y soñoliente,
De un pasado sin fin, teñido en muerte;
Y envuelto en el presente y el pasado,
Era también quizá lo venidero,
En medio de la nada aprisionado,
Y muerto sin nacer; y era el primero
Crepúsculo del caos mudo y frío.
Era la eternidad, lo inmenso era,
Espacios tras espacios, y el vacío,
Y espacios más allá: Dios por doquiera.

En el primer instante,
El caos, sombra augusta, vacilante,
Que el Hacedor Supremo proyectaba
Allá en la inmensidad, aparecía,
Rebosando en sí mismo alborotado,
Y ciego y bramador se revolvía,
Oscilando y rugiendo,
Y sus cóncavos senos retorciendo.
Mas Dios apareció: su fuerza santa

Desarrolló de la creación la alfombra
Delante de su planta;
Hendió los aires, por la opaca sombra
Derramó su mirada omnipotente,
Arrancó la diadema de su frente,
Alzó en los aires la terrible diestra,
Y de la altura en la perdida zona
Dejó grabada su divina muestra,
Al sellar el cenit con su corona;
A al círculo trazado
En la negra extensión, rasgóse el velo
De la cubierta oscura, y tachonado,
Tendió sus ondas el azul del cielo.
Bajó su mano el Hacedor, quebrando
El fondo de los antros, y mostrando
En los senos oscuros
De su eterno poder el signo escrito;
En hondos pliegues separó las sombras,
Y sus brazos gigantes
Cimentaron los muros
Que, allá en el infinito,
Sostienen el pesado firmamento;
En hojas tremolantes
Los mantos del abismo se rasgaron,
Y sus negros jirones humeantes,
Del espacio en los límites colgaron;
Y pesando después sobre la cumbre
La voluntad de su divina Esencia,

Al gravitar la enorme pesadumbre
Sobre el revuelto caos,
Quebráronse sus ejes rebatidos;
Tronó la Omnipotencia,
Gimieron los espacios comprimidos,
Sus torrentes los tiempos desataron,
En el fondo sombrío
Los informes abismos se cuajaron;
Suspiró lo profundo,
Y por los vastos poros del vacío,
Condensando las sombras, brotó el mundo.

Y dijo la potencia soberana:
«Hecha sea la luz.» En el instante
Con su pura mirada centellante,
Tiñó de roja grana
Y de cárdena aurora las alturas;
Rasgó del firmamento
Las bóvedas oscuras,
Y sus rápidas ráfagas tejieron
Cruzando por el éter inflamado,
Áureo dosel de soles,
Que, desprendidos al azar cayeron,
Bordando los espacios de arreboles;
Y la sombra deshecha,
Mostró su negra masa encadenada
Del abismo en los senos, y bañada
Del lívido fulgor... La luz fué hecha.

«Haya luz...» y hubo luz. Rodó el acento,
Por el viento sus olas derramando,
Y luz do quiera derramaba el viento;
Y la luz desplegando
Su blonda cabellera,
Por la extensión de la dorada esfera
Tendió sus ígneos y revueltos mares
De rojas ondas, y en su lumbre luego
Encendieron los altos luminares
Sus fantásticas flámulas de fuego.
La luz reinó en el orbe; en su alegría,
Besó la frente pálida del día,
Y, con su dulce beso,
Al Sol dejó sobre la frente impreso;
Lloró después, y al enjugar el llanto
Con el celeste manto,
Grabó en él las estrellas una a una;
Y abrió, por fin, la concha de la noche,
Desprendiendo del nácar de sus nubes
Una perla blanquísima: la Luna.

Las nubes, leve incienso
Quemado en el inmenso
Pebetero del mundo, desgarradas
Por la mano del trueno,
Y en torrentes de mares transformadas,
Cayeron sobre el seno
De la candente mole de granito;

Y, a los ecos del grito,
Que allí exhalaban las hirvientes aguas,
Temblaron en redor los horizontes,
Hundiéronse los valles,
Alzáronse los montes,
Rugió, agitando en vano
El líquido Océano
Sus ásperas cadenas de huracanes,
Y el fuego interno ahogado y sorprendido
Bajo esta red de hielo,
Lanzó entre lava su postrer gemido,
Elevando hasta el cielo
La comprimida voz de los volcanes.

Sobre la faz del sólido cimiento
Tendió la flora su pomposo encaje;
Vistió el fauno sus galas;
Con latido violento
Movié la sangre el pecho de la fiera;
El ave, suspendida en el ramaje,
Lanzó a los aires las inquietas alas;
Y, al estrechar la tierra placentera
En su seno materno
A la nueva creación, en él mecida,
Sintió bajo sus plantas el Eterno
Rodar del mundo y palpitar la vida.

Llegó el último día:

La materia, arrancada
Por la Esencia creadora
De las espesas garras de la nada,
Oyó sonar la hora
Final de la creación, y entró humillada
En el sagrado templo
De las obras de Dios, que aparecía
Con los destellos de su luz radiante,
Y por la inmensa inmensidad flotante.

Después, bordadas las ligeras alas
Con el fulgor del cielo,
Coronada la frente de laureles,
Atravesó el espíritu
Con silencioso vuelo
De la mansión augusta los dinteles,
É imprimió en la materia
Un ósculo dulcísimo. Entretanto
Los orbes detenían
Su incontrastable curso, y conmovían
La cúpula del templo con su canto;
Oscilando, los aires elevaban
Sus inciensos de nubes a la altura,
Y los astros tenían
Con luz brillante y pura
Las cimbrias del celeste monumento,
Y, cual gigantes lámparas, pendían
De la bóveda azul del firmamento.

Y materia y espíritu, enlazando
Sus castas frentes bajo el ancho velo
Que se pierde en los ámbitos del cielo,
Prometidos esposos,
Que al fin iban a unirse, se estrecharon
En abrazo de amor, y silenciosos,
Sobre la faz del mundo se postraron
Delante del altar. Mas de repente
Tembló la inmensidad; bramó en el caos
El orbe confundido;
Un silencio imponente,
Llenando mudo la creación entera,
Brotó de los profundos;
En su eterna carrera
Paráronse los mundos;
Heló la luz su fuego; suspendida
En rudo pasmo, vaciló la vida;
Ahogó su ronco aliento
El eco enorme de la voz del viento.
Y adelantóse Dios su soberana
Diestra bajó de la azulada cumbre,
Cruzó rasgando la extensión lejana,
Levantó de la esfera la techumbre,
Ciñó la casta sien de los esposos,
Unidos ante el ara en tierno abrazo
Con la nupcial diadema.
Y sobre el santo lazo
Dejó caer la bendición suprema.

Inclinada la tierra aparecía
Ante tanta grandeza
En el momento aquel; naturaleza
Su engalanada frente
Con pliegues mil de oscuridad ceñía
Y las sombras espesas de Occidente
Borraban en montón de su cabeza
El rojo rayo de la luz del día;
Los cielos coronaban las azulès
Cimas del horizonte con sus tules
Flotantes y talares,
Que al espacio en su círculo encerraban,
Y que, ciñendo la extensión, colgaban
Sobre la inquieta espalda de los mares:
El Sol, bordando el azulado techo
De pálidos fulgores,
Reclinaba sus sienes en el lecho
Que brindaba la noche a sus amores;
Y el mar, meciendo su cristal brillante,
Recibía anhelante,
Con lánguido desmayo,
El dulce beso de su triste rayo.
¡Imagen hechicera!...
¡Visión majestuosa!...
Porque la tierra era
El dedo de la esposa,
El anillo nupcial era el espacio,
El sol era un topacio,

Que, de la gloria el brillo,
Dejó engarzado en el inmenso anillo.

La verdad, la virtud y la hermosura
En las puertas del cielo presentaron
Al fruto de esta unión de gracias lleno,
Á recibir con el bautismo un nombre;
Y Dios al punto le acogió en su seno.
Era la flor más pura
Del jardín de los mundos: era el HOMBRE.



SECCIÓN TERCERA

POESÍAS HISTÓRICAS

DE D. ALONSO ERCILLA Y ZÚÑIGA (1)

DEL CANTO SEGUNDO DE LA ARAUCANA

RAZONAMIENTO DEL CACIQUE COLOCOLO

«Caciques, del Estado defensores,
Codicia del mandar no me convida
A pesarme de veros pretensores
De cosa que a mí tanto era debida;
Porque, según mi edad, ya véis, señores,
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
A bien aconsejaros me ha incitado.

(1) D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, contemporáneo de Miguel Cervantes, se distinguió por su valor como soldado, y muy particularmente en la guerra contra los Araucanos en 1554, enriqueciendo nuestra literatura con su Poema épico *La Araucana*, siendo notable por haber manejado con la misma facilidad la pluma que la espada, pues diariamente escribía los acontecimientos de que era testigo. Nació en Madrid en 1533 y murió en 1592.

¿Por qué cargos honrosos pretendemos
Y ser en opinión grande tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos,
Estando aun de españoles oprimidos:
Mejor fuera esa furia ejecutalla,
Contra el fiero enemigo en la batalla.

¿Qué furor es el vuestro ¡oh Araucanos!
Que a perdición os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas tenéis manos,
Y no contra el tirano en resistillo?
Teniendo tan a golpe a los cristianos,
¿Volvéis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado y abatido.

Volved las armas y ánimo furioso
A los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujeción, con afrentoso
Partido, a todo el mundo manifiesto:
Lanzad de vos el yugo vergonzoso;
Mostrar vuestro valor y fuerza en esto:
No derramáis la sangre del Estado,
Que para redimirnos ha quedado.

No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazón, antes me esfuerza;

Mas temo que esta vuestra valentia
Por mal gobierno el buen camino tuerza:
Que, vuelta entre nosotros la porfia,
Degolléis nuestra patria con su fuerza:
Cortad, pues, si ha de ser de esa manera,
Esta vieja garganta la primera:

Que esta flaca persona, atormentada
De golpes de fortuna, no procura
Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la acaba tanta desventura.
Aquella vida es bien afortunada
Que la temprana muerte la asegura;
Pero, a nuestro bien público atendiendo,
Quiero decir en esto lo que entiendo.

Pares sois en valor y fortaleza;
El cielo os igualó en nacimiento;
De linaje, de estado y de riqueza
Hizo a todos igual repartimiento;
Y en singular por ánimo y grandeza
Podéis tener del mundo el regimiento:
Que este precioso don, no agradecido,
Nos ha al presente término traído.

En la virtud de vuestro brazo espero
Que puede en breve tiempo remediarse;
Mas ha de haber un capitán primero,
Que todos por él quieran gobernarse:

Éste será quien más un gran madero
Sustentare en el hombrò sin pararse;
Y pues que sois iguales en la suerte,
Procure cada cual ser el más fuerte.»

Ningún hombre dejó de estar atento,
Oyendo del anciano las razones;
Y puesto ya silencio al parlamento,
Hubo entre ellos diversas opiniones:
Al fin, de general consentimiento,
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los caciques acordado
Lo propuestó del viejo, fué aceptado.

DE FERNANDO DE HERRERA (1)

CANCIÓN

A LA BATALLA DE LEPANTO

CANTEMOS al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero:
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra.

(1) Fernando de Herrera nació en Sevilla a principios del siglo XVI. Sus composiciones poéticas le han alcanzado el renombre de *divino*, por la riqueza de sus imágenes, por sus acentos dulces y majestuosos, y sobre todo por lo elevado de sus pensamientos, siendo en contradicción el más perfecto modelo de lo sublime en la poesía lírica.

Salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraón, feroz guerrero:
Sus escogidos principes cubrieron
Lós abismos del mar, y descendieron,
Cual piedra en el profundo, y tu ira luego
Los tragó, como arista seca el fuego

El soberbio tirano, confiado
En el grande aparato de sus naves,
Que de los nuestros la cerviz cautiva,
Y las manos aviva
Al misterioso injusto de su estado,
Derribó con los brazos suyos graves
Los cedros más excelsos de la cima,
Y el árbol que más yerto se sublima,
Bebiendo ajenas aguas, y atrevido
Pisando el bando nuestro y defendido.

Temblaron los pequeños, confundidos
Del impío furor suyo; alzó la frente
Contra ti, Señor Dios, y con semblante
Y con pecho arrogante
Y los armados brazos extendidos,
Movió el airado cuello aquel potente:
Cercó su corazón de ardiente saña
Contra las dos Hesperias que el mar baña;
Porque en ti confiadas le resisten,
Y de armas de tu fe y amor se visten.

Dijo aquel insolente y desdeñoso:
«¿No conocen mis iras estas tierras,
Y de mis padres los ilustres hechos?»

¿Ó valieron sus pechos
Contra ellos con el Húngaro medroso,
Y de Dalmacia y Rodas en las guerras?
¿Quién los pudo librar? ¿Quién de sus manos
Pudo salvar los de Austria y los Germanos?
¿Podrá su Dios, podrá por suerte ahora
Guardarlos de mi diestra vencedora?

»Su Roma, temerosa y humillada,
Los cánticos en lágrimas convierte;
Ella y sus hijos tristes mi ira esperan,
Cuando vencidos mueran.
Francia está con discordias quebrantada,
Y en España amenaza horrible muerte
Quien honra de la Luna las banderas;
Y aquellas en la guerra gentes fieras
Ocupadas están en su defensa,
Y aunque no, ¿quién hacerme puede ofensa?

»Los poderosos pueblos me obedecen,
Y el cuello con su daño al yugo inclinan;
Y me dan por salvarse ya la mano,
Y su valor es vano,
Que sus luces cayendo se oscurecen;
Sus fuertes a la muerte ya caminan;
Sus vírgenes están en cautiverio;
Su gloria ha vuelto al cetro de mi imperio.
Del Nilo a Eufrátes fértil e Istro frío,
Cuando el sol alto mira, todo es mío».

Tú, Señor, que no sufres que tu gloria
Usurpe quien su fuerza osado estima,
Prevaleciendo en vanidad y en ira;

Este soberbio mira,
Que tus aras afea en su victoria;
No dejes que los tuyos así oprima,
Y en sus cuerpos, cruel, las fieras cebe,
Y en su esparcida sangre el odio pruebe:
Que hechos ya su oprobio, dice: «¿Dónde
El Dios de estos está? ¿de quién se esconde?

Por la debida gloria de tu nombre,
Por la justa venganza de tu gente,
Por aquel de los miseros gemido,
Vuelve el brazo tendido
Contra éste, que aborrece ya ser hombre;
Y las honras, que celas tú, consiente,
Y tres y cuatro veces el castigo
Esfuerza con rigor a tu enemigo,
Y la injuria a tu nombre cometida
Sea el hierro contrario de su vida.

Levantó la cabeza el poderoso
Que tanto odio te tiene: en nuestro estrago
Juntó el consejo, y contra nos pensaron
Los que en él se hallaron.
«Venid, dijeron, y en el mar ondoso
Hagamos de tu sangre un grandé lago:
Deshagamos a estos de la gente,
Y el nombre de su Cristo juntamente;
Y dividiendo de ellos los despojos,
Hártense en muerte suya nuestros ojos.»

Vinieron de Asia y portentosa Egipto
Los árabes y leves Africanos
Y los que Grecia junta mal con ellos,

Con los erguidos cuellos,
Con gran poder y número infinito;
Y prometer osaron con sus manos
Encender nuestros fines, y dar muerte
A nuestra juventud con hierro fuerte,
Nuestros niños prender y las doncellas,
Y la gloria manchar y la luz de ellas.

Ocuparon del piélago los senos,
Puesta en silencio y en temor la tierra,
Y cesaron los nuestros valerosos,
Y callaron dudosos;
Hasta que al fiero ardor de Sarracenos,
El Señor, eligiendo nueva guerra,
Se opuso el Joven de Austria generoso
Con el claro Español y belicoso;
Que Dios no sufre ya en Babel cautiva
Que su Sión querida siempre viva.

Cual león a la presa apercebido,
Sin recelo los impíos esperaban
A los que tú, Señor, eras escudo:
Que el corazón desnudo
De pavor, y de fe y amor vestido,
Con celestial aliento confiaban:
Sus manos a la guerra compusiste
Y sus brazos fortísimos pusiste
Como el arco acerado, y con la espada
Vibraste en su favor la diestra armada.

Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando, y desmayaron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,

Como la arista queda
Al ímpetu del viento, a estos injustos,
Que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
En las espesas cumbres se derrama;
Tal en tu ira y tempestad seguiste,
Y su faz de ignominia convertiste

Quebrantaste al cruel dragón, cortando
Las alas de su cuerpo temerosas,
Y sus brazos terribles no vencidos;
Que con hondos gemidos
Se retira a su cueva, do silvando
Tiembra con sus culebras venenosas,
Lleno de miedo torpe en sus entrañas,
De tu león temiendo las hazañas;
Que, saliendo de España, dió un rugido
Que lo dejó asombrado y aturdido

Hoy se vieron los ojos humillados
Del sublime varón y su grandeza;
Y tú solo, Señor, fuiste exaltado;
Que tu día es llegado,
Señor de los ejércitos armados,
Sobre la alta cerviz y su dureza;
Sobre derechos cedros y extendidos,
Sobre empinados montes y crecidos,
Sobre torres y muros, y las naves
De Tiro, que a los tuyos fueron graves.

Babilonia y Egipto amedrentada
Temerá el fuego y la asta violenta,
Y el humo subirá a la luz del cielo;

Y faltos de consuelo,
Con rostro oscuro y soledad turbada
Tus enemigos llorarán su afrenta.
Mas tú, Grecia, concorde a la esperanza
Egipcia, y gloria de su confianza,
¡Tristel que a ella pareces, no temiendo,
A Dios, y a tu remedio no atendiendo.

Porque, ingrata, tus hijas adornaste
En adulterio infame a una impia gente,
Que deseaba profanar tus frutos,
Y con ojos enjutos,
Sus odiosos pasos imitaste,
Su aborrecida vida y mal presente,
Dios vengará sus iras en tu muerte;
Que llega a tu cerviz con diestra fuerte
La aguda espada suya, ¿quién, cuitada,
Reprimirá su mano desatada?

Mas tú, fuerza del mar, tú, excelsa Tiro,
Que en tus naves estabas gloriosa,
Y el término espantabas de la tierra,
Y si hacías guerra,
De temor la cubrías con suspiro,
¿Cómo acabaste, fiera y orgullosa?
¿Quién pensó a tu cabeza daño tanto?
Dios, para convertir tu gloria en llanto
Y derribar tus inclitos y fuertes,
Te hizo perecer con tantas muertes.

Llorad, naves del mar, que es destruída
Vuestra vana soberbia y pensamiento.
¿Quién ya tendrá de tí lástima alguna,

Tú, que sigues la luna,
Asia adúltera, en vicios sumergida?
¿Quién mostrará un liviano sentimiento?
¿Quién rogará por ti? Que a Dios enciende
Tu ira, y la arrogancia que te ofende;
Y tus viejos delitos y mudanza
Han vuelto contra tí a pedir venganza.

Los que vieron tus brazos quebrantados,
Y de tus pinos ir el mar desnudo,
Que sus hondas turbaron y llanura;
Viendo tu muerte oscura,
Dirán, de tus estragos espantados:
¿Quién contra la espantosa tanto pudo?
El Señor, que mostró su fuerte mano
Por la fe de su Príncipe cristiano,
Y por el nombre santo de su gloria,
A su España concede esta victoria.

Bendita, Señor, sea tu grandeza;
Que después de los daños padecidos,
Después de nuestras culpas y castigo,
Rompiste al enemigo
De la antigua soberbia la dureza.
Adórente, señor, tus escogidos,
Confiese cuanto cerca el ancho cielo
Tu nombre ¡oh nuestro Dios, nuestro consuelo!
Y la cerviz rebelde, condenada,
Perezca en bravas llamas abrasada.

DE D. IGNACIO DE LUZÁN (1)

CANCIÓN
A LA CONQUISTA DE ORÁN

Ahora es tiempo, Euterpe, que templemos
El arco y cuerdas, y de nuestro canto
Se oiga la voz por todo el hemisfero;
Las vencedoras sienes coronemos
Del sagrado laurel, al que es espanto
Del infiel Mauritano, al Marte Ibero,
Ya ¿para cuándo quiero
Los himnos de alegría y las canciones,
Premio no vil que el coro de las nueve
A las fatigas debe,
Y al valor de esforzados corazones?
¿Para cuándo estará, Musas, guardado
Aquel furor que bebe
Con las ondas suavísimas mezclado
De la Castalia fuente, el labio solo
De que tuvo al nacer propicio a Apolo?

(1) D. Ignacio de Luzán nació en Zaragoza en 1702, fué Secretario de la Embajada de Francia, y Tesorero de la Biblioteca real de Madrid. Sobresalió en el estudio del Derecho, e impulsado por una viva inclinación se dedicó con preferencia al cultivo de las letras y de la poesía. Cúpole el honor de ser uno de los restauradores del buen gusto de la literatura patria, harto decaída en su tiempo. Los idiomas italiano, francés, alemán, latino y griego le eran tan familiares como la lengua materna. Su estilo fué claro y fluido y sus versos armoniosos.

Una selva de pinos y de abetes
Cubrió la mar, angosta a tanta quilla:
Para henchir tanta vela faltó viento:
De flámulas el aire y gallardetes
Poblado divisó desde la orilla
Pálido el africano y sin aliento:
Del húmedo elemento
Dividiendo los líquidos cristales,
Y blandiendo Neptuno el gran tridente,
Alzó airado la frente
De ovas coronada y de corales:
¿Quién me agobia con tanta pesadumbre
La espalda? ¿Hay quien intente
Poner tal vez en nueva servidumbre
Mi libre imperio? ¿O por ventura alguno
Me le quiere usurpar? ¿No soy Neptuno?

Así decía el dios: las españolas
Proras en tanto del undoso seno
Iban cortando la salada espuma:
Humildes retirábanse las olas,
Céfiro por el cielo ya sereno
Batía en torno su ligera pluma.
¿A dónde irá la suma
De tanto alado pino? ¿Hay otro mundo
Que el español intrépido someta?
¿Hay otros que acometa
Riesgos por el Océano profundo?

¿Si es que al soberbio inglés moverá guerra,
O si verá otra vez la Etnisia tierra?
¿A dónde ha de ir, sino es donde le llama
La santa Fe, la verdadera fama?

Estremecióse el africano suelo,
Y temblaron de Orán torres y almenas
Del formidable vencedor a vista:
En vano a la mezquita erróneo celo
Trae madres y esposas de horror llenas
A rogar que Mahoma las asista,
No hay poder que resista
Al ímpetu y ardor del león de España,
Que vino, vió y venció; y el agareno
Probó de susto lleno
A un tiempo amago y golpe de su saña:
Cual suele ver, no sin mortal desmayo,
Rasgarse en ronco trueno
Las pardas nubes, y abortar el rayo,
El pasmado pastor, y todo junto
Arder cielo y encina a un mismo punto.

Reconocen los bárbaros adarves
El ya noto pendón que se enarbola
Con armas de Castilla y celtiberas:
Gimen de pena y rabia los alarbes
Al ver que el viento plácido tremola
Con respeto la cruz de las banderas.

De escuadras lisonjeras,
De alados paraninfos cortejada,
Entra la Fe triunfante por las puertas,
Ahora de nuevo abiertas,
Por el celo de España y por su espada.
Huye del Alcorán el falso rito,
Y abandona desiertas
Las mezquitas infames; y bendito
El lugar profanado y templo inculto,
Vuélvese a consagrar en mejor culto.

Estas, oh noble España, son tus artes,
Al cielo dirigir guerras y paces,
Pelear y vencer solo por Cristo:
Del orbe entero ya las cuatro partes
Siempre invencibles discurrir tus haces
Por la sagrada religión han visto.
Por tí desde Calisto
Hasta el opuesto polo en trecho inmenso
Al verdadero Dios el indio adora,
Y el que en la tierra mora
Donde al cruel Plutón se daba incienso.
Por tí del Evangelio arrebolada
Con mejor luz la aurora
Del Ganges sale, y por tí da entrada
A nuestra Fe la más remota playa
Del Japón, de la China y de Cambaya.

Por tí de hoy más el bárbaro Numida,
El de Getulia, y el feroz Masilo
Dejarán la impía secta y ritos vanos:
Renacerán a más felice vida
Cuantos habitan entre Lixo y Nilo
Abrazando la ley de los cristianos.
Con tratos más humanos
El togado español pondrá sus leyes
Entonces al morisco vasallaje;
Y parias y homenaje
Recibirá de los vencidos Reyes.
La piedad, el valor, la verdadera
Virtud y el nuevo traje
Aprenderá la Libia prisionera;
Y sabiendo imitar, sin otra cosa,
Su misma esclavitud la hará dichosa.

Surcará el industrioso comerciante
El libre mar Tirreno y el Egeo,
Sin temor de mazmorra o de grillete:
¿Si diré lo que mandas que ahora cante,
Oh Febo, o dejaré que lo que veo
Claro, en la edad futura otro interprete?
El andaluz jinete
Beberá del Cedrón, el santo muro
Libertado será; y el fiel devoto
Podrá cumplir su voto,
De tiranos insultos ya seguro.

Tendrá la España, más que un tiempo Roma,
De su imperio en el coto,
El marfil indio y el sabéo aroma
Para las aras y el sagrado fuego;
Ven, oh dichosa edad; pero ven luego.

De tu antiguo valor así no olvides
Los ilustres ejemplos, patria mía,
Lejos del ocio y de extranjera pompa:
Ame el fuerte mancebo armas y lides,
Y en vez de afeminada melodía
Guste solo del parehe y de la trompa.
Ambos ijares rompa
Con la espuela el bridón: con pecho fuerte
Entre polvo, humo y fuego a verse aprenda,
Y por la brecha ascienda
A buscar y vencer la misma muerte:
O aprenda a domeñar del mar la furia,
O a moderar la rienda
Del gobierno político en la curia,
Dejando en guerra y paz clara memoria:
Así se sube al templo de la gloria.

Pues ya tanto tu vuelo se remonta,
Canción ligera y pronta,
Vé de Orán a la playa,
Y allá también contigo al campo vaya
Este aplauso primero:

Y dí en mi nombre al vencedor Ibero,
Que si por dicha tanto
Como ya su valor puede mi canto.
Sin que el tiempo o la envidia al fin lo estorbe,
Será eterna su fama en todo el orbe.

~~~~~  
DE D. NICOLÁS FERNÁNDEZ MORATÍN

—  
CANTO ÉPICO

LAS NAVES DE CORTÉS DESTRUÍDAS

~~~~~

CANTO el valor del capitán hispano,
Que echó a fondo la armada y galeones,
Poniendo en trance, sin auxilio humano,
De vencer o morir a sus legiones:
El que holló el ancho imperio mejicano
A pesar de tan bárbaras naciones:
Empresa digna de su aliento solo,
Si en verso cabe, y si me inspira Apolo.

Y tú, sacra Piéride, si alguna
Hay en Parnaso por feliz destino,
Que a engrandecer la hispánica fortuna
El hado dichosísimo previno,
Mi pecho enciende en llama cual ninguna,
Vierte en mi labio cantico divino,
Que está esperando la impaciente España
Del gran Cortés la prodigiosa hazaña.

Díctame, Musa, cómo ya arrollado
El mejicano golfo turbulento,
En mil combates vencedor del hado,
Coyunda impulso al bárbaro sangriento;
Y cómo a Vera-Cruz el nombre ha dado,
Edificada en sólido cimiento;
Freno a las gentes fieras y remotas,
Escala y puerto a las indianas flotas.

Aquí ostentaba su milicia un día
Con pompa y gala, y en vistoso alarde,
Asombra la feroz caballería;
Tal es el fuego que en los brutos arde:
La robusta española infantería
Aliento infunde al pecho más cobarde:
Tocan clarines, y las cajas suenan,
Mares y playas y montañas truenan.

Muéstrase altivo el ínclito guerrero,
Sandoval digo, en un caballo armado,
Monte parece de bruñido acero,
Apenas por su dueño sujetado:
Ancho pavés sin cifra ni letrero.
Y el peñasco de Amaya, relevado
Solar de su linaje; y por decoro
La banda negra sobre campo de oro.

Con un sayo galán de fino paño,
Con gorbión de encarnado y amarillo,
En un revuelto pisador castaño
Monta Pedro González de Trujillo;
Y Dávila, soberbio en genio extraño,
Fatiga los ijares a un tordillo,
Llevando en el escudo sin cuarteles
Por antiguo blasón trece roeles.

De pecho firme y ancha de cadera,
Con lazos jaldes, y con borlas blancas,
Muy briosa de juego y de carrera,
Sin temor de arrecifes ni barrancas;
De bordada malania la pechera,
Y bélicas cubiertas de las ancas,
Rige una yegua Pedro de Alvarado,
Que a tierra no pasó mejor soldado.

Tirada atrás la roja sobreveste,
Descubre el peto y espaldar bruñado.
Vuelan las plumas de color celeste
Sobre el almete de oro guarnecido:
E indicando cuán poco le moleste,
Roto el arco y las flechas de Cupido,
Era su empresa: en potros jerezanos
Le siguen y respetan sus hermanos.

Ordaz con fuertes armas pavonadas,
Fiero en palabras, rígido en semblante,
Monta un peceño, y lleva recamadas
De azul y negro las haldetas de ante:
Ni las mudas edades ya pasadas,
Ni el alto olvido harán que yo no cante,
¡Oh insigne Láriz! tu valor, que vuela
Desde Panuco al cabo de la vela.

Ni serás en mis versos olvidado,
Célebre Alfonso, honor de los Mendozas,
Que un corcel, cabos negros y melado
Gobiernas, y corriendo te alborozas:
El escudo en triángulos cortado
Muestra las rojas bandas de que gozas,
Y por orla y riquísimo tesoro
El ave de Gabriel quitada al moro.

Y Juan Velázquez de León movía
Un valiente caballo, y con la espuela
Le aflige, y con el freno le oprimía,
Sonándole la espada en la escarcela:
Yelmo con tembladora argentería,
En cuerpo y en el ristre la arandela:
En él encuentra la razón abrigo,
Deudo Velázquez, y Cortés amigo.

Un león rojo por blasón ponía
En sus cuarteles con dorados marcos,
Jactándose con él, que descendía
De los leones de la casa de Arcos:
Una soberbia alfana, cuya cría
Vió el mar nacer en los veleros barcos,
Sedeño el rico a paso lento lleva,
Y un negro asido a la nielada greva.

Y tú, Morla, también en blanco armado
Vas escaramuzando largo trecho
Sobre un fuerte bridón azabachado,
De moscas blancas salpicado el pecho:
Pacheco un bayo arremetiéndolo alado,
Muestra, corriendo al general derecho,
Ancha faja de azules cuñas llena,
Blasón de los señores de Villena.

Ya desfilaba con mover airoso
Saucedo, tierno joven rubicundo,
Que él cual otro no fuera más hermoso,
Ni pasó tan gallardo al Nuevo Mundo:
El mirar de un Adonis amoroso;
Y uniendo a lo galán lo furibundo,
Va con escarces, vueltas y reveses
Sobre un potro alazán de treinta meses.

Una casaca verde acuchillada
De trasflor y sutiles caniquies,
Mostrando rica tela nacarada
Con broches y alamares de rubies:
Cadena de labor muy extremada,
Y mangas de almaizares tunecies,
Vergel de muchas y diversas flores,
Y el lazo del codón de mil colores.

En un rucio rodado muy brioso
Sale Escobar con malla y finos antes;
Y en un caballo negro poderoso
Villarröel con ojos centellantes.
Celebrará mi verso numeroso
Tus hechos, y las armas radiantes,
Con que ¡oh diestro Domínguez! tú reluces,
Domador de caballos andaluces.

Admira tan lucida caalbgada,
Y espectáculo tal doña Marina,
India noble al caudillo presentada,
De fortuna y belleza peregrina:
De la injuria del clima reservada,
Y del color del alba matutina,
Muestras que herir bien puede el pecho humano
Cupido con arpón americano.

Con despejado espíritu y viveza
Gira la vista en el concurso mudo:
Rico manto de extrema sutileza
Con chapas de oro autorizarla pudo:
Prendido con bizarra gentileza
Sobre los pechos en airoso nudo,
Reina parece de la indiana zona,
Varonil y hermosísima amazona.

Ella atónita mira, y asombrada
De tanta pompa y tanta gallardía;
Y ansiosa no queriendo dudar nada,
Informarse de todo pretendía:
El paso adelantó determinada
Hacia el casto Aguilar que allí venía,
Primero haciendo en muestras de obediencia
A Cortés su señor la reverencia;

E inquieta dice: «¡oh noble compañero!
A mí por tus desgracias semejante,
Cuéntame de este ejército guerrero
Quién son aquellos que se ven delante:
Que aun no a todos conozco, y yo no quiero
Ignorar ni su nombre ni semblante:
Dí, acaba:» y Aguilar se sonreía
De ella, y con la alta permisión decía:

Aquel membrudo de mirar sangriento,
Que cinco lirios por empresa tiene,
Argüello es de León, que violento
Vive en quietud, y así a la guerra viene:
Mírale cuán robusto y corpulento.
Cómo cruje la lanza y la sostiene
Con la ancha cota de dobleces once,
Y el escudo con láminas de bronce.

Nájera es aquel rubio riojano,
Diestro en la esgrima; aquel otro García;
Y el que sigue, el intrépido Lezcano,
Y Juanes por quien Turia se gloria,
Y Ortiz, cuya vihuela con su mano
Tanto arrebató en cética armonía,
Que estar más que la Tracia mereciera
Con diez luceros en la octava esfera.

Ese determinado madrileño
Es un noble Ramírez de los Vargas,
Que mil veces al moro en duro empeño
Partió con los turbantes las adargas;
Mira en la suya el muro malagueño,
Y el puente roto, y en hileras largas
A cañonazos multitud de infieles
Muertos entre marlotas y alquiceles.

Soto el de Toro, Olea el de Medina,
Son aquellos que ves: aquel Portillo;
Pizarro, a quien del rumbo descamina
De sus primos nuestro inclito caudillo:
Juan es aquel de la coraza fina,
Que el Tórmes entre juncias y tomillo
Le arrulló en la aula de las ciencias sola,
La celebrada Atenas española.

Mira aquel batallón de infantería
Del aguerrido Heredia gobernado,
Que el francés en Italia le temía,
Cuando el gran capitán le vió a su lado:
Farfán es aquél alto que blandía
La pica, y de su patria amartelado,
Se va siempre acordando en sombra vana
De la dulce Sevilla y de Triana.

Aquel de la loriga, y ambos lados
Con pistoletas llenos de osadía,
Es Mesa el montañés, que sin cuidados
El maneja un cañón de artillería:
Usagre y Catalán van a sus lados
Porque son de la misma compañía,
Y diestros artilleros los pregona
La invencible nación de Barcelona.

Aquellos de escaupiles acolchados
Siguen al alcarreño Jaramillo:
Más le sigue tus ojos inflamados
Si ¡oh Cacica! permíteme el decillo:
Aquel que allí escuadrona los soldados
Es el fiel Bernal Díaz del Castillo,
Que sirve en esta célebre jornada
Cual César, con la pluma y con la espada.

Prosiguiera Aguilar; pero venía
Batiendo el acicate de ambos lados
Mercado en una remendada pia,
El más niño de todos los soldados:
Por su doncel al general servía,
Apartaba los indios apiñados,
Diciendo plaza a infinidad de gente,
Plaza, que pasa el general al frente.

Hácenle salva, y alta vocería
Se levanta a los cielos, resonando
Gentil descarga de arcabucería,
Que hasta Méjico el eco fué bramando:
Atruenan la espantosa artillería
Por las concavidades retumbando:
Corral, Volante con Ragel ligeras
Abatieron al suelo las banderas.

Cortés, el gran Cortés. . ¡Divina Clío,
Tu alto influjo mi espíritu levante!
¿Quién jamás tuvo objeto como el mío,
Ni tan glorioso capitán triunfante?
¡Con qué aspecto real y señorío
Se le muestra a su ejército delante!
¡Oh qué valor que ostenta, y qué nobleza!
¡Oh cuánta heroicidad y gentileza!

Ricas armas de esmero y maestría
Listadas de oro puro centellantes,
Con pernos de preciosa pedrería,
Hebillas y chatones de diamantes,
Gorjal grabado, en cuyo canto había
De perlas y crisólitos pinjantes,
Cegando como el sol, a quien parece
El arnés con que armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada
Cual fúlgido cristal resplandeciente,
Con plumas y airón empenachada,
Que el céfiro halagaba mansamente:
El brazal y esquinela burilada
Rayos saca de luz como el oriente:
Música forman, guarnecidas de oro,
Templadas piezas, al crujir sonoro.

Al hombro izquierdo el capellar tremola
Favonio airosamente, y con lazadas
De plata y seda atado en una sola,
Que vuelve las vislumbres duplicadas:
Roja banda afollada en la pistola
Con muchos rapacejos, y enredadas
Puntas al cinturón, y allí pendiente
de Toledo la espada omnipotente.

Ancho escudo embrazó de fuerte acero,
Con labores en torno rutilante,
Que más reverberando que el lucero,
Parece de un limpísimo diamante:
Esculpió en medio por blasón guerrero
Entre las uñas de un león rapante
Un mundo encadenado, y quebrantadas
Las columnas de Alcides derribadas.

La gruesa lanza estriada y rebutida
De barras de metal lleva en la cuja,
Y un pendoncillo o banderilla asida,
Que bordó con primor sutil aguja:
Y al encuentro y veloz arremetida,
Hace corriendo que al impulso cruja.
Cuando con duro y resonante callo
Embiste el hermosísimo caballo.

Era alazán tostado, corpulento,
De ardiente vista, y con feroz ultraje
Bate el suelo, mirándose opulento
Con tan precioso y bárbaro equipaje:
De ormesi recamado el paramento,
De seda y oro y borlas el rendaje,
De bronces entallados la estribera,
Zafiros y balajes la testera.

El soberbio animal la crin extiende,
Como quien sabe el dueño que pasea,
Con agudo relincho el aire enciende,
E indómito y ufano se pompea:
En cuanto ¡oh Bétis! tu raudal comprende,
Que con verdes olivas hermosea,
Tal monstruo no abortó naturaleza,
Ni unió tanta hermosura en tal fiereza.

Cortés recorre así los escuadrones
Con vivos ojos, plácido semblante,
Siendo por ademán y por acciones
A cosa más que humana semejante:
Y afable dice: ¡Oh fuertes campeones!
¿Cuál órgano mortal será bastante
A cantar tanta hazaña celebrada,
Que debo yo al valor de vuestra espada?

Hércules nuevos, de portentos fieros
Habéis triunfado con asombro mío:
No ignore España, ilustres compañeros,
Cuánto la ensalza vuestro heroico brío:
¿Quién serán los audaces mensajeros,
Que el mar salado por el norte frío
Corten al sesgo con tajante quilla
A llevar tales nuevas a Caslilla...?

.
.

Cortés, en cuyo corazón se encierra
Valor, a quien ningún peligro doma,
Las filas corre, y lleno de osadía,
Compañeros heroicos, les decía:

¿Qué es esto, generosos españoles?
¿Qué es de vuestro valor? ¿Qué estoy oyendo?
¿Vosotros sois de la milicia soles?
¿A vuestro brazo el orbe está temiendo?
¿Con que vuestras mesanañ y penoles
Despreciaron del Ponto el monstruo horrendo?
¿Con que osásteis lo más con alma presta.....
Y despreciáis lo poco que nos resta?

Pues no lo despreciéis, que altas hazañas
Dignas de vuestro ardor habrá algún día:
¿El riesgo apetecéis de las campañas?
¡Que propio en la española valentía!
Ya me daréis albricias por extrañas
Empresas que hollará vuestra osadía:
La fama con excelso y nuevo canto
Pondrá en el mundo admiración y espanto.

No el vil temor ataja vuestro brío,
Ni olvido tanta hazaña celebrada;
¿Dónde está, dónde, aquel soldado mío
Que a Maila dividió su ardiente espada?
¿O el que en el espantoso desafío
Con Tumpotón de maza barreada
De una estocada, en que alto impulso encierra,
Al bárbaro clavó contra la tierra?

Aquí estáis todos, compañeros fieles,
Yo por vosotros moriré el primero:
Vamos, dijo, a vencer. Mas los noveles,
Se arremolinan en tumulto fiero:
Con las dagas hiriendo en los broqueles
Insta por cuba el vulgo vocinglero
Crece en las voces el tesón e instancia.
Y en el caudillo invicto la constancia.

Bien como cuando el mar embrevecido
Se altera, se entumece y alborota,
Y de uno y otro viento compelido
De la alta Gades la muralla azota:
A cuyo choque, aunque tan repetido
Eternamente permanece inmota,
Sin que a las olas su constancia amanse,
Ni de embestirla el piélago se canse.

Mas viendo que eran sus esfuerzos vanos,
Arremetió el caballo poderoso,
Que alza menuda braza con las manos
Al ímpetu feroz y sonoroso:
Y dice; auxilios débiles humanos
No den favor al corazón medroso:
O venga o muera, su única esperanza
Caiga deshecha al tiro de mi lanza.

Y alta la diestra atrás con gallardía,
En los estribos todo el cuerpo alzando,
Fulmina el fresno, y rápida cruja
La banderilla, y silba regilando:
Y a la nao capitana, a quien mecía
Blanda mareta, llega atravesando
De una a otra banda, y al impulso internas
Retumbaron las lóbregas cavernas.

Vieras la chusma y los grumetes luego
Saltar a nado a la cercana orilla,
Que al ancho boquerón con agua ciego
A borbotones llena la escotilla,
La amura de estribor cede al trasiego,
Cae de costado, y la alta popa humilla
Su balconaje, y las furiosas olas
Entran por las abiertas portañolas.

A pique va sin tempestad la armada;
Porque los españoles animados
De la alta acción, con prisa acelerada
Dan barreno a los buques ancorados:
El fiero Hernán Cortés con vista airada
Terror infunde, y a los alterados,
Que en la conjuración mostraron brio,
Hace dar al través con su navío.

Esto mismo Carrasco, y esto hacía
Alvarez Chico: Yáñez arrebató
Una hacha de armas, la carlinga hería
Dando al golfo su golpe entrada grata:
Ginés en el bajel que conducía,
Cual si fuera enemigo, desbarató
Toda la eslora, a cuyos roncós sonos
Huyeron los voraces tiburones.

El fuerte galeón empavesado,
Que comandaba Ordaz el arrogante,
Su mismo capitán le ha despalmado
Por dar satisfacción de sí bastante:
Y Arvenga el Levantisco ha disparado
Al branque de otro un tiro fulminante
Y la proa y bauprés desaparecen
Entre pompas y círculos que crecen.

A fondo van así los corpulentos
Bajeles; pero ciegos los soldados,
Los estragos del agua juzgan lentos,
Tal los tiene el caudillo ya inflamados:
Impacientes, furiosos y violentos,
De alquitrán mil hachones, y embreados
Fuegos arrojan, prenden al instante
Los restos de la flota naufragante.

Arde la pez y estopa resinosa,
Y el betún y fortísimos tablones,
De Vulcano la cólera furiosa
Desune el calafate y trabazones;
Extiéndese la llama sonora,
Y a formar condesados nubarrones
Con vapor negro asciende hasta lo sumo
En confusas pirámides el humo.

Fenece así el bellissimo navío
Del hermoso Saucedo embanderado,
Al que en Sanlúcar vió zarpar el río
De flámulas y jarcias adornado:
También, Godoy, al tuyo fuego impío
Quemó, y al de Morón bien artillado,
Al que condujo a Dávila violento,
Morla el fuerte y Argüello el corpulento.

Ya en la llanura inmensa aparecían
De tanta armada trozos solamente,
Medio quemados: popas se veían
Y proas de oro envuelto en llama ardiente
Pedazos de banderas que se hundían,
Que el agua o fuego nada allí consiente,
Y aniquilan los míseros fragmentos
Ya unidos los opuestos elementos.

Todo es horror, cuando hasta los oscuros
Senos del mar con ímpetu silvando
Ciega legión de espíritus impuros
Se precipita, el Po'n'o rebramando:
Albricias, noble España, que seguros
Tus vencimientos son, y al cielo alzando
La alegre vista, mira como el cielo
Te da el premio, esperanzas y consuelo.

Pues cándida paloma descendiendo
Sobre los pabellones, el alado
Giro tendió hacia Méjico, luciendo
Con los visos y albor tornasolado:
El aire en luz purísima vistiendo,
Cual descogiendo el arco variado
La ninfa de Taumante hacia poniente
Trae mil colores con el sol enfrente.

Cortés, ambas las manos levantadas,
Dice: Ya entiendo, espíritu divino,
Que no de mi fervor te desagradas,
Sigo pronto tu anuncio y mi destino:
Los suyos por la cruz de las espadas,
Juran no desistir del gran camino,
Hasta ensalzar en vez del dios horrendo
La cruz que tremolada va siguiendo.

En la hazaña el ejército se empeña
Ya resuena el clarín y cajas luego,
Crece la aclamación, y hecha la seña,
Marcha al campo español: ya no hay sosiego:
Equilibrase el bronce en la cureña;
Y aplicando la mecha al botafuego,
Con ronco estruendo globos infernales
Reventaron los cóncavos metales.

Los ídolos de Méjico temblaron
Al gran rimbombe, y que a su culto aguarde
Mudanza triste, absortos recelaron
Ciegos ministros, con terror cobarde,
Si las musas mi verso eternizaron,
Mientras fiero el león de España guarde
Con las terribles zarpas ambos mundos,
A pesar de enemigos furibundos;

Heroico Hernán Cortés, será cantada
Tu acción por cuantos doblan la rodilla
Al Monarca español, que en fe acendrada
El orbe que ganaste se le humilla:
Tu acción, que dió a la fama voz no usada,
Al universo espanto y maravilla,
Júbilo al cielo, llanto al arco impio,
Y alta materia al rudo canto mío.

De D. Manuel José Quintana (1)

A Guzmán e! Bueno



A con lira sonora

Himnos dí a la beldad hija del cielo,

Y amor canté que sin cesar la adora:

¿Mas cómo al fin mi generoso anhelo
Podrá exaltarse de la hermosa fama
Hasta el templo inmortal? Ella me llama,
Y ya en mi pecho hierve
El canto del loor, sin que mis ojos
En esta sirte miserable vean

El grande objeto que ensalzar desean.

¿Cantára yo las haces españolas
En Pirene temblando al eco horrendo,

Con que Mavorte en rededor rugía?

¿O a las naves británicas huyendo
Nuestra mísera escuadra entre las olas,
Amedrentadas ya con su osadía?

No, España, patria mía:

No son eternas, no, las torpes huellas

Que de tu noble frente

(1) D. MANUEL JOSÉ QUINTANA nació en Madrid en 1772. Ejerció su privilegiado ingenio en trabajos literarios de diversa índole y de mérito muy subido: sus vidas de españoles célebres, sus escritos políticos y sus discursos académicos le colocan entre nuestros primeros hablistas. Sus poesías líricas no conocen rival en el Parnaso castellano, así por la grandeza de los asuntos, como por lo sublime de la ejecución. Murió en 1857, habiendo sido coronado por la Nación en el año de 1855.

Empañan el honor: tú en otros días,
Con victorioso patriotismo bellos,
de gloria ornada y esplendor te vías.
¡Ah! ¿por qué yo infeliz no nací en ellos?

Entonces los Alfonsos esforzados,
El hijo de Jimena, y gran Rodrigo,
Rayos horribles de la gente mora,
Con sus nervudos brazos no cansados,
Desolación del bárbaro enemigo
Eran siempre en la lid espantadora.
¿Quién diera a mi deseo
Tantos lauros contar? Cada llanura
Fué campo de batalla,
Cada colina vencedor trofeo:
Los sitios mismos que el baldón miraron,
Miraron las venganzas, y las afrentas
En torrentes de sangre se lavaron.

“Venid, venid, el Árabe decía,
Volad, hijos de Agar: ya los esclavos
El yugo intenta sacudir, que un día
En su arrollado cuello
Vuestro valor indómito cargara.
¿Lo sufrireis? Las naves aprestemos,
Y el ancho valladar, con que el destino
La Europa y Libia dividió, salvemos,
Venid, venid, que nuestra fiera saña
Estremecida España
Sienta otra vez: acometed, y abiertas

De Calpe y de Tarifa os son las puertas”.

Mas no las puertas de Tarifa entonces
Al pérfido Julián obedecían:
El valor y el honor las defendían.
El honor y el valor que siempre fueron
Escudo impenetrable el más seguro.
¿Qué sin ellos valer el alto muro
Ni el grueso torreón jamás pudieron?
El hombre es solo quien guarnece al hombre:

¡Oh pueblo numantino!

¡Oh sagrada ciudad de alto renombre!

¿Quién sino tu constancia te ceñía,

Cuando las olas del poder romano

Sobre tí vanamente se estrellaban.

Y sus feroces águilas temblaban?

Tal Guzmán impertérrito defiende
La fortaleza, en donde

Quebrada el Moro su pujanza vía;

Que ataca en vano, y de furor se enciende,

Y truena al fin, con la espantable saña

De nube que se rompe

Con estruendo fragoso en la montaña.

“¿Así será que la esperanza mía

Un hombre solo a contrastar se atreva?

Oye, Guzmán: las leyes del destino

Esta prenda infeliz de tus amores

A mi venganza dieron:

Hijo es tuyo, ¿le ves? si en el momento

Ante mis pies no allanas
La firme valla del soberbio fuerte,
Tú que le diste el ser, tú le das muerte”.
Así la iniquidad habla a la tierra,
Cuando de orgullo y de poder henchida
Mueve a los hombres espantosa guerra.
¡Oh! ; no tembleis! magnánima a su encuentro
La virtud generosa se levanta,
Y sus soberbios impetus quebranta:
Ella elevó a Guzmán; de ella inspirado,
“Conóceme, tirano, respondía:
Y si es que espada en tu cobarde mano
Falta a la atrocidad, ahí va la mía:
Que yo consagro mi inocente hijo
Sobre las aras de mi patria amada”.
Esto sereno dijo,
Y arroja al campo la fulmínea espada.
Y estremécese el campo, y da un gemido
Al vacilar la víctima, do esconde
Su punta aguda el inclemente acero.
Calpe con gritos de dolor responde
Al grito universal, y del guerrero
También la faz valiente
Brotando riega involuntario el llanto.
¡Ah! tú, padre de España, eras primero:
Mira cuál ella la segura frente
Alza, y su numen tutelar te aclama:
Mira a tu gloria despertar la fama,

Que sus doradas alas desplegando,
Y sonando la trompa refulgente,
Los grandes ecos de tu nombre envía
Del norte al mediodía,
Del templo de la aurora al occidente.

Y esta soberbia aclamación oyendo,
De horror y espanto el Berberisco herido,
Huye al mar confundido,
Entre sollozos trémulos diciendo:
“Huyamos ¡ ay! a nuestra ardiente arena:
¿Cómo arrancar la tímida paloma
Podrá su presa al águila valiente
Del aire vago en la región serena?”
Quiébrase el cetro a la africana gente,
Su trono se hunde, y la cruel venganza
Del godó vencedor estrago y ruina
Contra el seno del África fulmina.

Así temblando el Musulmán huía
Del Español guerrero,
Que sobre él centellando revolvía,
Bien como cuando su valor primero
Sorprendido el león pierde, y se amansa,
Y en sí el oprobio de servir consiente.
¿Cómo a tan vergonzoso vituperio
La generosa frente
Pudo ya doblegar? ¿Do fué el espanto
Que dió a la selva atónita su imperio?
¿Nació quizá para vivir esclavo?

No, que llega su vez: y ardiendo en ira
Rompe, y se libra, y con feroz semblante
Del vil ultraje a la venganza aspira,
Bañando en sangre las atroces manos;
Y ruge, y amedrenta a sus tiranos.

De D. Juan Arolas (1)

AL SEPULCRO DE NAPOLEON

Duerme tu sueño profundo,
duerme en paz, hombre de gloria,
ya que no puede en el mundo
dormir nunca tu memoria.

Coloso de la fortuna,
fundido para la guerra,
con la frente allá en la luna,
y por pedestal la tierra.

Genio y numen verdadero
con la máscara mortal,
con un corazón de acero,
y un pecho de pedernal.

Aguila del torbellino,
que arrebataste tu vuelo
para medir el destino

(1) D. JUAN AROLAS, nació en Barcelona en 1805, se trasladó a Valencia en 1814 y profesó en la orden de los escolapios en 1821. Son notabilísimas sus poesías caballerescas y orientales, en cuyo género no tiene rival.

por los espacios del cielo.

De las sombras la mayor;
sombra reina de los manes,
sombra del conquistador,
por sepulcro no te afanes;

Que abortó naturaleza
peñasco en el hondo mar,
lecho para tu cabeza
donde puedas descansar.

Que no puede ciertamente,
mientras que tu fama zumba,
soportar el continente
todo el peso de tu tumba.

Émulo de los titanes,
ébrio de gloria y honor,
hijo de los huracanes,
busca a Homero por cantor:

Él con su trompa inmortal
puede ensalzar tus blasones
en la gruta de Fingal,
cercado de mil tritones;

Y la tempestad bravía
repita en el hondo mar,
con horrísona armonía,
los ecos de su cantar.

Y cuando el sol tras un monte
ponga su globo encendido,
que figure el horizonte

con pincel descolorido,

Varias sombras generosas
con su casco y con su lanza,
que se agrupan silenciosas
para escuchar tu alabanza;

Mientras vagan cual perdidas,
como en fúnebre misterio,
con las nubes confundidas,
las águilas del Imperio.

Duerme en quietud eternal
sin sepulcro cincelado;
tu lucido funeral
es el pecho del soldado.

¡Duerme...! Necia profusión,
¿Para qué la quieres, dí?
Duerme sin más pretensión;
tu nombre te basta a tí.

Te temieron, te adoraron,
grande tu destino fué,
pues los tronos vacilaron
cuando tú moviste el pie.

Tus fríos restos encierran
pobre y mísero lugar;
vivo te tembló la tierra,
muerto te respeta el mar.

Alas mi numen me dió;
volando a tu tumba vengo;
no seré quien nombre yo

los laureales de Marengo.

Que tal vez a nueva gloria
del sepulcro te alzarías,
y el acento de victoria
con amor saludarías.

Dejando ese polvo frío
con la descarnada faz,
volvieras al poderío,
y el mundo a perder su paz...

Duerme, pues, hombre temido,
duerme tu sueño profundo,
que, mientras estás dormido,
puede descansar el mundo.

De D. Bernardo López García (1)

ODA

AL MAR MEDITERRÁNEO

MAR de la historia; absorto en la ribera
que en frena tu poder, oyendo el grito
indómito y rugiente
del huracán que rápido levanta
en desorden los rizos de tu frente,

(1) D. BERNARDO LÓPEZ GARCÍA nació en Jaén en el año de 1840. Hizo sus primeros estudios en el Instituto provincial, dirigido por el eminente escritor católico Muñoz Garnica, los continuó en el colegio de Santiago de Granada y después en la Universidad de Madrid. Es uno de los poetas más inspirados de nuestros días.

yo te voy a cantar: el alma mía
oye con ansia loca
tu eterna y portentosa melodía;
y vé en tu faz inquieta
la inspiración y el arpa del poeta.

Yo te voy a cantar: calma un instante
tu faz soberbia; ten ese rugido
que brota de tu seno delirante,
y cruzando los golfos de la historia
ensalzaré tu nombre
y humillaré tus bárbaros cantares;
porque el alma del hombre
es más grande que el mundo y que los mares!

.
Tú eres el mar que el corazón admira:
no el mar rugiente que de polo a polo
revolviéndose en sábanas de espuma
se alza terrible y solo;
ni el mar alborotado
que del África al pie, nunca sereno,
se asienta en el abismo
y se corona con el ronco trueno;
ni aquel otro magnífico Océano
que gira en espumante remolino,
hasta besar del Asia envilecida
las graves cordilleras
asentadas en *Dioses*; ni el mar bravo
que por el genio de Colón esclavo,

mostró arrancando asombros
al antiguo y soberbio continente,
un camino de luz sobre su frente,
y un mundo virginal sobre sus hombros.

Pero tú eres el mar de lo pasado:
libro gigante de hojas cristalinas,
que refleja en sus páginas brillantes
tronos, palacios, tumbas y ruinas.

.
Tú eres el mar altivo y poderoso
que en roncós tumbos sin cesar tronando,
levantaba las naves
de Cartago y Bagdad; el mar soberbio
que llevaba la púrpura de Tiro
a las rocas de Calpe; el que escuchaba
los cánticos impuros
del fiero Baltasar, y oyó el gemido
del Asia que se hundía,
dejando sobre el mundo estremecido
la eterna maldición de su agonía.

El que sintió sobre su faz la sombra
del alto Parthenón, y miró alzadas
en sus playas amenas
las estatuas magníficas de Atenas
al cielo por el arte arrebatadas;
y a la luz del volcán con ronco acento
de fuego entre un diluvio,
empujó al Océano

los mármoles y templos de Herculano
revueltos con la lava del Vesubio.

Tú, el poderoso mar que arrancó al Nilo
el cetro y la corona
que ostentó Faraón; el mar severo
que en toda la extensión de su ancha zona
acompañaba con rumor tranquilo
los cánticos de Homero,
y escuchó entre el rumor de la batalla
el grito de la Grecia
que llorando su gloria
se arrojaba a la tumba dolorida,
dejando sobre el libro de la vida,
la página gigante de su historia.

El que vió levantada en sus riberas
a la ciudad de Rómulo
coronadas de estatuas y jardines;
y miró sus banderas,
espanto de las águilas, cubriendo
con sus anchos crespones
al pueblo rey, que bajo infame yugo,
estrechaba con brazos de verdugo
la virgen libertad de las naciones.

Y vió aquel pueblo un día
temer y vacilar bajo la planta
de un siglo vengador; y lo vió luego
rodar arrebatado por sus leyes,
dejando con sus hábitos de guerra

a los pueblos dolor, sangre a los Reyes
y sábanas de muertos a la tierra.

En que sin calma en hondo remolino,
acariciando el túmulo de Roma,
vió alzarse en sus ruinas
al cristiano valiente
escribiendo su código fecundo
con sangre de Jesús; y miró un día
retratada en sus líquidos cristales,
la Basílica inmensa
que se lanzó al espacio
de Miguel Angel al potente anhelo,
ofreciendo con cántico profundo,
un pedestal a Dios, a la fe un mundo,
y un escalón al arte para el cielo.

.....
Tú eres el mar que el corazón admira:
mudo testigo de la furia humana,
has sentido rodar a los imperios
tumba buscando en tus revueltas olas:
has visto a las legiones
de cien Reyes y cien, cubrir tu frente
de víctimas y horror: a los reflejos
del rayo esplendoroso
luz de la tempestad, has visto alzado
el puñal homicida
sobre el trono sangriento: entre el rugido
del trueno pavoroso

corona de los Alpes, has oído
la voz de los tiranos
que en espantosa guerra,
se arrancaban ansiosos de las manos
cubiertos de baldón, cetros de tierra.

Y siempre igual, tranquilo o espumoso,
indiferente lanzas tus raudales
de los Sirios hirvientes arenales
al Atlántico mar, y de la zona
que cubre con sus mármoles Venecia,
a la tumba de Grecia.

que con trozos de mundos se corona ;
y te revuelves con terrible canto
sujetando del Ebro la corriente,
y azotas el cadáver del Oriente
en el revuelto golfo de Lepanto.

¡Cómo te admiro, mar !... si el alma mía
frenética tuviera
de todo el universo la armonía ;
la voz del huracán, y la del trueno ;
y el canto del alud que se desata
de la soberbia cumbre ; y el rugido
de la alta catarata
que rueda por la sierra,
y se sepulta en remolino ciego
buscando en las entrañas de la tierra
el germen del volcán ; si yo pudiera
reunir en uno solo

los gritos de las mil generaciones
que poblaron la frente de la esfera,
al compás de tu ronca algarabía
mi poderoso acento
el pasado a la muerte arrancaría.

Porque el alma delira y se conmueve,
cuando al mirar tus golfos cristalinos
oyendo enamoradas barcarolas,
descorre del pasado los misterios,
y piensa ver sobre tus crespas olas
agitando sus tumbas cien imperios.

Y al escuchar el canto pavoroso
del lúgubre cañón que al bueno aterra,
llamando con voz fuerte
al ángel de la muerte
con la trompa del ángel de la guerra,
inmenso rayo el porvenir alumbra ;
y apartando cadenas y cañones,
la mente conmovida
mira alzarse otro mundo y otra vida,
sobre el polvo de cien generaciones...!

.
¡Quién sabe...! acaso un día
feliz y libre la familia humana
vendrá tranquila a remover tu frente :
tus roncadas olas abrirán camino
a las velas de todas las naciones ;
por la estrecha garganta

del Atlántico mar, vendrá las naves
que en sus aguas levanta
el raudo Misurí, con las coronas
de frutos y de flores
que crecen de la América en las zonas,
del espléndido sol a los fulgores ;
y vendrán cual ofrenda de otros mares
las naves del Japón ; y las que rompen
de los polos los hielos seculares ;
las del Obi, del Ganges y del Lena,
con las que empujan hacia el mar sonoro
el Rhin soberbio y el sangriento Sena,
y el Tajo puro que se arrastra en oro.

Y rodarán tus transparentes olas
sin víctimas ni horror ; y el blanco lino,
enjugará la sangre derramada
en Génova, Lepanto y Navarino :
y el humo de la audaz locomotora
se unirá con el humo
del buque altivo, y se alzará al espacio
plácida nube en delicado vuelo,
llevando como fruto de la guerra
el beso de la mar y de la tierra
a los azules pórticos del cielo.

El día se acerca ya : la ciencia osada
carcome tus riberas
para enlazarte al piélago iracundo
que va del Indo a la región del hielo,

y se empuja con ronca algarabía
desde el África ardiente a la Oceanía.

En breve otro Océano
a ti se enlazará: montes de espuma
rodarán por la arena
desuniendo los viejos continentes;
y la Europa colmando sus pesares
estrechará con canto soberano,
del Asia vieja la fecunda mano
en la ronca garganta de los mares.

Y empezará otra vida;
y el mundo entero acercará la hora
en que unidas y hermanas las naciones,
esclavo todo de la humana ciencia,
sin armas, sin legiones,
con solo una misión y una creencia,
la Humanidad en su potente vuelo
sepultará al error hecho pedazos,
y al fin hará con sus *potentes brazos*,
escala el mundo de su patria el cielo.

SECCIÓN CUARTA

POESÍAS RECREATIVAS

De Romancero del Cid

DESAFÍO DEL CID

NON es de sesudos homes,
Ni de infanzones de pro,
Facer denuesto a un fidalgo
Que es tenuto más que vos;
Non los fuertes barraganes
De vuestro ardid tan feroz
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor:
No son buenas fechorías
Que los homes de León
Fieran en el rostro a un viejo,
Y no el pecho a un infanzón.
Cuidárais que era mi padre
De Laín Calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blasón.
¿Mas cómo vos atrevísteis
A un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?

La su noble faz ñublásteis
Con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla,
Que es mi fuerza la del sol;
Que la sangre despercude
Mancha que finca en la honor
Y ha de ser, sin bien me membro,
Con sangre del malhechor.
La vuestra, Conde tirano,
Lo será, pues su furor
Os movió a desaguisado
Privándovos de razón.
Mano en mi padre pusísteis
Delante el rey con furor,
Cuidá que lo denostásteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho fecísteis, Conde,
Yo vos reto de traidor;
Y catad si vos atiendo,
Si me causareis pavor.
Diego Láinez me fizo
Bien cendrado en su crisol;
Yo probaré en vos mis fuerzas,
Y en vuesa falsa intención.
No vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador,
Pues para vos combatir
Traigo mi espada y trotón.—

Aquesto al Conde Lozano
Dijo el buen Cid Campeador,
Que después por sus fazañas
Este nombre mereció.
Dióle la muerte y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinó.

De Lope de Vega

SILVA III DEL POEMA BURLESCO

LA GATOMAQUIA

DISTABA de los polos igualmente
La máscara de Sol y Cinosura,
Primera cuadrilátera figura,
Con la estrella luciente,
Que mira el navegante,
Bordaba la celeste arquitectura ;
Velaba todo amante .
Por el silencio de la noche oscura,
Y en el indiano clima el sol ardía,
En dos mitades dividido el día,
Cuando gallardo Mizifuf valiente
Paseaba el tejado de su dama,
Que sangrada en la cama
La tuvo el accidente

Dos días, que faltó Sol al tejado
Y estuvo la cocina sin cuidado,
No por la altura de los siete suelos,
Mas por el sobresalto de los celos.
Iba galán y bravo,
Un cucharón sin cabo
Destos de hierro de sacar buñuelos
Por casco en la cabeza,
Que en ella tienen la mayor flaqueza:
Pues no suelen morir de siete heridas
Por que dicen que tienen siete vidas,
Y un golpe en la cabeza los atonta
Así la tienen a desmayo pronta.
Broquel de cobertera,
Espada de a caballo que antes era
Cuchillo viejo de limpiar zapatos,
Que él solía llamar *timebunt* gatos:
Y por las manchas de los pies y el anca
Natural media blanca,
Y capa de un bonete colorado,
Abierto por un lado,
Plumas de un pardo gorrión cogido
Por ligereza, pero no por arte.
Así rondaba el nuevo Durandarte,
Galán favorecido,
Porque son los favores de la dama
Guarnición de las galas de quien ama.
Dos músicos traían instrumentos

A cuyo son y acentos
Cantaban dulcemente,
Y así llegando del balcón enfrente
De Zapaquilda bella,
Cantaron un romance que por ella
Compuso Mizifuf, poeta al uso,
Que él tampoco entendió lo que compuso.
Mas puesta a la ventana
Con serero de su propia lana,
Hasta que Bufalía
Le trajo un rocadero
Que por más gravedad y fantasía
Sirvió de capirote y serenero ;
Y en medio de lo grave
Del romance suave
Les dijo con despejo,
Pareciéndole versos a lo viejos,
Que jácara cantasen picaresca :
Y así cantaron la más nueva y fresca,
Que para que lo heroico y grave olviden,
Hasta las gatas jácaras les piden :
¡ Tanto el mundo decrepito delira !
Aquí se resolvió la dulce lira
En dos lascivos ayes,
Andólas guirigayes,
Y otras tantas bajezas.
Cantaron, pues, las bárbaras proezas
Y azañas de rufianes,

Que estos son los valientes capitanes
Que celebran poetas,
De aquellos que en extremas
Necesidades viven, arrojados
Al vulgo como perros a leones:
Que la virtud y estudios mal premiados
Mueren por hospitales y mesones,
Verdes laureales de Virgilio y Ennio
Parecer la virtud y los ingenios
Mas ¿quién le mete a un hombre licenciado
Más que en hablar de solo su tejado?
Que no le dió la escuela más licencia,
Y es todo lo demás impertinencia.

 Cuando aquesto pasaba,
Marramaquiz estaba
Inquieto y acostado,
Treguas pidiendo a su mortal cuidado;
Pero como el amor le desvelaba
Dió, de sentido falto,
Desde la cama un salto,
Compuesta de pellejos,
Otro tiempo conejos
Que en el Pardo vivían,
Y en la cola sus cédulas traían
Para seguridad de sus personas:
Mas ¡ay muerte cruel, a quién perdonas!
Saltó en efecto como el Conde Claros,
Y armándose de ofensas y reparos,

Vino de ronda al puesto por la posta,
Por ver si había moros en la costa,
Y no siendo ilusión el pensamiento
Que del alma el primero movimiento
Pocas veces engaña.
No suele débil caña
En las espadas verdes esparcida
Del aire sacudida
Hacer manso ruido
Con más veloz sonido,
Como rugió los dientes:
Ni entre los accidentes
Del erizado frío
Al enfermo sucede
Aquel ardor contrario;
Como de ver tan loco devario,
Que apenas le concede
Entre uno y otro pensamiento vario
Respiración y aliento,
De la vida instrumento:
Helado y abrasado
Entre ardores y hielos,
Que al frío de los celos
Frigido fuego sucedió mezclado,
Que con distinto efeto
En un mismo sujeto
Viven, siendo contrarios:
La causa es una, y los efectos varios.

Miraba a Zapaquilda en la ventana
Hablando con su amante
Sin miedo de la luz de la mañana,
Que coronaba el último diamante
Del manto de la noche que iba huyendo ;
Y cantando y tañendo
Los músicos con tanto desenfado
Como si fuera su tejado el prado :
Que nunca los amantes
Previeron peligros semejantes.
Así los embeleca
Amor de ceca en meca,
Como olvidado Antonio con Cleopatra,
La gitana del Menfis que idolatra,
Que ciego de su gusto no temía
Al César que siguiéndole venía :
Porque si fué romano Octaviano,
También Marramaquiz era romano ;
Y si valiente César y prudente,
No menos fué él prudente que valiente :
Que en su tanto, los méritos mirados,
César pudiera ser de los tejados.

Como detrás del árbol escondido
Mira y advierte con atento oído
El cazador de pájaros el ramo
Donde tiene la liga y el reclamo,
Para, en viendo caer el inocente
Jilguero, que los dulces silbos siente

Del amigo traidor que le convida
A dura cárcel con la voz fingida,
Apenas ve las plumas revolando
Entre la liga, cuando
Arremente y le quita, no piadoso,
Sino fiero y cruel; así el celoso
Marramaquiz atento
Esperaba el primero movimiento
Del venturoso amante que decía
Con dulce mirlamiento:
Dulce señora mía,
¿Cuándo será de nuestra boda el día?
¿Cuándo querrá mi suerte que yo pueda
Llamaros dulce esposa,
Que entonces para mí será dichosa?
¡Ay, tanto bien en el cielo me conceda!
Mas fué nuestra fortuna
Que Júpiter jamás por ninfa alguna
Aunque se transformaba
En buey que el mar pasaba,
En sátiro, y en águila, y en pato,
Nunca le vieron transformarse en gato;
Porque si alguna vez gatiquisiera,
De los amantes gatos se doliera”.
Con voz enamorada
Doliente y desmayada
La gata respondía:
“Mañana fuera el día

De nuestra alegre boda ;
Pero todo mi bien desacomoda
Aquel infame gato fementido,
Marramaquiz celoso de mi olvido :
Que en llegando a saber mi casamiento,
Hubiera temerario arañamiento,
Y estimar vuestra vida
Me tienes temerosa y encogida ;
Que es robusto y valiente,
Y en materia de celos impaciente :
Mejor será matalle con veneno” .
Aquí de furia lleno
Respondió Mizifuf : “¿ Por un villano
Pierdo el favor de vuestra hermosa mano ?
¿ Él, señora, lo estorba ?
¿ Es por ventura más que yo valiente ?
¿ Tiene la uña corva
Más dura que la mía,
O más agudo o penetrante el diente
Entre la mostachosa artillería ?
¿ Qué hueso de la pierna o espinazo
Se me resiste a mi, qué fuerte brazo ?
¿ Yo no soy Mizifuf, yo no desciendo
Por línea recta, que probar pretendo,
De Zapirón, el gato blanco y rubio
Que después de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato ?
¿ Pues cómo ahora con desdén ingrato

Teneis temor de un maullador gallina,
Valiente en la cocina,
Cobarde en la campaña:
Y referís por invencible hazaña,
Dar a Garraf, un gato mi escudero,
Que fuera de ser gato forastero
Es ahora tan mozo
Que apenas tiene bozo,
Una guantada con las uñas cinco,
Si de repente dió sobre él un brinco?
¿Qué Escipión del africano estrago?
¿Qué Aníbal de Cartago?
¿Qué fuerte Pero Vázquez Escamilla,
El bravo de Sevilla?
Por esos ojos, que a la verde falda
De las selvas hurtaron la esmeralda:
Que si entonces me hallara en el tejado
Que no llevara, como se ha llevado
El queso y el relleno,
¿Y queréis que le mate con veneno?
Esa muerte es de príncipes y reyes,
Con quien no valen las humanas leyes,
No para un gato bárbaro, cobarde,
Cuyas orejas os traeré esta tarde,
Y de cuyo pellejo,
Si no me huye con mejor consejo,
Haré para comer con más gobierno
Una ropa de martas este invierno”.

Aquí Marramaquiz desatinado,
Cual suele arremeter el jarameño
Toro feroz de media luna armado
Al caballero con airado ceño
Andaluz o extremeño,
Que la patria jamás pregunta el toro,
Y por la franja del bordado de oro
Caparazón, meterle en la barriga
Dos palmos de madera de tinteros,
Acudiendo al socorro caballeros,
A quien la sangre o la razón obliga,
Al caballo inocente que pensaba
Cuando le vió venir que se burlaba:
“Gallina Mizifuf, dijo furioso,
El hocico limpiándose espumoso,
Blasonar en ausencia
No tiene de mujeres diferencia.
Yo soy Marramaquiz, yo noble al doble
De todo gato de ascendiente noble:
Si tú de Zapirón, yo de Malandro,
Gato del Macedónmagno Alejandro,
Desciendo, como tengo en pergamino
Pintado de colores y oro fino.
Por armas un morcón y un pie de puerco
De Zamora ganados en el cerco,
Todo en campo de golas
Sangriento más que rojas amapolas,
Con un cuartel de quesos asaderos,

Roeles en Castilla los primeros.
No fueron en cocinas mis hazañas,
Sino en galeras, naves y campañas;
No con Garraf tu paje,
Con gatos moros, las mejores lanzas:
Que yo maté en Granada a Tragapanzas,
Gatazo abencerraje,
Y cuerpo a cuerpo en Córdoba a Murcifo,
Gato que fué del Regidor Rengifo,
Y de dos uñaradas
Deshice a Golosillo las quijadas
Por gusto de una Miza, mi respeto,
Y le quité una oreja a Boquiflete,
Gato de un albañil de Salobreña:
La cola en Fuentidueña
Quitó de un estirón a Lameplatos;
Mesonero de gatos,
Sin otras cuchilladas que he tenido,
Y la que dí a Garrido,
Que del corral de los naranjos era
Por la espada primera
Unico gaticida.
Pero es hablar en cosa tan sabida
Decir que el tiempo vuela y no se para,
Que no hay cara más fea que la cara
De la necesidad; y la más bella
Aquella del nacer con buena estrella
Que alumbra el sol, y que la nieve enfría,

Que es oscura la noche y claro el día.
Esa grata cruel, que me ha dejado
Por tu poco valor, verá muy presto,
Siendo aqueste tejado
El teatro funesto,
Cómo te doy la muerte que me mereces,
Porque mi vida a Zapaquilda ofreces;
Llevando tu cabeza presentada
A Micilda que es ya mi prenda amada:
Micilda, que es más bella
Que al vespertino sol cándida estrella
Venus, que rutilante
Es de su anillo espléndido diamante.
Esta sí que merece la fe mía,
Mi constancia, mi amor, mi bizarría,
Que no gatas mudables,
Que si por su hermosura son amables,
Son por su condición aborrecibles,
Amigas de mudanzas e imposibles”.

Aquí sacó la espada ruginosa
De la vaina mohosa,
Y a los golpes primeros
Se llamaron fulleros,
Si bien no hay deshonor desenvainada,
Y Zapaquilda huyendo,
De súbito temor la sangre helada,
Dejóse el serenero en el tejado.
Los músicos en viendo

El belicoso duelo comenzado,
Huyeron como suelen:
Que no hay garzas que vuelen
Tan altas por los vientos:
Dicen que por guardar los instrumentos,
Y mil razones tienen,
Pues que sólo a cantar con ellos vienen:
Que mal cantara un hombre si supiera
Que había luego de sacar la espada
Que tanto el pecho altera;
Ni pudiera formar la voz turbaba:
Que hay mucha diferencia, si se mira,
De dar en los broqueles o en las cuerdas,
Pasar la espada el pecho, o por la lira
El arco hiriendo las pegadas cerdas.

Andaba entonces Guruguz de ronda
Con una escuadra vil de sus esbirros,
Cuyo abuelo nacido en Trapisonda
Curaba hipocondríacos y cirros,
Y viéndolos andar a la redonda,
Como si fuesen Césares o Pirros,
Los dos valientes gatos,
Con fuerte anhelo, descansando a ratos,
Llegaron a ponerse de por medio,
Que fué difícil, pero fué remedio.
Mas como respetar a la justicia
De gente principal respeto sea,
Y lo contrario bárbara malicia,

Luego Marramaquiz rindió la espada:
¿Quién habrá que lo crea?
Mas viendo Gurúguz que no quería
Que el amistad quedase confirmada,
Sino permanecer en su porfía,
Llevólos a la cárcel enojado,
Cuando Febo dorado
Asomaba la frente
Por las ventanas del rosado oriente,
Como si azúcar fuera, y de colores
En campo verde iluminó las flores.

De D. Esteban Manuel de Villegas (1)

CANTINELA

A UN PAJARILLO

Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo,
Viendo su nido amado,
De quien era caudillo,
De un labrador robado:
Vile tan congojado,
Por tal atrevimiento,

(1) D. ESTEBAN MANUEL DE VILLEGAS nació en Nájera en el año de 1595. Al estudio formal del Derecho, añadió el cultivo de la poesía, distinguiéndose en ésta en el género lírico. El esmero que puso al cultivo del lenguaje y el buen gusto que resalta en todas sus poesías, le hacen acreedor al aprecio de la crítica.

Dar mil quejas al viento,
Para que al cielo santo
Lleve su tierno llanto,
Lleve su triste acento.
Ya con triste armonía,
Esforzando el aliento,
Mil quejas repetía;
Ya cansado callaba.
Y al nuevo sentimiento
Ya sonoro volvía;
Ya circular volaba,
Ya rastrero corría,
Ya, pues, de rama en rama,
Al rústico seguía,
Y saltando en la grama,
Parece que decía:
—“Dame, rústico fiero
Mi dulce compañía”.
Y que le respondía
El rústico: “No quiero”.

De Baltasar de Alcázar (1)

REDONDILLAS

LA CENA JOCOSA

*En Jaén, donde resido,
Vive Don Lope de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Más brava de él que has oído.*

*Tenía este caballero
Un criado Portugués...
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.*

*La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar junto,
Las tazas del vino a punto,
Falta comenzar la fiesta.*

*Comience el vinillo nuevo,
Y échale la bendición:
Yo tengo por devoción
El santiguar lo que bebo.*

*Franco fué, Inés, este toque;
Pero arrójame la bota:
Vale un florín cada gota*

(1) BALTASAR DE ALCÁZAR nació en Sevilla en el siglo XVI, y murió de edad avanzada en la ciudad de Ronda. Este poeta fué muy celebrado por Cervantes y la Cueva; y de su mérito dan testimonio las pocas composiciones que del mismo se conservan. Con especialidad se hizo notable por sus epigramas, en cuyo género es uno de los poetas más ilustres de la nación, comparable a los más célebres epigramáticos de los griegos y latinos.

*De aqueste vinillo alogue,
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya.. de la del Castillo:
Diez y seis vale el cuartillo:
No tiene vino más bajo.*

*Por nuestro Señor que es mina
La taberna de Alcocer:
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.*

*Si es o no invención moderna
Vive Dios que no lo sé;
Pero delicada fué
La invención de la taberna.*

*Porque allí llego sediento,
Pido vino de lo nuevo,
Mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo, y vóime contento.*

*Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo:
Solo una falta le hallo,
Que con la prisa se acaba.*

*La ensalada y salpicón
Hizo fin: ¿Qué viene ahora?
La morcilla, ¡oh gran señora,
Digna de veneración!*

*¿Qué oronda viene y qué bella!
¿Qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene*

Para que demos en ella.

*Pues, sus, encójase y entre,
Que es al estrecho el camino
No echés agua, Inés, al vino,
No se escandalice el vientre.*

*Echa de lo tras añejo,
Porque con más gusto comas:
Dios te guarde, que así tomas,
Como sabia, mi consejo.*

*Mas dí: ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?
¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.*

*¡Qué llena está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos
Hechas a cebar lechones.*

*El corazón me revienta
De placer: no sé de tí
¿Cómo te va? yo por mí
Sospecho que estás contenta.*

*Alegre estoy, vive Dios:
Mas oye un punto sutil:
¿No pusiste allí un candil?
¿Cómo me parecen dos?*

*Pero son preguntas viles,
Ya se lo que puede ser:
Con este negro beber*



Se acrecientan los candiles.

*Probemos lo del pichel
Alto licor celestial:*

*No es el aloquillo tal,
Ni tiene que ver con él.*

*¡Qué suavidad! ¡qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar! qué color!
Todo con tanta fineza.*

*Mas el queso sale a plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.*

*Prueba el queso, que es extremo,
El de Pinto no le iguala;
Pues la aceituna no es mala,
Bien puede bogar su remo.*

*Haz, pues, Inés, lo que sueles,
Daca de la bota llena
Seis tragos: hecha es la cena:
Levántese los manteles.*

*Ya que, Inés, hemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.*

*Pues sabrás, Inés hermana,
Que el Portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo:
Quédese para mañana.*



El murciélago alevoso

ESTABA Mirta bella
Cierta noche formando en su aposento,
Con gracioso talento,
Una tierna canción, y porque en ella
Satisfacer a Delio meditaba,
Que de su fe dudaba,
Con vehemente expresión le encarecía
el fuego que en su casto pecho ardía.
Y estando divertida,
Un Murciélago fiero, ¡suerte insana!
Entró por la ventana:
Mirta dejó la pluma sorprendida,
Temió, gimió, dió voces, vino gente;
Y al querer diligente
Ocultar la canción, los versos bellos
De borrones llenó, por recogerlos.
Y Delio noticioso
Del caso, que en su daño había pasado,
Justamente enojado

(1) EL MAESTRO FRAY DIEGO GONZÁLEZ nació en Ciudad-Rodrigo a principios del siglo XVIII y murió en 1794. Fué notable como teólogo, orador y poeta; y desempeñó, entre otros cargos, el de Prior en varios conventos y el de Rector en el colegio de D.^a María de Aragón. Es tenido por uno de los restauradores del buen gusto en la poesía castellana, y su lenguaje es dulce, puro y castizo como el de Fray Luis de León, a quien tomó por modelo.

Con el fiero Murciélago alevoso,
Que había la canción interrumpido,
Y a su Mirta afligido,
En cólera y furor se consumía,
Y así a la ave funesta maldecía.

Oh monstruo de ave y bruto,
Que cifras lo peor de bruto y ave;
Visión nocturna, grave,
Nuevo horror de las sombras, nuevo luto,
De la luz enemigo declarado,
Nuncio desventurado
De la tiniebla, y de la noche fría,
¿Que tienes tú que hacer donde está el día?

Tus obras y figura
Maldigan de común las otras aves,
Que cánticos suaves
Tributan cada día al Alba pura:
Y porque mi ventura interrumpiste,
Y a su autor afligiste,
Todo el mal y desastre te suceda,
Que a un Murciélagos vil suceder pueda,

La lluvia repetida
Que viene de lo alto arrebatada,
Tan solo reservada
A las noches, se oponga a tu salida;
O el relámpago pronto, reluciente
Te ciegue y amedrente,
O soplando del Norte recio el viento,

No permita un mosquito a tu alimento.

La dueña melindrosa,

Tras el tapiz do tienes tu manida,

Te juzgue inadvertida

Por telaraña sucia y asquerosa,

Y con la escoba al suelo te derribe;

Y al ver que buye y vive

Tan fiera y tan ridícula figura,

Suelte la escoba y huya con presura.

Y luego sobrevenga

El juguetón gatillo bullicioso,

Y primero medroso

Al verte, se retire y se contenga,

Y bufe, y se espeluce horrorizado,

Y alce el rabo esponjado,

Y el espinazo en arco suba al cielo,

Y con los pies apenas toque al suelo

Mas luego recobrado,

Y del primer horror convalecido,

El pecho al suelo unido,

Traiga el rabo del uno al otro lado,

Y cosido en la tierra observe atento;

Y cada movimiento

Que en tí llegue a notar su perspicacia,

Le provoque al asalto, y le dé audacia.

En fin, sobre tí venga,

Te acometa y ultraje sin recelo,

Te arrastre por el suelo

Y a costa de tu daño se entretenga;
Y por caso las uñas afiladas
En tus alas clavadas.
Por echarte de sí con sobresalto,
Te arroje muchas veces a lo alto.

Y acuda a tus chillidos
El muchacho y convoque a sus iguales,
Que con los animales
Suelen ser comunmente desabridos:
Que a todos nos dotó naturaleza
De entrañas de fiereza,
Hasta que ya la edad o la cultura
Nos dan humanidad y más cordura.

Entre con algazara
La pueril tropa al daño prevenida,
Y lazada oprimida
Te echen al cuello con fiereza rara;
Y al oírte chillar alcen el grito
Y te llamen maldito!
Y creyéndote al fin del diablo imagen,
Te abominen, te escupan, y te ultrajen.

Luego por las telillas
De tus alas, te claven al postigo,
Y se burlen contigo,
Y al hocico te apliquen candelillas.
Y se rían con duros corazones
De tus gestos y acciones,
Y a tus tristes querellas ponderadas,

Correspondan con fiesta y carcajadas.

Y todos bien armados

De piedras, de navajas, de agujiones,

De clavos, de punzones,

De palos por los cabos afilados,

(De diversión y fiesta ya rendidos)

Te embistan atrevidos,

Y te quiten la vida con presteza,

Consumando en el modo su fiereza,

Te puncen, y te sajen,

Te tundan, te golpeen, te martillen,

Te piquen, te acribillen,

Te dividan, te corten y te rajen,

Te desmiembren, te partan, te degüellen.

Te hiendan, te desuellen,

Te estrujen, te aporreen, te magullen,

Te deshagan, confundan y aturrullen.

Y las supersticiones

De las viejas, creyendo realidades,

Por ver curiosidades,

En tu sangre humedezcan algodones,

Para encenderlos en la noche oscura,

Creuyendo sin cordura,

Que verán en el aire culebrinas,

Y otras tristes visiones peregrinas.

Muerto ya, te dispongan

El entierro, te lleven arrastrando

Gori, gori, cantando,

Y en dos filas delante se compongan;
Y otros fingiendo voces lastimeras
Sigan de plañideras,
Y dirijan entierro, tan gracioso,
Al muladar más sucio y asqueroso.

Y en aquella basura
Un hoyo hondo y capaz te faciliten,
Y en él te depositen,
Y allí te den debida sepultura;
Y para hacer eterna tu memoria,
Compendida tu historia,
Pongan en una losa duradera,
Cuya letra dirá de esta manera:

EPITAFIO

Aquí yace el Murciélagó alevoso,
Que al sol horrorizó y ahuyentó el día,
De pueril saña triunfo lastimoso,
Con cruel muerte pagó su alevosía:
No sigas caminante, presuroso,
Hasta decir en esta losa fría:
“Acontesca tal fin, y tal estrella
A aquel que mal hiciese a Mirta bella.

**Diálogo entre un amo duelista
y un criado suyo**

D. LOPE—MOSCÓN

- D. LOPE. *Ya estamos solos, Moscón:
¿A qué a solas me has llamado,
Todo el semblante turbado,
Y confusa la razón?
¿Qué traes? ¿qué te ha sucedido?
¿Qué quieres con tus pasiones?*
- MOSCÓN. Decir a usted dos razones
Cuatro dedos del oído
- D. LOPE. *Dí.*
- MOSCÓN. Preguntarle es forzoso (A parte)
Si es duelo mi bofetada.
Señor, el caso no es nada;
Mas yo soy escrupuloso.
No es nada.
- D. LOPE. *¿Pues qué te paras?
Dilo y olvida esos miedos.*
- MOSCÓN. Con no más de cinco dedos
Me han dado en toda la cara.
- D. LOPE. *¡Eso sufriste! oye, espera:
Más es que lo escuche yo:
¿Quién te dió y cómo te dió?*
- MOSCÓN. Señor, de aquesta manera. (Va a darle).
- D. LOPE. *Quita, picaro bufón:
Y tan deshonorado, estar,*

(1) D. FRANCISCO DE ROJAS, poeta dramático del siglo XVII, nació en Toledo y escribió entre otras comedias: *García del Castañar*, *No hay amigo para amigo*, *Lo que son mujeres* y *Entre bobos anda el juego*

- Cuando me ves enojár,
De chanza en esta ocasión?
¿No te corres de decillo?*
- MOSCÓN. Tiempo hay: yo me correré
D. LOPE. *Pues dime, ¿sobre qué fué?*
MOSCÓN. ¿Sobre qué? sobre un carrillo.
D. LOPE. *Oye: ¿qué es lo que te dió,
Fué puñada o bofetada?*
- MOSCÓN. ¡Oh! si me diera puñada,
No se lo sufriera yo.
D. LOPE *Eso era menos.*
MOSCÓN. No sé
Cuál de las dos es mejor.
D. LOPE. *A mano abierta es pero,*
MOSCÓN. Pues de esa manera fué.
D. LOPE. *¿Que aqueso un hombre consistente?
Pues aquí, ¿qué hay que dudar?
Sonó al llegártela a dar?*
- MOSCÓN. Lo que es sonar, bravamente.
D. LOPE. *Pues si tú tu agravio infieres,
Y ya tu deshonra ves,
Estando a solas ¿qué es
Lo que preguntarme quieres?*
- MOSCÓN. Señor, el golpe supuesto,
Y supuesto el bofetón,
Saber quiero en conclusión...
D. LOPE. *Dílo.*
MOSCÓN. Si quedé bien puesto.
D. LOPE. *¿Qué esta razón llegue a oírle!
¿Quién tal ignorancia vió?
¿Cuando el bofetón te dió
Qué hicistes tú?*
- MOSCÓN. Recibirle.
D. LOPE. *En fin no te satisfizo:*

*Cuando el bñfetón te dió
¿Te hizo cara?*

MOSCÓN.

Cara no,

Porque antes me la deshizo.

D. LOPE.

*¿Que esa ofensa en tí no labre
Indignar la espada airada!*

MOSCÓN.

Dice el miedo: *a esotra espaa
Que esta vaina no se abre.*

D. LOPE.

*Buscar quiero otro criado,
Supuesto lo que te pasa:
Que no ha de estar en mi casa
Hombre que está deshonorado.*

MOSCÓN.

¿Qué medio hay entre los dos?

D. LOPE.

Morir noble y temerario.

MOSCÓN.

Pues, págame mi salario,
Y quédese usted con Dios.

D. LOPE.

*De suerte, Moscón, de suerte,
Que cuando agraviado estás
¿Aun valor no mostrarás
De vengarte con su muerte?*

MOSCÓN.

¿Luego con su muerte gana
Lo que perdió mi opinión?

D. LOPE.

Así habrá satisfacción.

MOSCÓN.

Hablaráis para mañana:
Lo que me habeis advertido
Llega a mi honor a importarle
¿Hay más que decir, matarle,
Y hubiéralo yo entendido?
Ahora, D. Lope, pues
Coraje y valor me sobra;
A él manos a la obra:
Buen corazón.

D. LOPE.

Eso es,

Ya el agravio te despierta

- MOSCÓN. A matarle voy derecho.
D. LOPE. *Hasta volver satisfecho,
No me entres por esa puerta.*
- MOSCÓN. Vos vereis lo que yo hiciere.
D. LOPE. *Que has de darle muerte, espera.*
- MOSCÓN. No está más que en que él se muera,
Del golpe que yo le diere.
Pregunto, pues sabéis de esto,
¿Si por valor o por suerte
Él me diera a mí la muerte,
Cuál quedará mejor puesto?
- D. LOPE. *Tú, Moscón, vete con Dios,
Y de tu venganza trata.*
- MOSCÓN. Pues por Dios que si me mata,
Que me he de quejar de vos.
Ahora decirme, señor:

- ¿Será bueno en este aprieto
Llevar un famoso peto
Hecho a prueba de doctor?
- D. LOPE. *Corazón y manos, loco,
Son las que dan opinión.*
- MOSCÓN. No la dará el corazón,
Pero las manos tampoco
- D. LOPE. *Vete.*
- MOSCÓN. Vóime; mi dolor
A darle muerte me inclina
¡Quien supiera medicina
Para matarle mejor!

Desafío entre Moscón y Fernando

Moscón (*solo con un rosario*)
No es nada: el señor Moscón,

Porque sepan lo que pasa,
Está ya en campaña rasa,
A cumplir su obligación
Enviéle un bravo papel
A Fernandillo esta tarde,
Para que en San Blas me aguarde
Y un reto tendido en él.
Rezar por él es forzoso,
Pues su muerte es evidente:
Un hombre ha de ser valiente;
Pero ha de ser muy piadoso.
Él morirá malogrado;
Y perdonarle quisiera,
Porque esta fué la primera
Bofetada que había dado.
Pero según la asentaba
En la parte que caía,
Me pareció a mí que había
Mil años que abofeteaba,
Mas déjeme que me espante
De un disparate profundo:
¡Que haya quien riña en el mundo
Sin una tabla delante!
Demos, que a las hojas llego:
Demos también, que me dan:
¿Por qué parte me darán
Que no haya responso luego?
Ello hay heridas mortales
En todas las ocasiones:
El hígado, los riñones,
Los muslos, los atabales,
Un coorazón, dos tetillas,
Sienes, ojos, paladar,
Y en el arca de cenar

Treinta varas de morcillas:
Una garganta vacía,
Todo un estómago abierto:
Y con ser esto tan cierto,
¿Hay quién riña cada día?
Mas ¿qué hago de discurrir,
Cuando es mejor animarme?
Ahora bien, quiero ensayarme
Cómo tengo de reñir.
La espada quiero sacar,
He aquí que estoy esperando:
He aquí que llega Fernando,
Y que yo le veo llegar.
De esta manera, traidor,
Pagaré la bofetada.—
No se la dí yo prestada.—
¿Pues cómo?—Dada, señor.—
A satisfacer mi arrojo
El duelo, que en mí se halla.
¡Bravo valor!—Riñe y calla:
Toma, villano.—¡Ay mi ojo!
Pídote que me perdones.—
El otro ojo has de perder.—
¿Sin dos ojos qué he de hacer?—
Irte a rezar oraciones.
Digo, que no hay que pedir,
Ni que estarte arrodillado;
Muere, cobarde Fernando.

FERNANDO (*que llega*)

FERNANDO. ¿Quién es el que ha de morir?

MOSCÓN. ¡A qué mal tiempo ha llegado!

FERNANDO. ¿Qué era aquesto?

MOSCÓN. Señor, nada.

FERNANDO. ¿Pues por qué envaina la espada?

- MOSCÓN. Porque esto ya está acabado.
- FERNANDO. *¿Con quién la pendencia fué?
¿Con quién riñó el mentecato?*
- MOSCÓN. Si no llega usted le mato.
- FERNANDO. *¿Quién era el hombre?*
- MOSCÓN. No sé.
- FERNANDO. *Ea, pues yo ya he llegado
A reñir por su papel.*
- MOSCÓN. *¿A quién dice usted?*
- FERNANDO. *A él.*
- MOSCÓN. Mire usted que viene errado.
- FERNANDO. *Saque, pues, la espada ahora,
Y en sangre su acero tiña.*
- MOSCÓN. *¿Dos veces quiere que riña
En un solo cuarto de hora?*
- FERNANDO. *Él un papel me escribió;
Bien claro está, véle aquí.*
- MOSCÓN. *¿Pues qué me faltara a mí,
Si hiciera esta letra yo?*
- FERNANDO. *¿Qué, no es suyo?*
- MOSCÓN. Señor, no
- FERNANDO. *Pues cuyo sea no sé.*
- MOSCÓN. Verdad es que le noté
Pero no le escribí yo
- FERNANDO. *Sin duda que está borracho.
¿No le toca a usted reñir?*
- MOSCÓN. No:
Un muchacho le escribió:
Riña usted con el muchacho.
- FERNANDO. *¡Que tenga tanto sosiego!
Estos le dan mi impaciencia. (Pégale.)*
- MOSCÓN. No me tienta la paciencia.
Mire usted que se lo ruego
- FERNANDO. *Yo me voy.*

MOSCÓN. No, si no.
FERNANDO. ¿Qué dice?
MOSCÓK. No, sino sí.
FERNANDO. *En fin, es gallina aquí.*
MOSCÓN. Y en principio lo fuí yo.
Hoy eternizo mi nombre
Con esta primera hazaña;
¿Si no saliera a campaña,
Qué dijera de mí este hombre?
Ya estais con honra, Moscón;
Ya podeis decir y hacer:
Ahora he echado de ver
Lo que importa el corazón.

•••••

De D. José Iglesias de la Casa (1)

EPÍGRAMA

Hablando de cierta historia
A un necio se preguntó
¿Te acuerdas tú? Y respondió:
Esperen que haga memoria.
Mi Inés, viendo su idiotismo,
Dijo risueña al momento:
Has también entendimiento,
Que te costará lo mismo.

(1) D. JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA nació en Salamanca en 1753 y murió en la misma ciudad el 26 de Agosto de 1791. Fué poeta célebre y se distinguió en el género satírico. Se dedicó al epigramático y burlesco hasta que, ordenado sacerdote y modificado su carácter con la práctica de su ministerio, compuso infinidad de himnos y un poema didáctico sobre la teología.

Del Padre Isla

EPIGRAMA

A un hombre muy rico que a nadie
se quitaba el sombrero

Murmura el vulgo severo
a quien nada se le escapa,
que a todos quitas la capa
pero a ninguno el sombrero:
ese proceder grosero
corríjale tu interés,
y haz cuenta, SIMÓN, que es,
con riqueza tan extraña,
tu cabeza nueva ESPAÑA,
descúbrela y sé CORTÉS.

De D Nicolás Fernández Moratín

QUINTILLAS

FIESTA ANTIGUA DE TOROS EN MADRID

MADRID, castillo famoso
Que al rey moro alivia el miedo,
Arde en fiestas en su coso,
Por ser el natal dichoso
De Alimenón de Toledo.
Su bravo alcaide Aliatar,
De la hermosa Zaida amante,
Las ordena celebrar,
Por si la puede ablandar

El corazón de diamante.

Pasó, vencida a sus ruegos,
Desde Aravaca a Madrid:
Hubo pandorgas y fuegos,
Con otros nocturnos juegos
Que dispuso el adalid.

Y en adargas y colores,
En las cifras y libreas,
Mostraron los amadores,
Y en pendones y preseas,
La dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
De toda la cercanía,
Y de lejos muchas de ellas:
Las más apuestas doncellas
Que España entonces tenía.

Ajá de Jetafe vino
Y Zahara la de Alcorcón,
En cuyo obsequio muy fino
Corrió de un vuelo el camino
El moraicel de Alcabón.

Jarifa de Almonacid,
Que de la Alcarria en que habita
Llevó a asombrar a Madrid
Su amante Audalla, adalid
Del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa
Meco, llegaron allí

Dos, cada cual más hermosa,
Y Fátima, la preciosa
Hija de Alí, el alcadí.

El ancho circo se llena
De multitud clamorosa,
Que atiende a ver en su arena
La sangrienta lid dudosa,
Y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
Sus dorados miradores
Que el arte afilegranó,
Y con espejos y flores
Y damascos adornó.

Añafles y atabales,
Con militar armonía,
Hicieron salva y señales
De mostrar su valentía
Los moros más principales.

No en las vegas de Jarama
Pacieron la verde grama
Nunca animales tan fieros,
Junto al puente que se llama,
Por sus peces, de Viveros,

Como los que el vulgo vió
Ser lidiados aquel día;
Y en la fiesta que gozó
La popular alegría
Muchas heridas costó.

Salió un toro del toril
Y a Tarfe tiró por tierra,
Y luego a Benalguacil;
Después con Hamete cierra,
El temerón de Conil.

Traía un ancho listón
Con uno y otro matiz
Hecho un lazo por airón,
Sobre la enhiesta cerviz
Clavado con un arpón.

Todo galán pretendía
Ofrecerle vencedor
A la dama que servía:
Por eso perdió Almanzor
El potro que más quería.

El alcaide, muy zambrero,
De Guadalajara, huyó
Mal herido al golpe fiero,
Y desde un caballo overo
El moro de Horche cayó.

Todos miran a Aliatar,
Que aunque tres toros ha muerto,
No se quiere aventurar;
Porque en lance tan incierto
El caudillo no ha de entrar.

Mas viendo se culparía,
Va a ponérsele delante:
La fiera le acometía,

Y sin que el rejón le plante
Le mató una llega pía.
Otra monta acelerado:
La embiste el toro de un vuelo,
Cogiéndole entablerado;
Rodó el bonete encarnado
Con las plumas por el suelo.

Dió vuelta hiriendo y matando
A los de a pie que encontrara,
El circo desocupando,
Y emplazándose, se para,
Con la vista amenazando.

Nadie se atreve a salir:
La plebe grita indignada:
Las damas se quieren ir,
Porque la fiesta empezada
No puede ya proseguir.

Ninguno al riesgo se entrega,
Y está en medio el toro fijo;
Cuando un portero que llega
De la puerta de la Vega,
Hincó la rodilla y dijo:

Sobre un caballo alazano,
Cubierto de galas y oro,
Demanda licencia urbano
Para alancear un toro
Un caballero cristiano.

Mucho le pesa a Aliatar;

Pero Zaida dió respuesta
Diciendo que puede entrar ;
Porque en tan solemne fiesta
Nada se puede negar.

Suspense el concurso entero
Entre dudas se embaraza,
Cuando en un potro ligero
Vieron entrar por la plaza
Un bizarro caballero :

Sonrosado, albo color,
Belfo labio, juveniles
Alientos, inquieto ardor,
En el florido verdor
De sus lozanos abriles.

Cuelga la rubia guedeja
Por donde el almete sube ;
Cual mirarse tal vez deja
Del sol la ardiente madeja,
Entre cenicienta nube.

Gorguera de anchos follajes
De una cristiana primores
Por los visos y celajes
En el yelmo los plumajes
Vergel de diversas flores,

En la cuja gruesa lanza,
Con recamado pendón,
Y una cifra a ver se alcanza,
Que es de desesperación,

O a lo menos de venganza.

En el arzón de la silla
Ancho escudo reverbera
Con blasones de Castilla:
Y el mote dice a la orilla:
Nunca mi espada venciera.

Era el caballo galán,
El bruto más generoso,
De más gallardo ademán;
Cabos negros y brioso,
Muy tostado y alazán:

Larga cola recogida
En las piernas descarnadas,
Cabeza pequeña, erguida,
Las narices ditaladas,
Vista feroz y encendida.

Nunca en el ancho rodeo
Que da Bétis, con tal fruto,
Pudo fingir el deseo
Más bella estampa de bruto,
Ni más hermoso paseo.

Dió la vuelta al rededor:
Los ojos que le veían
Lleva prendados de amor:
“Aláh te salve—decían—
Déte el profeta favor”.

Causaba lástima y grima
su tierna edad floreciente:

Todos quieren que se exima
Del riesgo, y él solamente
Ni recela ni se estima.

Las doncellas, al pasar,
Hacen de ámbar y alcanfor
Pebeteros exhalar.

Vertiendo pomos de olor,
De jazminez y azahar.

Mas cuando en medio se para,
Y de más cerca le mira
La cristiana esclava Aldara,
Con su señora se encara
Y así la dice, y suspira:

--Señora, sueños no son:
Así los cielos vencidos
De mi ruego aficción,
Acerque a mis oídos
Las campanas de León;

Como ese doncel que ufano
Tanto asombro viene a dar
A todo el pueblo africano,
Es Rodrigo de Vivar,
El soberbio castellano.—

Sin descubrirle quien es,
La Zaida desde una almena
La habló una noche cortés:
Por donde se abrió después
El cubo de la Almudena.

Y supo que fugitivo
De la corte de Fernando
El cristiano, apenas vivo,
Está a Jimena adorando
Y en su memoria cautivo.

Tal vez a Madrid se acerca
Con frecuentes correrías
Y todo entero lo cerca:
Observa sus saetías,
Arroyadas y ancha alberca

Por eso le ha conocido:
Que en medio de aclamaciones,
El caballo ha detenido
Delante de sus balcones,
Y la saluda rendido.

La mora se puso en pie
Y sus doncellas detrás.
El alcaide que lo ve,
Enfurecido además
Muestra cuan celoso esté.

Suena un rumor placentero
Entre el vulgo de Madrid:
No habrá mejor caballero,
Dicen, en el mundo entero,
Y algunos le llaman Cid.

Crece la algazara, y él
Torciendo las riendas de oro,
Marcha al combate cruél:

Alza el galope, y al toro
Busca en sonoro tropel.

El bruto se le ha encarado
Desde que le vió llegar,
De tanta gala asombrado;
Y alrededor le ha observado,
Sin moverse de un lugar.

Cual flecha se disparó
Despedida de la cuerda
De tal suerte le embistió:
Detrás de la oreja izquierda
La aguda lanza le hirió.

Brama la fiera burlada:
Segunda vez acomete,
De espuma y sudor bañada;
y segunda vez le mete
Sutil la punta acerada.

Pero ya Rodrigo espera
Con heroico atrevimiento,
El pueblo mudo y atento;
Se engalla el toro y altera,
Y finge acometimiento.

La arena escarba ofendido,
Sobre la espalda la arroja
Con el hueso retorcido:
El suelo huele y le moja
Con ardiente resoplido.

La cola inquieto menea;

La diestra oreja mosquea,
Váse retirando atrás;
Para que la fuerza sea
Mayor, y el ímpetu más.

El que en esta ocasión viera
De Zaida el rostro alterado,
Claramente conociera
Cuánto le cuesta cuidado
El que tanto riesgo espera.

Mas ¡ay! que le embiste horrendo
El animal espantoso!

Jamás peñasco tremendo
Del Cáucaso cavernoso
Se desgaja, estrago haciendo;

Ni llama, así fulminante,
Cruza en negra oscuridad
Con relámpagos delante,
Al estrépito tronante
De sonora tempestad,

Como el bruto se abalanza
En terrible ligereza,
Más rota con gran pujanza
La alta nuca, la fiereza
Y el último aliento lanza.

La confusa vocería
Que en tal instante se oyó
Fué tanta, que parecía
Que honda mina reventó.

O el monte y valle se hundía
A caballo como estaba,
Rodrigo el lazo alcanzó
Con que el toro se adornaba:
En su lanza le clavó
Y a los balcones llegaba.

Y alzándose en los estribos
Le alargaba a Zaida, diciendo:

—Sultana, aunque bien entiendo
Ser favores excesivos,
Mi corto don admitiendo;

Si no os dignáredes ser
Con él benigna, advertir
Que a mí me basta saber
Que no le debo ofrecer
A otra persona en Madrid.—

Ella, el rostro placentero,
Dijo y turbada:—Señor,
Yo le admito y le venero,
Por conservar el favor
De tan gentil caballero.—

Y besando el rico don,
Para agradar al doncel,
Lo prende con afición
Al lado del corazón,
Por brinquiño y por joyel.

Pero Aliatar el caudillo
De envidia ardiendo se ve,

Y trémulo y amarillo,
Sobre un tremecén rosillo
Lozaneándose fué.

Y en ronca voz,—Castellano,
Le dice: con más decoros
Suelo yo dar de mi mano,
Si no penachos de toros,
Las cabezas de cristiano.

Y si vinieras de guerra
Cual vienes de fiesta y gala,
Vieras que en toda la tierra,
Al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.—

—Así, dijo el de Vivar,
Respondo:— y la lanza en ristre
Pone, y espera, a Aliatar;
Mas sin que nadie administre
Orden, tocaron a armar.

Ya fiero bando con gritos
Su muerte o prisión pedía;
Cuando se oyó en los distritos
Del monte de Leganitos
Del Cid la trompetería.

Entre la Monclova y Soto
Tercio escogido emboscó,
Que viendo como tardó,
Se acerca, oye el alboroto,
Y al muro se abalanzo.

Y si no vieran salir
Por la puerta a su señor,
Y Zaida a le despedir,
Iban la fuerza a embestir,
Tal era ya su furor.

El alcaide recelando
Que en Madrid tenga partido,
Se templó disimulando;
Y por el parque florido
Salió con él razonando.

Y es fama que a la bajada,
Juró por la cruz del Cid
De su vencedora espada,
De no quitar la celada
Hasta que gane a Madrid.

De D Leandro Fernández de Moratín (1)

EPISTOLA

EL COCHE EN VENTA

Quiero contarte
Que Don Miguel,
Aquel pesado
Que viste ayer,
Me está moliendo
Más ha de un mes,
Sin ser posible

Zafarme de él,
Para que compre
(Malhaya, amén)
Sus dos candongas
Y su cupé.
Esta mañana
Salí a las diez

(1) D. LEANDRO FERNÁNDEZ MORATÍN nació en Madrid en 1760. Desde sus más tiernos años dió muestras de su afición y buenas disposiciones para la poesía. Escribió varias composiciones que se distinguen por su belleza de estilo y pureza clásica del gusto. Murió en 30 de Junio en París.

A ver a Clori
(No lo acerté),
Horas menguadas
Debe de haber.
Íbame aprisa
Hacia la Red,
Y en una esquina
Me le encontré.
Fueron sin duda
Cosa de ver
Las artimañas,
La pesadez,
Los argumentos
Que toleré,
El martilleo
De somatén,
Y las mentiras
De tres en tres.
Y, no hay remedio,
Ello ha de ser:
Porque, amiguito,
Mirado bien,
Sale de balde.
Parece inglés:
La caja es cosa
Digna de un Rey,
¡Qué bien colgada!
¡Qué solidez!
Otra más cuca
No la veréis.
Pues ¿y las mulas?
Yos las compré
Muy bien pagadas
En Aranjuez,
Y a los dos meses
Llegó a ofrecer
El marquesito
De Mirabel
(Sobre la suma
Que yo solté),
Catorce duros
Para beber,
A un chalán cojo,

Aragonés,
Que vive al lado
De la Merced.
Son dos alhajas:
No hay que temer,
Fuertes, seguras,
De buena ley.
Con que Domingo
Puede a las seis
Ir a mi casa:
Yo os dejaré
Las señas... Pero...
¿Tenéis papel?
—No tengo nada,
Ni es menester:
Dejadme vivo,
Sayón cruel.
Si ya os he dicho
Que no gastéis
Saliva y tiempo
Si no ha de ser.
Si por no hallaros
Segunda vez,
Solo, sin capa,
Me fuera a pie,
Hasta la turca
Jerusalén.
¿Y te parece
Que le ahuyenté?
Nunca un pelmazo
Llega a entender
Lo que no cuadra
Con su interés.
Quise cansarle;
Me equivoqué.
Sigo mi trote,
Sigue también,
Suelto de lengua,
Agil de pies,
Siempre a la oreja
Como un lebrel.
Lloviendo estaba,
Y a buen llover,

Calles y plazas
Atravesé,
Charcos, arroyos...
Voy a torcer
Por la bajada
De San Ginés,
Hallo un entierro
De mucho tren;
Muerto y parientes
Atropellé.
Él, por seguirme,
Dió tal vaivén

A un recullilo,
Que sin poder
Valerse, al suelo
Cayó con él.
Tanta del fraile
La rabia fué,
Tal cachetina
Siguió después;
Que malferido,
Zurrado bien,
Allí entre el lodo
Me dejé.

De D. Tomás Iriarte (1)

FÁBULA

EL BURRO FLAUTISTA

*Esta fabulilla,
Salga bien o mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.*

*Cerca de unos prados
Que hay en mi lugar,
Pastaba un borrico
Por casualidad.*

(1) D. TOMÁS DE IRIARTE nació en el Puerto de Santa Cruz de la isla de Tenerife en 1750. Poseía los idiomas francés, inglés e italiano, haciendo varias traducciones y escribiendo obras originales, entre otras sus fábulas, que le han merecido el título de *primer fabulista español*.

*Una flauta en ellos
Halló, que un zagal
Se dejó olvidada
Por casualidad.*

*Acercóse a olerla
El dicho animal;
Y dió un resoplido
Por casualidad.*

*En la flauta el aire
Se hubo de colar,
Y sonó la flauta
Por casualidad.*

*¡Oh dijo el borrico,
¡Qué bien sé tocar!
¡Y dirán que es mala
La música asnal?*

*Sin reglas del arte
Borriquitos hay,
Que una vez aciertan
Por casualidad.*

DE D. TOMÁS DE IRIARTE

FÁBULA

LOS DOS CONEJOS

Por entre unas matas
Seguido de perros.
(No diré corría)
Volaba un conejo.

De su madriguera
Salió un compañero,
Y le dijo: Tente,
Amigo. ¿qué es esto?

¿Qué ha de ser? responde:
Sin aliento llevo...
Dos pícaros galgos
Me vienen siguiendo.

Sí (replica el otro).
Por allí los veo...
Pero no son galgos.—
¿Pues qué son?—Podencos.

¿Qué?... ¿Podencos dices?
Sí, como mi abuelo.
Galgos y muy galgos:
Bien visto los tengo.—

Son podencos; vaya,
Que no entiendes de eso.—
Son galgos, te digo.—
Digo que podencos.

En esta disputa
Llegan los perros,
Pillan descuidados
A mis dos conejos.

Los que por cuestiones
De poco momento
Dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.

De D. Félix María Samaniego (1)

FABULA

EL ÁGUILA Y EL ESCARABAJO

¡Que me matan! ¡favor! Así clamaba
Una Liebre infeliz, que se miraba
En las garras de un Aguila sangrienta.
A las voces, según Esopo cuenta,
Acudió un compasivo Escarabajo;
Y viendo a la cuitada en el tal trabajo,
Por libertarla de tan cruda muerte,
Lleno de horror exclama de esta suerte:
¡Oh reina de las aves escogida!
¿Por qué quitas la vida
A este pobre animal manso y cobarde?
¿No sería mejor hacer alarde
De devorar a dañadoras fieras,
O ya que resistencia hallar no quieras,
Cebarte tus uñas y tu corvo pico
En el frío cadáver de un borrico?
Cuando el Escarabajo así decía,
La Aguila con desprecio se reía;
Y sin usar de más atenta frase,
Mata, trincha, devora, pilla y váse.
El pequeño animal así burlado,

(1) D. FÉLIX MARÍA SAMANIEGO nació en Laguardia (pueblo de la Rioja) en 1745 — Escribió fábulas con facilidad, sencillez y candor a la vez que con estilo correcto y elegante, una moral pura y con imágenes de exactitud y verdad que pueden compararse con las fábulas de Florian.

Quiere verse vengado:
En la ocasión primera
Vuelva al nido del Aguila altanera;
Halla solos huevos, y arrastrando,
Uno por uno fuélos despeñando.
Mas como nada alcanza
A dejar satisfecha una venganza,
Cuantos huevos ponía en adelante,
Se los hizo tortilla en el instante.
La reina de las aves sin consuelo,
Remontando su vuelo,
A Júpiter excelso humilde llega,
Expone su dolor, pídele, ruega
Remedie tanto mal. El dios propicio,
Por un incomparable beneficio,
En su regazo hizo que pusiese
El Aguila sus huevos, y se fuese;
Que a la vuelta, calmada de consuelos,
Encontraría hermosos sus poyuelos.
Supo el Escarabajo el caso todo:
Astuto e ingenioso hace de modo
Que una bola fabrica diestramente
De la materia en que continuamente
Trabajando se halla,
Cuyo nombre se sabe, aunque se calla,
Y que, según yo pienso,
Para los dioses no es muy buen incienso.
Carga con ella, vuela y atrevido

Pone su bola en el sagrado nido.
Júpiter, que se vió con tal basura,
Al punto sacudió su vestidura
Haciendo, al arrojar la albondiguilla,
Con la bola y los huevos su tortilla.
Del trágico suceso noticiosa,
Arrepentida el Aguila y llorosa,
Aprendió esta lección a mucho precio:
*A nadie se le trate con desprecio,
Como al escarabajo;
Porque al más miserable, vil y bajo,
Para tomar venganzas si se irrita,
¿Le faltará siquiera una bolita?*

De D. Juan Nicasio Gallego (1)

ROMANCE

¿Quién es aquel caballero
Que en las márgenes del Esla
El potro ardiente fatiga,
La dura lanza maneja?
Coraza y almete adornan
Roja banda, plumas negras;

(1) D. JUAN NICASIO GALLEGO nació en Zamora en el año 1777. Fué Secretario de las Cortes de Cádiz en 1812, Canónigo de Sevilla, Senador del Reino en 1845, Arcipreste del Pilar de Zaragoza y Secretario perpétuo de la Real Academia Española. Está reputado como uno de los primeros poetas del siglo actual.

Bruñido pavés embraza
Y osada divisa ostenta:
Es un corazón alado
Que se remonta a la esfera,
Y encima un rótulo dice:
No subas más que te quemas.
Ninguno en el ancho circo
Se le opone, que ya deja
En doce altivos encuentros
Doce contrarios en tierra.
¡Viva de Saldaña el Conde!
De boca en boca resuena;
Todos vencedor le aclamar
Y admirados le contempla:
Desde la alta galería,
Ornada de ricas telas,
El Rey su valor aplaude,
Y a darle el premio se apresta.
El de un salto se derriba
Desde el arzón a la arena,
Y del Monarca las plantas
Bizarro y modesto besa.
Dame, gallardo mancebo,
Dijo el Rey, la fuerte diestra
Que es justo apriete la mía
Mano que también pelea.
Con esta luciente espada
Que fué del Rey don Früela,

En premio de tu victoria
Honre al valor la belleza,
Y del toledano adarve
A las torres de Antequera,
De los turbantes Moriscos
Estrago y asombro sea.
Dijo: y sonrojado el Conde
Bajó humilde la cabeza;
Que al querer darle las gracias
Trabó el respeto su lengua
¡Oh cuántos pechos enciende!
¡Con qué afán las damas bellas
Los blancos velos agitan
Y al cielo su triunfo elevan!
Entre todas sobresale
La infanta doña Jimena,
Que a la voz del Rey su hermano
Ceñirle la espada intenta.
¿No veis cómo sus mejillas
Antes de carmín cubiertas,
Palidecen, y en sus manos
Cinturón y espada tiemblan?
¿No advertís que el caballero
De hinojos en su presencia
Estatua inmóvil parece
En triste lucillo puesta?
No es mucho que así se turben
Cuando Alfonso los observa.

Cien cortesanos los miran,
Mil curiosos los acechan.
Días ha en que viva llama
Amor con veloz saeta,
Atropellando respetos,
Inflamó sus almas tiernas.
Fe de esposos se juraron
Entre las doradas rejas,
De un jardín, sin más testigos
Que una esclava y las estrellas.
Mas ¡ay!, que en excelso alcázar
Mal un secreto se alberga,
Y a par de los regios tronos
El suyo la envidia sienta!
Ya el palacio lo murmura:
¡Ay de entrambos si es que llegan
Al alma de Alfonso el Casto
Tan mal celadas sospechas!
Del Rey, cuyo indócil cuello
De amor el yugo desdeña,
Y como atroces delitos
Sus dulces yerros condena—
Mas ya la callada noche
Cubre el mundo de tinieblas,
Y vencedor y vencidos
Toman de León la vuelta.

.

De D. José Zorrilla

GRANADA

UNA ciudad riquísima, opulenta,
El orgullo y la prez del Mediodía,
Con regia pompa y majestad se asienta
En medio la feraz Andalucía.

Y allí vierte su lumbré el sol de España
En hebras de purísimos colores,
Y brotan al calor con que la baña
En vasta profusión frutos y flores.

Allí el aura sutil espira aromas,
Y la estremecen sobre cien jardines
Bandadas de dulcísimas palomas
Y pintado tropel de colorines.

El Dauro y el Genil con turbias olas
En su verde llanura se derraman,
Y a su confín en playas españolas
Del revoltoso mar las ondas braman.

Mofa son sus alcázares del viento,
Fatiga de los fastos sus memorias,
Su grandeza y tesoros son sin cuento,
Y no se encuentra fin a sus historias.

Allí es el cielo azul y trasparente,
Fresca la brisa, amiga la fortuna,
Fértil la tierra, y brilla eternamente
Serenó el rojo sol, blanca la luna.

Y afrenta de las tierras más remotas

Vénse allí, como en otro paraíso,
Los pomposos laureales del Eurotas
Y los húmedos tilos del Pamiso.

Crece allí las palmas del desierto,
De Cartago los frescos arrayanes,
Las cañas del Jordán en son incierto
Arrullan de Stambul los tulipanes.

Y entre pajizas y preñadas mieses,
Las vides de Falerno allí se olean,
Y los de Jericó mustios cipreses
Con los cedros de Líbano cimbrean.

Y hay allí robustísimos nogales,
Lúgubres sauces, altos mirabeles,
Y olivos y granados y morales
Ceñidos de jacintos y claveles.

El zumo de sus vides deliciosas
Tal vez la alegre Italia envidiaría,
Y por sus anchas y fragantes rosas,
Sus rosas las trocará Alejandría.

El jase, el oro, el mármol, los cristales
Se ostentan en su espléndido recinto,
Y ansiarán sus recuerdos orientales
Los escombros de Atenas y Corinto.

Y no la iguala en lujo y en riqueza
La voluptuosa pompa del oriente,
Que entre flores y lánguida pereza
Vive tranquila su atezada gente.

Unos hombres de Oriente la robaron

Para asentar en ella su morada:
Los hombres a quien de ella despojaron
Lloraron siete siglos su Granada.

Y era un tiempo de guerras y de amores
En que el compás de berberisca zambra,
Y el son de los clarines y atambores
Estremecían a la par la Alhambra.

Y era un rey exquisito en sus placeres,
Y un pueblo en su molicie adormecido,
Que gozaba en su paz nuestras mujeres
Esclavizando al padre y al marido.

Y era también el término llegado
Del brío y del poder de aquella gente,
Y al postrimero rey había tocado
El sitio de las razas del oriente.

La hora fatal a la morisca luna
Los sabios en su horóscopo leyeron,
Y tal vez mereció mejor fortuna
De la que sus horóscopos le dieron.

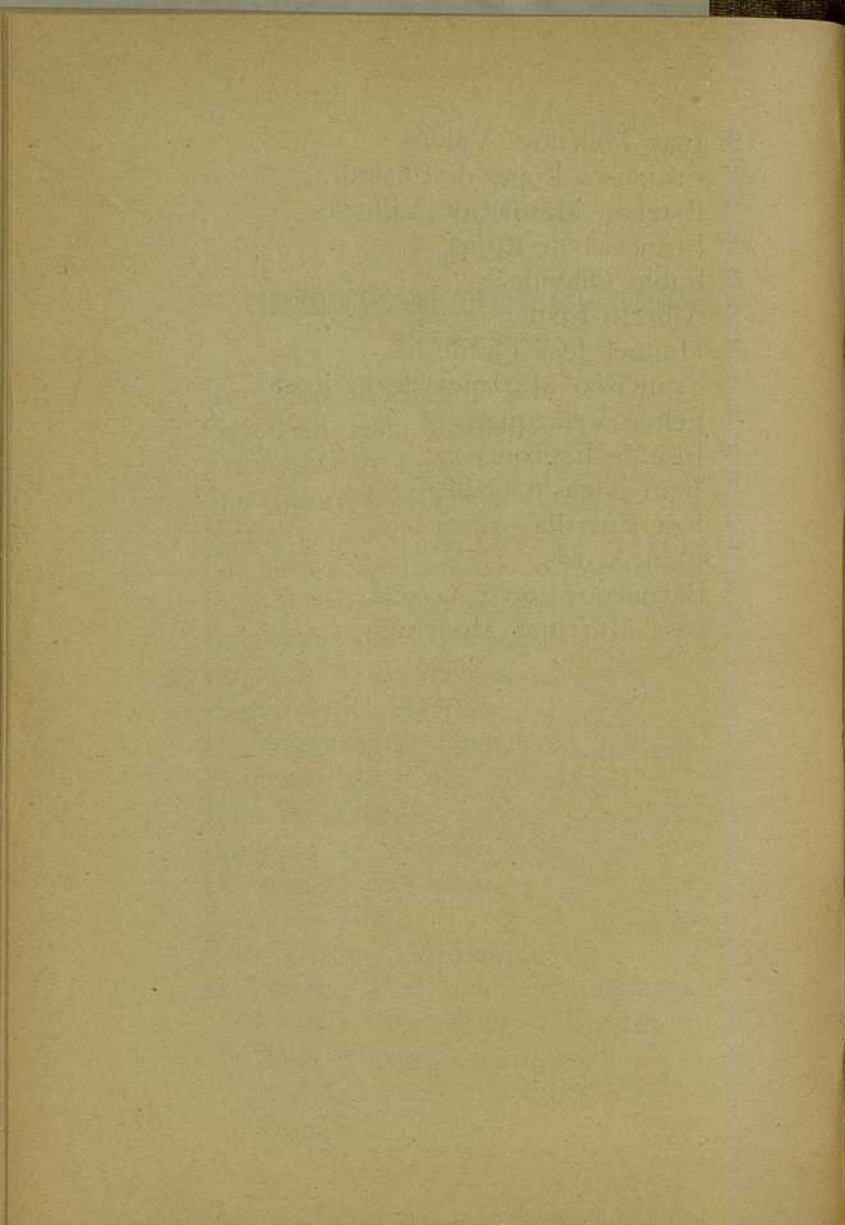
¡Ay Boabdil! levántate y despierta,
Apresta tu bridón y tu cuchilla,
Porque mañana llamará a tu puerta
Con la voz de un ejército Castilla.

Mañana de su mengua avergonzados
Te cercarán los tigres españoles,
Y echarán sobre tí desesperados
De siete siglos los sangrientos soles.

AUTORES
DE LAS
COMPOSICIONES QUE CONTIENE ESTA COLECCIÓN

Romancero del Cid.
Garcilaso de la Vega.
Fray Luis de León.
San Juan de la Cruz.
Santa Teresa de Jesús.
D. Alonso de Ercilla.
Lope de Vega Carpio.
Bartolomé de Argensola.
Lupercio de Argensola.
Fernando de Herrera
D. Francisco de Quevedo.
Francisco de Rioja.
Juan de Arguijo.
Baltasar de Alcázar.
D. Ignacio de Luzán.
El Padre Isla.
Fray Diego González.
D. Nicolás Fernández Moratín.
" Leandro Fernández Moratín.
" Félix María Samaniego.
" José Iglesias de la Casa.
" Tomás de Iriarte.

- " Juan Meléndez Valdés.
- " Francisco López de Castro.
- " Esteban Manuel de Villegas.
- " Francisco de Rojas.
- " Pablo Olavide.
- " Alberto Lista.
- " Manuel José Quintana.
- " Francisco Martínez de la Rosa.
- " Felipe Velázquez.
- " José de Espronceda.
- " Juan Nicasio Gallego.
- " José Zorrilla.
- " Juan Arolas.
- " Bernardo López García.
- " José Martínez Monroy.



INDICE

SECCIÓN PRIMERA

POESÍAS RELIGIOSAS

	<u>Página</u>
Canción.—A Cristo Nuestro Señor	11
Oda.—A la Ascensión	17
Octavas.—A Nuestra Señora	18
Canción.—A Santiago	20
Canción mística.—La noche oscura	27
Amor de Dios	20
Soneto.—A Judit	33
Oda.—A la presencia de Dios	34
Oda.—A la muerte de Jesús	38
Poema.—A la inmortalidad del alma	42
Himno sacro	56
Invocación a la Fe	58
Canto.—A la séptima palabra	61

SECCIÓN SEGUNDA

POESÍAS MORALES

Oda moral	68
Felicidad de la vida del campo	70
Soneto	74
Otro	75
Oda.—A la barquilla	76
Canción a las ruinas de Itálica	81
Epístola moral	85
Soneto.—A las estaciones	92
Doctrina de Epicteto	93
Anacreóntica.—El arroyo	101
Romance.—El otoño de la vida	103

	<u>Página</u>
Otro.—A los segadores	110
Oda.—Que la felicidad está en nosotros mismos.	116
Otra.—Al imperio del hombre sobre la naturaleza.	119
La soledad	126
El árbol de la esperanza	128
La vida humana	130
Al sol	134
Génesis	138

SECCIÓN TERCERA

POESÍAS HISTÓRICAS

Razonamiento del cacique Colocolo	148
Canción.—A la batalla de Lepanto	151
Otra.—A la conquista de Orán	159
Canto épico.—Las naves de Cortés destruidas . .	165
Oda.—A Guzmán el Bueno	181
Al sepulcro de Napoleón	186
Oda.—Al Mar Mediterráneo	189

SECCIÓN CUARTA

POESÍAS RECREATIVAS

Desafío del Cid	198
Silva 2. ^a del poema burlesco la Gatomaquina . .	200
Cantinelas.—A un pajarillo	213
La Cena jocosa	215
Inventiva.—El Murciélago alevoso	219
Diálogo entre un amo duelista y su criado . . .	225
Epigrama	232
Otro	233
Quintillas.—Fiesta antigua de toros en Madrid.	234
El coche en venta	246
Fábula el burro flautista	248
Idem.—Los dos Conejos	250
Idem.—El Aguila y el Escarabajo	251
Romance	253
Granada	257

